



**Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación**

**Título del documento: Somos: una antología de crónicas sobre el Frente de Liberación Homosexual**

**Autores (en el caso de tesis y directores):**

**Luciano Andrés Ramos**

**Claudia Irene Vespa, tutora**

**Fernanda Aren, co-tutora**

**Datos de edición (fecha, editorial, lugar,**

**fecha de defensa para el caso de tesis): 2022**

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.  
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.  
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: [https://creativecommons.org/choose/?lang=es\\_AR](https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR)



---

---

# TESINA DE PRODUCCIÓN

---

Año 2022 - Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires

---

# SOMOS

---

Una Antología de Crónicas sobre el Frente de Liberación Homosexual

---

**POR LUCIANO ANDRÉS RAMOS**



★ Ciencias de la Comunicación Social ★

Tutora: Claudia Irene Vespa - Cotutora: Fernanda Aren

---

---

## ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b> .....	<b>2</b>
<b>I - MARICAS Y CUCARACHAS</b> .....	<b>5</b>
<b>II - LA DANZA DE LAS LOCAS</b> .....	<b>12</b>
PARTE 1 - ¿POR QUÉ SEREMOS TAN HERMOSAS? .....	13
PARTE 2 - UN MINUTO .....	20
<b>III - SOLDADITO DE PLUMAS</b> .....	<b>30</b>
<b>IV - HOJAS EN BLANCO</b> .....	<b>39</b>
<b>EPÍLOGO</b> .....	<b>53</b>
<b>BITÁCORA DE ESCRITURA: SOBRE CRONISTAS Y OTROS OFICIOS</b> .....	<b>56</b>
ETAPA 1. EL OFICIO DE CAMPO .....	57
ETAPA 2. EL OFICIO DE ESCRIBIR.....	70
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	<b>86</b>

La primera vez que leí el nombre “Frente de Liberación Homosexual” (FLH) fue en el buscador de Google, entre las tantas sugerencias arrojadas a una búsqueda a ciegas que reunía palabras clave como “izquierda”, “marxismo”, “LGBT”, “activismo” y “Argentina”.

Un grupo de amigas me había convencido de cursar juntos un seminario durante el verano del 2019. Sólo me quedaban cuatro materias, por lo que adelantar una antes del inicio del cuatrimestre parecía una buena idea. Además, el nombre “Análisis del Discurso de las Izquierdas Argentinas” sonaba relativamente interesante para las doce horas semanales que iba a tener que pasar en una de las aulas del ala Humberto Primo, con el calor de febrero haciendo de puente entre mi espalda sudada y el respaldo de la silla.

La evaluación final del seminario consistía en realizar una monografía en la que analizáramos los discursos de algún movimiento marxista argentino de nuestra elección. En la recta final de mi paso por la Facultad de Ciencias Sociales, había decidido que procuraría llevar todo tipo de trabajo práctico hacia algún terreno que me interpelara, por el que sintiera algún interés más que el de simplemente aprobar. Fue así que eché mi suerte al buscador, sin ninguna pista más que mi intuición y las ganas de que existiera o hubiese existido *algo* que se ajustara a mis necesidades. Ese algo resultó ser un Frente político, que había aglutinado a las primeras organizaciones del colectivo de disidencias sexuales de Argentina entre mediados de la década del sesenta y principios de la década del setenta. No sólo había editado una serie de publicaciones gráficas que podría analizar —la revista *Somos*, que contó con ocho ediciones, publicadas entre 1973 y 1976—, sino también un suplemento llamado “Sexo y Revolución”, en donde abreviaba su programa político y su lectura sobre la teoría marxista a la que adhería.

La palabra “interés” finalmente quedó chica frente al apasionamiento que despertó en mí la temática, tan avanzada y precursora para la época y para todo lo que vendría después. Poco sabía yo, al surfear admirado una y otra vez entre las páginas virtuales de aquellas viejas revistas que, casi dos años más tarde, estaría tocando a la puerta de uno de sus escritores, a quien entrevistaría en el marco de mi incipiente tesina de grado. Se trataba de un ex miembro de Eros, una de las organizaciones más radicales del FLH. La cita era en su casa, una construcción de dos pisos cuya fachada, con un mural de colores vivos en clara discordancia con el resto de las viviendas tradicionales de la cuadra, connotaba que alguien peculiar, cuando menos, habitaba en su interior.

No fue la única entrevista que concerté para este trabajo, bastante más ambicioso que aquella monografía de verano que sirvió de puntapié inicial. Pero sí fue la primera en la que me pude encontrar

en persona con mi entrevistado. “Tengo patio y terraza. Puede ser al aire libre con distancia”, me había ofrecido. La pandemia estaba aún en su apogeo por lo que era lógico que las personas mayores fueran cautas en cuanto a mantener los encuentros al mínimo indispensable, como me pasó con los demás entrevistados. Pero este no fue el caso. “Yo preferiría que lo hiciéramos presencial, va a ser más como una charla, más relajada. Y hay algo del cara a cara que es irremplazable”.

La antesala de la casa funcionaba a modo de taller, algo así como lo que a uno se le viene a la mente cuando piensa en el personaje de Gepetto, de *Pinocchio*. Más adelante, un patio interno conectaba con las diferentes habitaciones de la planta baja. La cocina se dejaba ver al fondo, con una imponente estantería de madera repleta de frasquitos, botellas y chucherías de todos los tamaños y formas. Una escalera de caracol despejaba hacia la terraza, que bordeaba el perímetro del patio con pasarelas atiborradas de plantas y flores. “Arriba tengo muchísimas plantas, me encantan. Tengo una colección de cactus que ahora te voy a mostrar, son mis preferidos”. Hicimos el tour completo antes de instalarnos finalmente en la mesita del patio. Había dos sillas ubicadas a conciencia, con la distancia pertinente entre ambas. Él se preparó un té y dejó una olla en el fuego, con algo hirviendo para el almuerzo. Yo le pedí un café que se acabó enfriando, olvidado en el fervor de la charla.

“¿Sigue pensando que el FLH fue un fracaso?”, le arrojé de imprevisto, casi por impulso, porque la pregunta me quemaba en los labios. Debo admitir que no formaba parte de mi repertorio, que tenía más que ver con mi ego que con mi tesina. Remitía a sus dichos en una entrevista que le habían realizado unos cuantos años atrás para un portal de Internet. Pero me inquietaba sobremanera porque era una cuestión que había advertido en otros miembros del Frente y que no lograba conciliar con mi pensamiento.

Mi interlocutor soltó una risotada, liberada ya del tapabocas que se había quitado minutos antes para que no hubiese barreras entre su voz y la grabadora del celular. Su mirada se ausentó unas milésimas de segundo, como si buscara la respuesta obvia en otro tiempo y en otro lugar, como si aún no tuviese la certeza absoluta que yo esperaba encontrar. Como si la historia no hubiese ya reivindicado su valor, pensaba yo. Como si no hubiésemos cosechado ya los frutos de esa batalla que aun perdida había sobrevivido a la guerra.

Esa mañana comprendí que el dolor también sobrevive, incluso cuando el panorama completo pueda insinuar lo contrario. Lo comprendí en los tonos de mi entrevistado, en los leves matices de su voz profunda y serena, en sus gestos, en sus silencios. Aun cuando relataba esos efímeros momentos de conquista, de alegría, aquellos que yo había celebrado como propios —porque para mí lo son—, una sombra muy distinta a la de la nostalgia se proyectaba en sus ojos.

La historia que intentaré contar a través de las crónicas que componen esta antología es la historia de ese dolor, de esa cicatriz que he notado en quienes formaron alguna vez parte de este Frente. Contarla desde la piel de sus protagonistas, a través de sus propios ojos, hoy empañados por una decepción que ni el paso del tiempo ni las superaciones venideras han logrado curar por completo.

No existen historias del todo tristes, ni historias del todo felices. No hay invierno sin un verano que lo anteceda, ni sin una primavera que le ponga fin. Tal vez es eso lo que quiero retratar, para convencerme de que la respuesta a mi pregunta no tenía ni tiene por qué ser absoluta, y que no por ello es menos válida. Para entender que esas milésimas de segundo de indecisión son parte esencial de esta historia.

I - MARICAS Y CUCARACHAS

*Al primer destello del Edén, corremos hacia el mar.  
De pie allí, en la orilla de la libertad.  
Esperando el sol. Esperando el sol. Esperando el sol.  
¿Puedes sentirlo, ahora que ha llegado la primavera?*

The Doors, *Waiting for the Sun*

Los ojos enrojecidos, protegidos por unos lentes oscuros de contornos ovalados, se alzaron parpadeantes hacia el sol de un mediodía anticipado. Su reloj, con la palabra “TITAN” ya apenas legible detrás de las agujas, aún no marcaba las once, pero el solemne sol de mayo lo observaba desde lo alto mientras cruzaba apurado la Plaza San Martín.

Una voz impostada, exageradamente grave y masculina, había informado que la multitud se concentraba en la Plaza del Congreso, y que la marea descamisada discurriría ya por avenida Rivadavia, volteando todo ápice de civilización a su paso. Tal vez no habían sido esas las palabras exactas. A esas alturas, su mente ya había comenzado a divagar entre fantasías con el cuerpo del locutor que le daba vida a esa voz macha que salía de la Spica. Unos cuarenta años, de mirada severa y bigote bien peinado. Tendría una foto de Onganía en un portarretrato de marco negro en una oficina del centro, y un ejemplar de *La Prensa* que llevaría luego en su maletín, buscando el momento para sentarse a releerlo en un bar de la Recoleta. Cabello corto y pecho peludo. Los conocía de memoria. Eran su levante favorito en los atardeceres de yiro por Marcelo T. de Alvear, cuando las luces tenues de los faroles porteños permitían apenas un cruce de miradas furtivas y una paja tosca en el asiento delantero de una Chevy prolijamente estacionada en un rincón oscuro de Villa Cariño. De cariño, poco y nada, claro.

*“Y dale, tío, dale dale tío. Y dale, tío, dale dale tío”.*

La aletargada fila de autos que se amontonaban en la avenida Libertador anunciaba que no eran los únicos que se habían salteado el festejo frente al Congreso. Las bocinas parecían acompañar los cánticos de cancha que sonaban como eco, cuya fuente estaba en todos lados y en ninguna parte a la vez. *“Y dale, tío, dale dale tío. Y dale, tío, dale dale tío”.* No eran los bocinazos típicos de un viernes ordinario, cuando la gente ordinaria busca escapar de su rutina ordinaria, corriendo desesperada hacia el opio que ofrece el fin de semana. Huyendo pavorosas del microcentro cual cucarachas de la luz. Cual maricas del patrullero. No. Eran bocinas coordinadas, rítmicas. Eran el coro del pueblo. El anuncio de la fiesta prometida, una noche en Jauja, a plena luz del día y sin patrulleros. Maricas y cucarachas bailando al compás de una canción de Raffaella Carrà.

—¡Y dale, tía, dale dale tía. Y dale, tía, dale dale tía!

—Dale, Rita, te van a escuchar.

—¡Que nos escuchen, loca, que nos escuchen! ¡Que se atrevan a decirnos algo el mismísimo día que coronan a la “tía corazón”, infelices!

Se le había acercado por detrás mientras apuraba el paso por la Plaza de los Ingleses y le había estampado un beso en el cachete, con la teatralidad propia de una estrella de Hollywood. Llevaba un saco largo oscuro, con una flor roja en el ojal. El pelo tirante, peinado hacia atrás, adornado con una

vincha de los colores de la bandera. La cara impoluta, lampiña como cola de bebé, y una sonrisa de caricatura que, sin exagerar, le llegaba de oreja a oreja. Lo llamaban Rita, no sólo por sus aires de divismo, su belleza seductora y su personalidad histriónica de marica loca, sino porque además tenía una obsesión casi *groupie* por Manuel Puig, a quien ansiaba encontrarse en alguna reunión o en algún *party*.

—No te pusiste nada, ni un poncho. Mejor hubieses venido desnuda.

—Es Plaza de Mayo, Rita. No Monalí.

—¡Qué Monalí ni qué ocho cuartos! ¿No la escuchás a Néstor vos? Los cambios que se vienen, mamita. Y vos toda descuajeringada en un día de fiesta.

—Pasa que Néstor con un porro en la mano habla bastantes boludeces.

“Y sin un porro también”, pensó. Ojalá no fuesen boludeces, pero mientras más alto el vuelo, más dura la caída. Y para duras, prefería otras cosas.

El grupo los estaba esperando cerca de la Torre de los Ingleses. Los contó rápido, serían unas quince o veinte personas, como mucho. De todos los gustos y tamaños. Néstor se destacaba, siempre. Tenía la cualidad de estar en el centro de la escena, aun cuando estaba ausente. Con su cabellera larga, sus pantalones pata de elefante. Hablaba y gesticulaba, como dirigiendo al resto de la manada, con las manos cargadas de panfletos y la gracilidad de una diosa griega devenida líder sindical. Era fácil adivinar que había sido parido de las entrañas de la Facultad de Filosofía y Letras.

Casi todos eran miembros de Eros, el grupo al que pertenecía, por lo que conocía sus nombres o apodos. Estaban los de siempre, aquellos con los que había compartido pintadas, alguna que otra volanteada. Eduardito, Ernesto, Jorge, Rubén, Marcelo, Fuad, Rita. Eran los más jóvenes, quienes no tenían nada que perder. Pero reconoció también a otros, los menos asumidos, por así decirlo. Aparecían en algún que otro *party*. En alguna reunión puntual, al abrigo del anonimato de alguna casa en el fondo de Devoto o en Lomas de Zamora. Puso especial atención en uno, no sólo por su atractivo físico —o sí, en principio, pues se notaba que estaba cerca de unos muy favorecidos cuarenta—. Pero una vez que posó su mirada en él, notó una evidente expresión de incomodidad. Llevaba lentes oscuros, no para disimular los efectos enrojecidos de un placer mañanero. Mantenía una distancia pertinente del resto del grupo, o al menos de los personajes más llamativos. Rita, la primera de la lista, claro.

Sabía que era profesor, y hacía un tiempo lo habían promovido a director o algo por el estilo. Eso había escuchado. Claro que no era Sebrelí, Matamoro o Puig, o alguno de los Profesionales que tan bien recubrían su participación en el Frente con un aura de misterio y oscuridad. Pero éste también tenía algo que perder, por poco que fuera. Se notaba en su postura, en su presencia. Giraba la cabeza cual lechuga

agazapada en medio de la noche. Un mínimo ruido y alzaría vuelo o correría frenética como cucaracha de cocina. Y aun así, allí estaba, a plena luz del día. Bajo el reflector que con la misma intensidad apunta al más prestigioso de los actores y al más culpable de los acusados. Tal vez ese era el cambio del que Rita hablaba.

—¿Costó levantarse después de anoche?

—No, me levanté temprano. Casi no pegué un ojo, igual. Escuché en la radio que Congreso era un quilombo así que agarré otro camino.

El grupo había emprendido rumbo y caminaba ya por avenida Alem en dirección sur. Eduardito se había puesto a caminar a su lado y le había convidado un cigarrillo.

—¿Es negro? Me hace doler la cabeza.

—43/70. Son mezcla, salieron hace poco. Y con las mierdas que fumás vos, no te me vas a venir a hacer el exquisito...

Inspiró una bocanada de humo denso y se le revolvió el estómago.

—Se sabía que Congreso iba a ser un quilombo. avenida Rivadavia no da abasto. No sé cómo vamos a hacer para entrar a la plaza. Salió todo el mundo a la calle. Y no es para menos. Vino Allende, y el presidente cubano, Dorticós, sabías, ¿no? La América que uno quiere.

Eduardito siempre tenía información sobre todo y quería asegurarse de que todos lo supieran. Tenía contactos en Montoneros o en la JP. Por eso Néstor lo tenía como mano derecha.

—Sí, algo escuché.

—Es nuestra oportunidad. De salir de verdad, de mezclarnos. Lo de la bandera me parece una genialidad, la viste, ¿no?

Tenía sus reservas. Sobre la bandera. Sobre Montoneros, la JP, los discursos de Néstor. Sobre la militancia partidaria en general, y el intento de algunos miembros del Frente por construir puentes. Tenía conocidos que habían sido corridos de espacios políticos por asumirse frente a sus compañeros. Era moneda corriente entre los que se habían iniciado en la izquierda. Néstor era uno. Héctor, otro; lo habían apartado del PC hacía unos años, tenía entendido. Por eso fundó Nuestro Mundo, una de las primeras agrupaciones del Frente. ¿Y las historias sobre lo que pasaba en la Unión Soviética? ¿O en esos campos de trabajo a donde mandaban a los pargos de La Habana, sin ir más lejos? ¿Esa era la América que querían?

*“Chile, Cuba, el pueblo los saluda. Chile, Cuba, el pueblo los saluda”.*

El grupo subía por la calle Cangallo, guiado por Eduardito. Los monstruos arquitectónicos de corte clásico y reluciente mármol que dominaban el distrito financiero, tan acostumbrados a los hombres de saco y corbata y zapatos de cuero bien lustrados que solían completar el paisaje gris de la *city*, parecían horrorizados ante el desfile grotesco que en ese momento profanaba con su mera presencia los pulcros muros del Banco Francés y de la Basílica. Chicos y chicas tomados de las manos, con ponchos rojos y banderas en las cabezas a modo de vincha, como la que llevaba Rita, coreando el *“Chile, Cuba, el pueblo los saluda”*. Reían, cantaban, bailaban, se abrazaban. No sólo entre ellos, sino con todos. Cuerpos desconocidos frotándose unos con otros, chicos con chicas, chicas con chicas, chicos con chicos, unidos en el jolgorio de un tumultuoso despertar primaveral. Nuestra Señora de la Merced andaría desconcertada, Dios la tenga en la Gloria. Y no era la única.

La palabra “LIBERACIÓN” pintada con trazos negros desprolijos sobre un paño de tela blanco desvencijado fue lo primero que vio al entrar a Plaza de Mayo. Pero no era sólo una palabra. Nunca en su vida había presenciado algo así. O podido imaginar siquiera, dentro de un horizonte de posibilidades forjado a golpe de cachiporras y bastones largos. La plaza, que parecía latir con pulso propio, le daba la bienvenida, apaciguando con cada paso sus dudas y reservas. A medida que se adentraban en la marea de gente, que su cuerpo rozaba los cuerpos ajenos, que las manos se estrechaban, los abrazos se regalaban y se devolvían, las miradas, desorbitantes de alegría, se cruzaban y se sostenían; a medida que se perdía en la muchedumbre, más se reencontraba con una sensación olvidada, que tal vez había llegado a conocer en alguna otra vida pero que se le presentaba ahora como algo completamente nuevo.

Nunca había ido a una cancha de fútbol. Sus fantasías generalmente no pasaban de los vestuarios. Pero no le fue difícil imaginar que así se sentiría el hinchado de Boca que abraza al señor desconocido de sesenta años parado a su lado al momento de festejar un gol del “Piqui” Ferrero —su papá era de Boca, por lo que indirectamente se sabía los nombres de todos los jugadores—. Había tenido una sensación similar la primera vez que había pisado Jauja, el boliche gay de Ramos Mejía. Esa sensación de reconocerse en el resto, de dejarse llevar por la corriente y fundirse con los otros, entre bailes, sudor y manoseos. Pero esta vez, no era el sexo lo que lo atraía con una fuerza gravitacional desmedida a la masa exultante, carnavalesca. O sí, en parte. Era un todo y algo más.

El grupo se detuvo en un pequeño espacio disponible a unos metros de la Catedral. A fuerza de voluntad y empujones discretos, lograron hacer un círculo lo suficientemente grande como para desplegar la bandera. El momento de la verdad; la razón por la que no había pegado un ojo en toda la noche. Por la cual, por poco, casi no se presentaba. También en trazos negros, pero mucho más prolijos que los del

resto de las banderas, el estandarte rezaba: “PARA Que Reine en el PUEBLO el AMOR y la IGUALDAD” y en letras aun más grandes: “FLH”. Al costado derecho, debajo de las siglas del Frente de Liberación Homosexual, se leía “LIBERTAD a los PRESOS POLÍTICOS”. El tamaño notoriamente menor de esta última frase le hizo pensar que se trataba de una idea de último momento, un manotazo en búsqueda de reivindicaciones compartidas.

Contuvo la respiración unos segundos, como todo el grupo. Y pispeó a su alrededor. Nada.

Enseguida se pusieron a repartir panfletos a quienes estaban próximos, o se acercaban intrigados ante las siglas desconocidas. Néstor, Eduardito, Fuad; ellos tenían mucha más labia a la hora de exponer sobre programas, liberación sexual y revolución. Él se limitaba a entregar el folleto y dejar que las palabras impresas, ideadas por Néstor en su mayoría, hablaran por sí mismas. Agachaba la cabeza, a la espera de algún insulto o escupitajo. Pero nada.

Si durante la mañana alguien le hubiese preguntado cómo se imaginaba que se desarrollaría la jornada, hubiese respondido cualquier otra cosa excepto lo que sucedió. O lo que no sucedió, mejor dicho. Esperaba algún revuelo, alguna burla siquiera. Tal vez alguna pelea, alguna agrupación indignada reclamando los derechos de la frase, insultándolos por contaminar con su perversión las estrofas de la honorable “Marcha Peronista”. Algo. Jamás imaginó que la reacción sería nula. La nada misma. El displicente discurrir de los acontecimientos tal cual venían sucediendo.

Cada tanto buscaba con la mirada al director de escuela que había llamado su atención al inicio del día. Se llamaba Pérez. A Marcelo se le había escapado el nombre en un momento dado y acto seguido había puesto la típica cara de “uy, me mandé una macana”. No hubo momento de la tarde en que su cabeza de lechuza no cesara de girar en todas las direcciones, escrutando posibles caras conocidas. Pero así y todo, se las arreglaba para repartir panfletos y hablar con la gente, haciendo gala de una oratoria por demás emperifollada. Rita, a quien le encantaba ser el centro de atención, se preocupaba más por el envase que por el contenido. Cada dos por tres, se la escuchaba comentar a algún pobre distraído que el 25 de mayo también era importante porque era el cumpleaños de Jeanne Crain, la actriz blanca que hacía de negra en *Pinky*. Todos se descostillaban de la risa. Era gracioso cómo habían resultado las cosas, después de todo. No eran más que veinte mariquitas locas en Plaza de Mayo y a nadie le importaba. ¿Y a quién le iba a importar? Si había autos incendiados a metros de la Casa Rosada. Si había tanques de guerra con pibes arriba, garabateando “PERÓN VUELVE” con aerosol. Si había gente colgada del techo de la Catedral de Buenos Aires, formando la letra V con sus cuerpos. Si el nuevo presidente llegaba en helicóptero, porque avenida Rivadavia era una columna de camiones que se movían a paso de hombre, con gente abrazada encima, amagando a caerse con cada arranque y cada frenada. Si la tía salía a hablarle a una plaza desbordada, quebrada, emocionada, desde aquel famoso

balcón, que alguna vez supo estremecerse bajo los pies de Evita o bajo los temblores de las bombas del '53.

*“Se van, se van, y nunca volverán. Se van, se van, y nunca volverán”*, entonaba la plaza.

El pueblo celebraba la nueva era, emanaba esperanza, reclamaba justicia. Desfilaban pancartas de “TRELEW, NI OLVIDO NI PERDÓN”, “INDULTO A LOS PRESOS POLÍTICOS”, “LIBERTAD Y AMNISTÍA”. Con el correr de la tarde, muchos empezaron a marchar hacia Devoto agitando esa bandera, según había informado Eduardito. Hubo un pequeño debate sobre si el FLH debía ir también o no. Homosexuales presos, después de todo, había de sobra.

El debate fue interrumpido por Néstor, que se había apartado del grupo sin que nadie lo notara. Regresó con un muchacho de unos treinta años, cámara en mano. “Es de la revista *Así*; nos van a hacer una entrevista y sería bueno acompañarla con alguna foto del grupo con la bandera”, explicó.

Pérez, que en ese momento estaba sosteniendo una de las astas, se esfumó ni bien se oyó la palabra “revista”. Y no fue el único en perderse entre la multitud, o correrse con disimulo hacia el fondo del grupo. Y nadie podía culparlos. Todos, en mayor o menor medida, habían sido adoctrinados para ser cucarachas. Habían desarrollado el oído para descifrar a lo lejos la sirena del patrullero. El sexto sentido necesario para detectar matices de yuta en las posturas y gestualidades de un supuesto civil. Los reflejos para subirse el pantalón, abrocharse la camisa, secarse el sudor y montar una escena antes de que la luz de la linterna impactara de lleno en el vidrio de la Chevy prolijamente estacionada en el rincón oscuro de Villa Cariño.

Tal vez fue la efervescencia del momento, la seguridad incipiente pero abrumadora con la que aquella jornada a cara descubierta había validado todas las promesas y profecías que el FLH había elucubrado durante tanto tiempo. Por vez primera, no lo pensó dos veces ni se detuvo a medir consecuencias. Se colocó al lado de Rita, que posaba con despampanante orgullo en el premeditado centro de la fotografía.

—Y vos en harapos, te dije, che.

—No pasa nada, Rita. Con tremendo bombón al lado, ¿quién me va a mirar?

Rieron mientras las luces de los flashes los bañaban con la misma intensidad con la que los rayos de aquel inusual sol de mayo habían brillado todo el día sobre sus rostros. Adiós, luz de patrullero. Hola, luz de primavera, luz de libertad.

## II - LA DANZA DE LAS LOCAS

*Vamos, vamos, baila toda la noche  
A pesar del calor, todo estará bien  
Y amor, ¿no crees que es una lástima?  
Que los días no puedan ser como las noches  
En el verano, en la ciudad.*

The Lovin' Spoonful, *Summer in the City*

*Parte 1 - ¿Por qué seremos tan hermosas?*

Conocí a Néstor en la calurosa tarde de un sábado de enero, en un diminuto departamento de Villa Devoto, oculto entre la maraña de cruces y diagonales que rodean la Plaza Arenales. Bajé del San Martín a eso de las tres de la tarde, con la remera empapada. Recuerdo haber culpado al vaho veraniego concentrado en el tren. Era muy joven para admitir que los nervios me estaban jugando una mala pasada.

Sin despegar los ojos de la Filcar Capital Suburbanos “2 PLANOS EN 1”, recorrí las pintorescas calles de Devoto y, pasados quince minutos, me encontré tocando uno de los timbres de aquel edificio desconocido, en un barrio desconocido, para que un total desconocido me abriera la puerta. “Qué agallas”, dirán los que saben cómo era ser gay en aquella época. Pero el recorrido había sido largo, mucho más largo que aquellos quince minutos de caminata, o los treinta minutos que le tomó al tren llegar desde Retiro hasta el jardín de Buenos Aires.

En ese tiempo, laburaba en una de las librerías de la cadena Fausto, Martín Fierro, sobre la avenida Corrientes, que era algo así como la meca artística porteña del momento. Los sábados trabajaba hasta la una y media de la madrugada, por lo que no era ajeno al desfile nocturno de hombres y mujeres que entraban y salían de cines y teatros. Artistas, escritores, locutores, productores, todos frecuentaban la noche de la calle Corrientes. Y yo los veía pasar a todos, el glamour, los trajes de gala, el jocoso barullo de unas copas de más en el barcito de la esquina. La vida misma veía pasar, siempre desde afuera, o desde adentro, mejor dicho, con la ñata pegada al vidrio.

Una tarde, estaba clasificando los nuevos ingresos cuando un libro en particular llamó mi atención. Era un pequeño libro blanco con lunares rojos; lo vi de casualidad, mientras pasaba rápidamente entre ejemplares de *Los elefantes pueden recordar* de Agatha Christie y *Nick Adams* de Ernest Hemingway. Dos siluetas y sus sombras ilustraban la portada, debajo de un título de letras negras macizas que rezaban: “EL HOMOSEXUAL Y SU LIBERACIÓN”. El libro, de Editorial Granica, ofrecía un “revolucionario enfoque psicológico”, según las palabras de su propio autor, el Dr. George Weinberg. Me encontraba solo en la librería. Luis, mi compañero, se había pedido el día —para verse con una minita, como me contaría más tarde—, así que me di el lujo de hojear el ejemplar sin la potencial amenaza de un par de ojos chismosos revoloteando cerca.

Para resumir brevemente el “enfoque revolucionario” del Dr. Weinberg, el autor sostenía que existían “homosexuales sanos” que eran capaces de “vivir bien” sus vidas. Si bien la elección de adjetivos calificativos dejaba mucho que desear, entendí enseguida lo que George quería decirme. O tal vez era lo que yo mismo quería decirme, leyendo las palabras de George como se me antojara y atribuyéndoles

a mis propios pensamientos un tinte de divina providencia, sólo porque creía que un psicólogo norteamericano los expresaba en mi lugar.

La cuestión es que esa misma noche me llevé el libro de lunares rojos a mi casa, en donde se mantuvo bien oculto bajo la pila de medias agujereadas que rebalsaban el segundo cajón de mi cómoda. A los pocos días de darle vueltas al tema, llegué a la conclusión de que yo no era un “homosexual sano”. Si bien me había asumido en mi casa, a pesar de que no se había vuelto a tocar el tema desde entonces, y hacía poco tiempo había empezado a “salir” con alguien —si se le puede llamar “salir” a verse más de una vez con una misma persona e ir a desayunar juntos por la Chacarita después de garchar en el asiento de atrás de un Dodge 1500—, no consideraba que llevase una vida completa. Tenía que haber una movida que me estaba perdiendo, un poco más plena, más libre, más colectiva. En algún lugar, más allá de los encuentros fugaces en autos estacionados en los bosques de Palermo. Así que empecé a buscarla.

Pregunta va, pregunta viene, siempre con mucho cuidado y discreción, llegué hasta el amigo de un conocido de uno de los miembros del grupo de amigos de ese chico con el que había desayunado en Chacarita un par de veces, un grupito que hacía cine independiente. Edgardo se llamaba, y me pasó un número de teléfono para que me contactara. Según me dijo, era un grupo de pibes que hacían de su homosexualidad una militancia. Me pareció fascinante. “Preguntá por Néstor, del grupo Eros. Forman parte del Frente de Liberación Homosexual. Pero no lo nombres por las dudas, decí FLH”. Y ahí nomás alguien, no sé si Néstor, me citó en ese edificio viejo de Devoto. Le cobré el favor a Luis, que me cubrió ese sábado, y, sin pensarlo dos veces, me tomé el San Martín.

Quien me abrió la puerta no fue Néstor, fue Ernesto, pero se presentó como Manuel. Me comentó que había un par de chicos más esperando arriba, también con intenciones de unirse a Eros. Yo aún no tenía muy en claro qué era Eros, pero mientras subía las escaleras oscuras y recorría el pasillo del segundo piso, con un fuerte olor a tabaco impregnado en la alfombra, sabía en mi interior que la respuesta sería “sí”, cualquiera fuera la pregunta.

El departamento de Ernesto era un quilombo. De dimensiones pequeñas, era difícil determinar dónde terminaba un ambiente y empezaba el otro. Libros apilados en todos los rincones, revistas y diarios viejos aquí y allá, botellas de Quilmes vacías en el suelo, en la mesa, en la mesada y en el alféizar de una ventanita que daba al pozo aire y luz del edificio. Cada superficie elevada contaba además con una capa de polvo y un cenicero, de las más diversas formas y materiales. Cada uno con, como mínimo, seis colillas de cigarrillos aplastadas. No había dudas de que el departamento de Ernesto contribuía enormemente con el aroma del pasillo.

Parado entre afiches, pinceles y aerosoles desparramados, estaba Néstor. Pelo largo y desprolijo hasta los hombros, ojos saltones y facciones pronunciadas, llevaba la camisa blanca con los botones superiores desabrochados, revelando apenas unos tímidos rulos color negro azabache. Frente a él, dos pibes de unos veintipico, apretujados en un sillón diminuto que, si bien desentonaba con todo el resto de los muebles, armonizaba en su conjunto con el estilo improvisado y reutilizado del lugar. Me pareció reconocer a uno de los otros ingresantes, que lucía más bien incómodo con la reunión —su expresión denotaba una mezcla de susto y desconfianza—. Estaba seguro de que lo había cruzado más de una vez en El Agujerito, en la Galería del Este. Lo tenía muy presente porque siempre estaba preguntando por *long plays* importados de Pink Floyd, gusto musical que no comprendía del todo.

—Él es Néstor, el líder de nuestro grupo —lo presentó Ernesto.

—No le hagas caso, no hay líderes entre los gays —lo corrigió entre risas, por algún chiste interno que en algún momento llegaría a entender—. Pero sí, soy Néstor. Un placer.

Debo reconocer que el placer fue todo mío. Tal vez en ese momento no era del todo consciente sobre lo que Néstor significaría. Si acaso hubiese sabido que se estaba presentando con su verdadero nombre, hubiese tenido una pista sobre la clase de persona con la que estaba tratando. Ni siquiera recuerdo muy bien qué fue lo que dijo ese día. Nos habló del Frente, seguramente, de los grupos que lo integraban. Estaba Nuestro Mundo, el primero en formarse, que arrancó en zona sur, de donde Néstor era oriundo. Un grupo de lesbianas, llamado Safo, a cuyas integrantes nunca conocí. Uno de cristianos, Emanuel, con los que llegué a tener muy buena onda; y otro llamado Bandera Negra, conformado por tres o cuatro anarquistas. Después estaban los Profesionales, que rara vez aparecían. Era el grupúsculo selecto de letrados, escritores o intelectuales reconocidos, con una reputación que cuidar. Y Eros, claro, el más numeroso y activo.

El Frente era de lo más variopinto, con grupos de ideologías muy diversas. Nunca hubo plenarios ni asambleas multitudinarias, era algo impensado para la época. Más bien se trataba de acordar en ciertos puntos fundamentales que nos convocaban a todos y todas y de ahí tirar para adelante. La derogación de los edictos policiales, por ejemplo, era la piedra angular. Pero Néstor buscaba ir más allá.

Esa tarde fue la primera vez que escuché hablar de liberación sexual, opresión y patriarcado. Un discurso que se fue haciendo más robusto con el tiempo, inspirado por el feminismo del cual otros miembros del Frente recelaban. Pero no Néstor. Él era muy cercano a Sarita Torres, con quien más tarde compartiríamos reuniones, junto a otras activistas de la Unión Feminista Argentina (UFA). Algunos decían que Néstor ansiaba ser una más de ellas. Que su forma de ser, desenvueltamente afeminada y marica, sólo avivaba la llama del odio al homosexual. Pura provocación, afirmaban. Si me preguntan, sus discursos más ingeniosos y convocantes se los oí decir sobre zapatos taco aguja y envuelto en

abrigo de piel sintética. Néstor era provocación, sin duda, pero era también poesía y militancia, deseo y política, sexo y revolución. Como comprobaría aquella misma noche.

—Puedo adivinar que te interesó la charla, entonces.

Yo iba por el quinto cigarrillo desde que el fanático de Pink Floyd y el otro chico se habían retirado, dando por finalizada la exposición. Casi no entraba luz por la ventana y Ernesto, aún Manuel, había salido a comprar unas cervezas para la noche. El tiempo había volado mientras conversaba con Néstor y yo me rehusaba a salir del trance. Pero recordé que estaba lejos de casa, en un barrio desconocido, y que me había costado un huevo encontrar el camino entre los cruces y cortadas que rodeaban la plaza.

—Mirá, hoy a la noche tenemos un *party* en Núñez. Lo organiza uno de los miembros del Frente y van a ir pibes que militan con nosotros o en otros grupos. Si no te convencí con la charla, seguro que con esto te terminamos de enganchar.

La realidad es que ya estaba convencido desde antes de tocar el timbre, pero era una invitación que no podía rechazar. Desde un principio, la respuesta sería “sí” a cualquier pregunta.

Recuerdo haber llegado todo alborotado a mi casa, revolver el placard buscando las prendas más gays y progres que encontrara, pero no tan llamativas como para evitar que me detuvieran en el camino. No entendía bien si iba de levante o a una asamblea. No sabía lo que era un *party*. Lo más cercano que había estado de pisar un boliche había sido en el subsuelo de Privado Bar, sobre Coronel Díaz, años antes de que se mudara a Provincia por las redadas. Inventé alguna excusa pedorra a mi vieja, que ya había empezado a desarrollar esa mirada preocupada que la acompañaría el resto de su vida cada vez que me viera salir por la puerta. Me tomé el 152 en Av. Santa Fe y me encontré con Néstor y Ernesto, quien esta vez se presentó como Ernesto, en Plaza Balcarce. Aún recuerdo la sonrisa de Néstor cuando me vio llegar, probablemente correspondida por la mía.

El caserón en Nuñez era de Héctor, o de un conocido suyo que se lo había prestado, algo por el estilo. Tuve la suerte de que me lo presentaran. Héctor era una leyenda en el FLH; era él quien había comenzado con la movida de Nuestro Mundo, después de que el Partido Comunista lo corriera por homosexual. Conocí a mucha gente esa noche, algunos que no volví a ver jamás. Otros que pasaron a ser colegas, amigos, hermanos. Cada uno estaba en la suya. Había gente debatiendo sobre política en la cocina; parejas y grupos acaramelados en el living y en algún que otro cuarto al que entré por equivocación; un grupo cantaba temas de Sui Generis en un patiecito interno, sentados en ronda alrededor de un fogón imaginario. Hombres de todas las edades y clases sociales, libres, iguales y desatados, al abrigo del calor y la seguridad de esas cuatro paredes.

La pista de baile estaba en la terraza, donde pasé casi toda la noche y bailé como nunca antes había podido bailar en la vida. Allí conocí a Horacio, un flaco alto con un aire a Rock Hudson, del que estuve enamorado un tiempo. Por desgracia, en los noventa me enteré de que la sonrisa y el humor no fueron lo único que compartió con el actor. Y conocí también a Rubén, que fue mi gran *affaire* juvenil.

—¿Te copa fumar?

—Sí, obvio.

Como me había criado abajo de una baldosa, no pensé que Rubén me estaba ofreciendo porro. De todas maneras, yo iba con mi “sí” como estandarte. No sé si me enorgullece decirlo pero yo estaba extasiado, encantado con todo lo que estaba pasando. Como si por primera vez y, de repente, me cacheteara de lleno un mundo que se me había mantenido oculto y yo, sumiso y masoquista, quisiera disfrutar cada milímetro de cachetada antes de que se esfumara, de vuelta a mi vida aburrida en Martín Fierro, con la ñata pegada al vidrio.

Y bueno, después vino el porro para darme la cachetada final.

Rubén se reía mientras me veía toser, cada vez que intentaba articular una palabra. Estábamos sentados sobre un macetón de piedra en la terraza. Recuerdo sentir la piedra bajo mis nalgas como si por primera vez en la vida sintiera una piedra. Las luces, era imponente cuánto brillaban esas luces, con qué potencia llamaban mi atención. Y la música. Jamás había escuchado realmente la música. Era como si Waters, Wright, Gilmour y Mason —ahora conozco bien sus nombres— estuviesen inyectando directamente “Echoes” en mi cerebro. Y era interminable, como la noche. “¿No termina nunca esta canción? Ojalá no termine nunca”, le repetía a Rubén una y otra vez. Y bailábamos, sudados y abrazados, como si fuese posible bailar con otro hombre al ritmo de sonidos inconexos. Pero todo tenía sentido. Ahora entendía al chico de El Agujerito; quería cruzarlo otra vez y contarle que me había empezado a copar Pink Floyd, que compraría todos los *long plays* importados para escucharlos y bailarlos con Rubén. Quería hablar de política con Néstor y el resto de los pibes en la cocina. Quería chapar con Horacio y sentir su miembro duro como la piedra del macetero bajo mis nalgas. Quería tantas cosas que no me iba a alcanzar la noche o la vida, que para el caso era lo mismo.

—¿Esas son las lesbianas? —le pregunté a Rubén cuando vi a un grupo de mujeres subir a la terraza. Y ahí nomás largó la carcajada, escupiendo el trago de birra que acababa de zampar.

—Son travestis, boludo, qué lesbianas. Creo que son amigas de Néstor. Vienen de Polvorines.

—¿Así desde Polvorines?

Rubén se encogió de hombros, sin darle demasiada importancia. Yo las miraba y no lo podía creer. Alucinaba. Una de ellas, con un vestido largo y pomposo, se había puesto a bailar con Horacio, que la hacía dar vueltas a propósito para que el vestido girara y volara. Recuerdo su vestido rojo girar, volar y brillar bajo las luces incandescentes, al ritmo de “Free Four”. Imaginé el vestido girando en un tren desde zona oeste y entendí, de golpe, que esas tres figuras ahí vestidas eran, por pura presencia, muchísimo más revolucionarias que lo que yo podría nunca llegar a ser, con mi look gay y progre, pero no tanto, no sea cosa que me detuvieran en el camino.

“¿Por qué seremos tan hermosas?”, exclamaba Néstor entre risas. En algún momento se había sumado a la pista de baile, sin que me diera cuenta. Como en un sueño, lo veía danzar con la travesti del vestido rojo, luciendo él también unos zapatos carmesí de taco alto. Él o ella, a quién le importa. Néstor, que era una poetisa, una arengadora, la guardiana de los placeres relegados a ese inframundo que pasé a llamar hogar, que haciendo de su mente y su pluma su propia vanguardia, alguna vez escribiría:

*“Por qué seremos tan sentadoras, tan bonitas  
los llamaremos por sus nombres  
cuando todos nos sienten  
(o sea, cuando nadie nos escucha)”.*

Néstor, que era la revolución en carne. La única opción posible. La que sabía que tenía todas las de perder, pero aun así bailaría hasta el final, porque sabía que había una sola forma de alcanzar la libertad, la verdadera libertad, esa que respiré por primera vez en los pasillos de ese caserón en Nuñez.

*“Por qué seremos tan disparatadas y brillantes  
abordaremos con tocado de plumas el latrocinio  
desparramando gráciles sentencias  
que no retrasarán la salva, no,  
pero que al menos permitirán guiñarle el ojo al fusilero”.*

Néstor, que era provocación y reivindicación. La teoría y la práctica, toda junta, revuelta, profanada y llevada al límite. Que hablaba de Marx con la misma pasión y convicción que hablaba de la socialización del culo. Que era amiga de feministas y travestis. Que, cual Rosa de Luxemburgo, arengada por los vítores de locas y maricones, se plantó en una banqueta de madera en medio de aquella terraza, mitad fiesta, mitad congreso de repente, y haciendo equilibrio sobre sus tacos aguja, cerró la mejor noche de mi vida con un discurso que nunca me cansaría de escuchar:

*“No queremos que nos persigan, ni que nos prendan, ni que nos discriminen, ni que nos maten, ni que nos curen, ni que nos analicen, ni que nos expliquen, ni que nos toleren, ni que nos comprendan. Lo que queremos es que nos deseen”.*

Néstor, que como Horacio, nuestro Rock Hudson, y tantos otros amigos que la memoria no quiere enumerar, nos abandonaron muy pronto, privados de ver los frutos que daría su lucha, nuestra lucha.

\*\*\*

Conocí a Néstor en la calurosa tarde de un sábado de enero, pero a veces siento que lo conocí desde toda la vida. “El placer es mío, Néstor, el placer es mío”, le dije aquella noche, luego de que me diera la bienvenida oficial a Eros. Nos despedimos con un abrazo, el primero de muchos, y me fui con Rubén a tomar el colectivo. Me había invitado a su casa a escuchar música y a charlar de la vida. Quedaban un par de horas para el amanecer y yo todavía tenía ganas de unas cachetadas más antes de que el cálido efecto de esa noche de verano se esfumara, quizá, para siempre.

## *Parte 2 - Un minuto*

Entre mayo y junio de 1973 vivimos el sueño de las promesas por concretarse. Como si, por un fugaz y escurridizo minuto, la noche se hubiese extendido a la rutina diurna del ajetreo porteño. Aquellas mañanas apenas soleadas en calle Florida, en las que el frío invernal parecía calarte hasta el último de los huesos, pululan en mi memoria con el vigor de los más cálidos recuerdos.

Vivíamos el día a día con la certeza de quienes se mueven sabiendo que todo está por hacerse, por conquistarse. Que cada sueño está, por fin, al alcance de la mano. Nos abríamos paso en un territorio aún hostil, pero con la confianza necesaria para entregar panfletos a cara descubierta y hablarle a la gente mirándola a los ojos. Sí, soy. Sí, somos.

Pero dicen que quien se quema con leche, ve una vaca y llora. Y en el mundo nocturno de las maricas, no había vacas más brillantes que las que iban manejando un patrullero. La calle nos enseñó a reconocerlas, aun cuando iban a pie y vestidas de civil. Recorrían la ciudad con la misma autoridad y desdén que denunciábamos, amparadas en los edictos que buscábamos destruir. Una realidad que la llegada de la tía a la Casa Rosada no había cambiado en absoluto.

Recuerdo la ilusión de Néstor antes de reunirse con los abogados de la JP tras ese glorioso 25 de mayo. Llevaba una propuesta para incluir a los presos homosexuales en un pedido de amnistía. Recuerdo también la decepción y la bronca en su rostro cuando nos contó que el equipo legal había comentado la idea de “campos de reeducación” como una posible solución a futuro.

Nuestra existencia era un problema, y así nos manejábamos, entre promesas y decepciones. El alto al fuego duró poco y nada, y la Brigada de la Moralidad no tardó en volver a la carga contra las locas. Nos movíamos por el microcentro como en un tablero de ajedrez, buscando lagunas y atajos en un juego de posiciones, posturas y miradas. Un paso en falso, un minuto de descuido, y marche preso. Y vaya uno a saber lo que te hacían esos hijos de puta en el calabozo.

“Ese que viene ahí es cana, lo tengo visto”, me dijo Marcelo al oído un miércoles a eso de las diez de la mañana, cuando estábamos llegando al cruce entre Esmeralda y Corrientes. Sin mediar otra palabra, él siguió por la avenida y yo doblé por Esmeralda, los volantes bien guardados en la mochila. Sabía que si el cana me estaba siguiendo y volteaba la cabeza, estaba frito. Así que me detuve a la altura del Maipo, como quien no quiere la cosa, y me quedé leyendo el cartel de “El Maipo Superstar, esplendores de ayer y de mañana”. Tal vez, si mostraba interés en la Súper Revista que incluía a las hermanas Ethel y Gogó Rojo semidesnudas, podría pasar desapercibido.

Vi al policía pasar con el rabillo del ojo. Ni siquiera se fijó en mí, por lo que supuse que no había visto a Marcelo susurrarme al oído. Ese tipo de comportamiento hubiese ameritado, como mínimo, que me pidieran el documento. Un comportamiento “escandaloso”, según el edicto policial 2ºH, que podía contemplar, en resumen, cualquier actitud que el cana de turno pudiese considerar homosexual, afeminada, amanerada, maricona, o como le gustara llamarla.

“Si caminás así, si te vestís así. Si hablás de tal manera, si gesticulás de otra. Si movés mucho las manos. Todo para ellos es incitar públicamente al acto carnal, ¿por qué?. Porque somos unas putas degeneradas, claro”, se quejaba una noche Rita, que era habitué del asiento trasero del patrullero. “Ni hablar si te ven que andás dando vueltas con otro pibe. Más te vale que te tomes un minuto para saberte el nombre, el de la familia y el de la novia. Y que sean amigos de toda la vida. Compañeros de fútbol, mejor”. —Tal era el asedio que, ante un encuentro con otro hombre, el “tomate un minuto” era el “usa forro” de la época—.

Esperé un tiempo prudencial. El cana siguió caminando por Esmeralda y yo doblé en Lavalle. Marcelo me esperaba en el cruce con Florida, que era nuestro punto de encuentro.

—Menos mal que no te pararon, no estaba para esos trotes hoy. Me tengo que ir temprano.

—¿Qué? ¿Ya te vas?

—Tengo un examen bastante jodido a la tarde y coordinamos con unos chicos para juntarnos a estudiar en la facu. ¿Vos te vas a quedar?

—Y... Me quedo un rato, a ver qué pinta.

—¿Tan temprano? Sos de terror —me saludó con la mano y se fue riendo por Florida, rumbo sur, al viejo edificio del Palace Hotel, que en ese momento nos albergaba a todos los bichos raros de Filosofía y Letras.

Decir que me quedaba un rato en pleno microcentro “a ver qué pinta” equivalía a decir que me iba de levante y que, con seguridad, terminaba haciendo una *fellatio* a un desconocido en la última fila de una de las salas del Real o, peor todavía, del ABC. Lo cual no era para nada equivocado, por lo general. Cuando uno caminaba por calles como Lavalle, Esmeralda o Florida, no podía evitar estar atento a las miradas de los otros transeúntes. Los gestos, las posturas, alguna que otra sonrisa, si había algún contacto o roce casual deliberadamente sostenido por más tiempo que el aceptado. Pero, sobre todo, la mirada. Era la puerta de entrada a un goce frenético y desenfrenado en el baño de algún café, que en ese entonces eran de acceso público, sin necesidad de consumir más que lo que el otro caballero tuviese que ofrecer.

El espacio público era nuestro campo de juego. Aliados y enemigos se definían tácitamente. Tan sólo el tenor de una mirada te marcaba frente a quién mostrar, frente a quién ocultar. Adrenalina y cachondeo se potenciaban e imprimían un *no sé qué* al encuentro, que lo volvía francamente irresistible.

Pero la magia del microcentro iba más allá. No todo era sexo exprés en recovecos incómodos y de dudosa higiene. Al final de Florida, los jóvenes progres encontrábamos nuestro lugar en el mundo en ese reducto hippie al que llamábamos “la manzana loca”.

Había caído ahí por culpa del Instituto Di Tella y mi amor al teatro. Específicamente, por una obra de Aristófanes llamada *Las Nubes*, que dirigió Julián Romeo en el ‘69. Ese mismo año conocí a Nacha Guevara y a Les Luthiers, y le juré amor eterno al instituto, que no pudo corresponderme ya que el gobierno de Onganía lo clausuró al año siguiente. Otro de mis encuentros fugaces en el microcentro, para variar. Gran parte de la movida se trasladó entonces a la Galería Carmen Waugh, instalada justo al lado. Mi devoción, en cambio, se la ganó la Galería del Este.

Con casi cincuenta locales de los más variados y peculiares rubros, la Galería del Este era mi paseo obligatorio cada vez que andaba por el centro. El recorrido era siempre el mismo: primero, una caminata rápida sobre aquel sendero de baldosas rojas, cual Dorothy deambulando sobre el Camino Amarillo, atento ante la aparición de algún Hombre de Hojalata o alguna vidriera nueva que llamara mi atención. Después, la parada técnica en mis tiendas favoritas. Cualquiera podría imaginarse que, habiendo trabajado en Martín Fierro, estaría hartado de las librerías. Pero la verdad es que podía pasarme horas en La Ciudad, ansiando cruzarme con un tal Jorge Luis Borges, conocido por frecuentar los locales 16 y 18. O en El Agujerito, revolviendo los estantes repletos de *long plays* de cualquier época y origen. Por último, un café con dos medialunas de manteca calentitas en la glorieta francesa del medio, que funcionaba como una suerte de minibar.

—¡Rosita!

A la altura del local 26, una mina alta y morocha de pelo muy largo y falda muy corta colgaba guirnaldas de colores en el escaparate de una tienda minúscula, subida a unas plataformas gigantes con capellada de terciopelo azul.

—¿Qué hacés por acá, pibe?, ¿yirando tan temprano?

—Ando buscando a Puig, tenía ganas de invitarlo a tomar un café. ¿Lo tenés escondido en tu cajita de zapatos?

Rosita rió y me estampó un beso. Era una mujer increíble, de unos treinta y pico de años. De esas que parecen llevarse el mundo por delante, a contramano de todos pero siempre con una sonrisa envidiable dibujada en el rostro. Si yo era Dorothy, ella no podía ser otra que Glinda, la Bruja Buena de la Galería del Este.

Su cajita de zapatos, o su *petit boutique* Madame Frou Frou de humildísimas dimensiones inspiradas en el *Swinging London*, era la tienda de ropa más vanguardista y glamorosa de la época. Claro que yo no era ningún especialista en moda, pero sus camisas “Donovan” con estampas psicodélicas habían sido furor entre la gente de mi edad. Las usaban hombres y mujeres por igual; desde Litto Nebbia hasta Liliana Caldini, a quien había visto usar una por primera vez en la publicidad de Sótano Beat, el programa de Canal 13.

—No, de verdad te pregunto, ¿no está? —e hice el ademán de mirar hacia el interior de la tienda, a través de los irregulares huecos que se formaban entre la maraña de guirnaldas, flores, óvalos e ilustraciones que decoraban la vidriera.

Camisas de colores brillantes, pantalones pata de elefante, tocados con tules, sombreros estrafalarios y demás prendas colgaban de percheros que llegaban hasta el techo. En el centro de la escena, un tocadiscos y varios vinilos apilados. Los Beatles, Janis Joplin y otros tantos que no llegué a distinguir, pero que sin duda alguna venían del local 10.

—No, no hay señales de Manuel.

—¿Querés que le deje tus saludos, primor?

—No, los de una amiga en realidad. Decile que lo saluda Rita, su fan número uno. Se va a poner contenta cuando le cuente —la diseñadora era muy amiga del escritor, como de muchos otros artistas de la época, por lo que capaz, quién sabe, el saludo le terminó llegando—. Ah, y en unos días seguro vuelvo a pasar, vi unos pantalones que me coparon.

Dejé atrás a Rosita redecorando el escaparate de su Madame Frou Frou. El tocadiscos y “Get Back” sonando tímidamente desde el interior de la tienda habían despertado mi apetito musical, así que fui directo al local número 10, donde me recibió el dibujo, hoy distintivo, de una mano gigante señalando las palabras “El Agujerito” trazadas en letras blancas u ocre, según cómo diera la luz, sobre la vidriera del frente. Mi Ciudad Esmeralda, sin dudas.

Entrar en aquella disquería era como entrar en un santuario. Al lado de la puerta, estaban en exhibición las nuevas incorporaciones, traídas recientemente de lo que mi generación se rehusaba a llamar “el primer mundo”. *Houses of the Holy* de Led Zeppelin, *Aladdin Sane* de Bowie, *All the Young Dudes* de

Mott the Hoople. Lo cierto es que en muy pocos lugares, o en ningún otro me atrevería a decir, se conseguían los *long plays* importados con tanta velocidad. Jóvenes de todo Buenos Aires llegaban a El Agujerito en busca de esos tesoros de vinilo inhallables, invaluable. Bueno, invaluable no, porque costaban el triple que cualquier *long play* nacional. Pero en fin.

Gaby, uno de los dueños, me saludó con un leve gesto de la cabeza al pasar por su lado. Estaba apoyado en el mostrador, absorto en un ejemplar de *Satiricón* con una ilustración de Gardel en la portada. Era un muchacho rubio y petiso, bastante buen mozo. En una época fantaseaba con que me levantara en una de mis largas estadias en la disquería e hiciéramos el amor en la sección de música jazz. A veces se sumaba Rolly, el hermano, pero estaba casado con una tal Susana que me caía muy bien, así que por respeto a ella trataba de no incluirlo. Siempre los veía en algún bar de la manzana, en Moderno o en Barbudos, muy acaramelados compartiendo un café o un almuerzo bajo el sol. Mientras escrutaba las estanterías de rock nacional, me pregunté si algún día, no tan lejano, ese podría ser yo.

—Decime que entró, por favor —interrogó una voz que me sonó familiar, proveniente del mostrador.

—¿Sabés que te estaba esperando? Llegó a la mañana temprano. *The Dark Side of the Moon*, bien fresquito —le respondió Gaby—. Dije, ojalá hoy aparezca el pibe de Pink Floyd así se lo lleva de una vez.

“El pibe de Pink Floyd, ¡claro! ¡Es él, seguro! ¿Qué fue de su vida?”. Asomé apenas la cabeza desde detrás del vinilo de Sui Generis que estaba mirando; uno con Nito y Charly retratados en la portada, sentados contra un paredón de ladrillos.

Estaba un poco más barbudo, con la melena un poco más larga. Pero sí, era él. La sonrisa desorbitante y el brillo en sus ojos cuando Gaby le entregó el *long play* meticulosamente envuelto en papel celofán me lo terminaron de confirmar.

—Ey, hola. No sé si te acordarás de mí. Nos cruzamos en una reunión por Devoto hace unos años —le dije, mientras salía del local, detrás suyo pero manteniendo una distancia socialmente aceptada para dos desconocidos.

—Eh... Sí, o sea, no sé, puede ser.

Había olvidado la expresión de incomodidad que había mantenido en aquella reunión, hasta que se materializó de repente en su rostro al oír mis palabras.

—Está bien, no importa. En realidad sólo quería decirte que gracias a vos me empezó a gustar Pink Floyd. Más bien, no sé si gracias a vos, pero bueno, lo conocí por vos. Siempre te veía por acá preguntando por sus discos y eso. Y no lo entendía hasta que después lo empecé a entender. ¿Se entiende?

El pibe Pink Floyd se empezó a reír y, con su risa, un movimiento espasmódico hizo agitar su melena castaña. Era gracioso y tierno a la vez.

—Perdón, sé que soy bastante enfermo de Pink Floyd. Pero no pensé que tanto como para que me reconozcan por la calle. Trato de pasar desapercibido, por lo general.

—No creo que pases desapercibido. Digo, sos buen mozo —sugerí, en voz más baja.

“¿Buen mozo? ¿No querés asustarlo más?”. A ver, no es que el pibe no me gustara, pero... era obvio que no estaba muy cómodo con *eso*. Y ahora se había quedado callado.

—Perdón, no te quería molestar. Mejor me...

—Tengo que estar un par de horas por acá, me pasan a buscar más tarde —interrumpió en voz aun más baja, sin mirarme a los ojos. Y luego, entre nervioso e indeciso, soltó: “Capaz podemos caminar un rato y charlar de Pink Floyd, si querés”.

Eso no me lo veía venir. Me explicó que el papá lo pasaba a buscar a eso de las tres de la tarde por Corrientes y Callao, así que le dije que podíamos ir a tomar un café por ahí, en una confitería que yo conocía. Titubeó ante la propuesta de sentarse a tomar algo conmigo; imagino que la idea de que el papá lo encontrara en esa situación era más comprometedor que sólo caminar junto a alguien. Pero me terminó diciendo que sí. Tenía ganas, claro, pero miedo, como todos al principio.

Empezamos a caminar por Maipú, distancia de seguridad de por medio. Él miraba al piso. Yo miraba hacia adelante. Mientras me encendía un pucho pensaba en el “usa forro” de la época. Si era muy nuevo en esto, ¿entendería de lo que hablaba? Pero no hizo falta decir nada. A la altura de Paraguay, me miró y arqueó las cejas, como preguntando “¿arrancás vos?”. Y mientras cruzábamos el centro, entre turistas y oficinistas ajetreados, nos tomamos un minuto.

—Me llamo Jorge Galli. Tengo veintitrés años. Vivo en Recoleta, sobre la calle Arenales. Con mi mamá, Ana, pero le decimos Anita. Rubia, pelo por los hombros, ojos claros. Labura en una farmacia de la zona. No tengo hermanos. Mi papá, que se llamaba Jorge también, falleció cuando yo era muy chico, así que vos nunca lo conociste. Al que sí conociste es a mi tío, José, que anda siempre por casa.

Es el hermano de mi viejo, y un poco se hizo cargo de la familia. Bah, nos pasa guita y le gusta estar al tanto de todo, que le chupemos las medias. Viste cómo son los tanos.

—Jorge Galli. Recoleta. Mamá Anita, papá Jorge. Y el tío me dijiste...

—José. José Alberto, como Tanguito, que en paz descanse.

—¿Y estudiás o laburás?

—Laburaba en una librería por el centro, hasta hace unos meses. Librería Martín Fierro, no sé si la ubicás. Ahora vamos a pasar por ahí. Pero por el momento estoy sin trabajo, estudio solamente. Letras, en la Universidad de Buenos Aires.

—¿Y novia?

—Rita —y me reí para mis adentros —¿Te parece decir que nos conocimos jugando a la pelota? Compañeros de fútbol y toda la bola.

La cabellera se agitó una vez más con su risa, y me recordó la melena de un león. Era como si el Camino Amarillo se hubiese extendido más allá de las baldosas rojas de la Galería del Este y Dorothy hubiese sacado a pasear al León Cobarde por avenida Corrientes, en busca de su valentía arrebatada.

—Me parece bien, compañeros de fútbol.

—Regio. Te toca.

Tomó aire y arrancó su discurso, que evidentemente tenía estudiado de pe a pa.

—Me llamo Manuel Martínez. Veinte años. Vivo en El Palomar, en zona oeste. Con mis papás, Enrique y Elisa, y mi hermano menor, Fernando. Antes vivíamos más cerca del centro, pero nos mudamos hace un tiempo, por el laburo de mi viejo. Es abogado. Laburaba en un ministerio pero lo terminaron trasladando.

Decidí no preguntarle en qué ministerio, o por qué lo terminaron trasladando. Supuse que había decidido omitir esa información por algún motivo, así como deduje más tarde que tal vez habría decidido omitir también un segundo apellido.

—¿Y estudiás o trabajás?

—Estudio Derecho, en la Universidad de Buenos Aires. Mandato familiar. Y bueno, juego a la pelota ahora. Y no tengo novia pero si preguntan podés decir que se llama Manuela. Así es fácil de recordar, y no está muy lejos de la realidad tampoco.

Me caía bien Manuel. Se notaba que el minuto lo había distendido un poco y se estaba soltando. Me daba ternura ver cómo se aferraba al *long play* y pellizcaba suavemente el celofán mientras hablaba,

intentando redirigir todos sus nervios a esa tarea. Si el café salía bien, quizá podría proponerle tomar algo en algún bar de la manzana loca la próxima vez, bajo el mismo solcito que iluminaba los almuerzos de Rolly y Susana.

—¿Te hicieron preguntas alguna vez? La policía, digo —inquirió, apenas susurrando las últimas tres palabras.

—Sí, un par de veces. Pero no pasó más que eso. Nos preguntaron a cada uno por separado y los dos respondimos lo mismo. Me devolvieron el documento y listo. Si está todo hablado, no hay mucho de qué preocuparse.

—Claro. Me da miedo ponerme nervioso y olvidarme de todo. O meter la pata. No sé, nunca me pararon a mí. Cuando estoy por el centro voy directo a El Agujerito y de ahí para casa. Mi viejo tiene muchos conocidos por acá. Se llega a enterar de algo...

—Bueno, no pensemos en eso. Tranquilo. Somos dos amigos compartiendo un café y hablando de Pink Floyd, nada más.

Antes de llegar a la esquina de Montevideo, ya se podía observar el interior del café La Paz desde los amplios ventanales que daban a la avenida. El humo de los cigarrillos flotaba sobre las cabezas de decenas de tipos, en su mayoría intelectuales, artistas, periodistas, yo qué sé. Tomar un café en La Paz era escucharlos debatir a los gritos, de una mesa a la otra, sobre política, literatura o hasta filosofía. Era una experiencia maravillosa y, sobre todo, un buen lugar para pasar desapercibidos.

Nos sentamos en una de las mesas que daba al fondo del salón, lo suficientemente cerca de uno de los ventanales como para quedar lejos del barullo que se armaba en las mesas del medio, pero no tan cerca, como para evitar ser vistos fácilmente desde afuera. Manuel, de espaldas, para mayor seguridad.

La charla fluyó con una naturalidad sorprendente, interrumpida sólo por los vaivenes del servicio del mozo y de algún que otro vendedor ambulante, esos que desfilaban todos los días por los pasillos de la confitería: un uruguayo que vendía libros en miniatura, una señora que mostraba poesías y un niño de unos once años que, para mi asombro, nos ofreció una rosa a pesar de no haber ninguna dama en la mesa.

De Pink Floyd pasamos al rock nacional, de la música a la literatura, de la literatura a la universidad y de la universidad a nuestro día a día. Intenté no detenerme mucho en mi militancia. Apenas mencioné las reuniones y volanteadas como para no incomodarlo.

—O sea que seguiste con ese grupo, después de la reunión por Devoto.

—Sí, sigo con ellos. Entonces, ¿confirmamos que sos el de la reunión y que te acordás de mí?

—Sí, sí, me acuerdo —y sonrió—. Pasa que me agarraste desprevenido al principio, en la galería. No es algo de lo que suele hablar.

—Claro. ¿Y te puedo preguntar cómo caíste ahí? En la reunión. Me imagino que no estabas pensando en militar, ¿o sí?

—Fui para acompañar a un amigo —y en un volumen mucho más bajo agregó— bah, en ese momento medio que estábamos... saliendo. Amigos de la infancia, experimentando. Pero, bueno, él sí tenía ganas de militar y le hice el favor para que no fuera solo. Ahora ya está más curtido, anda más por la calle. Él me explicó el tema del minuto y me aconsejó que tuviera un discurso preparado por si pintaba alguna vez... bueno, esto.

—¿Y tu amigo tampoco se unió al grupo?

—No. No quedó muy convencido con el que daba la charla. Era muy...

—¿Femenino? —completé con cierta ironía, imaginando la respuesta.

—Algo así. Hay algunos que no nos sentimos muy cómodos con eso. Sin ofender, eh —se atajó, como disculpándose con la mirada.

—Tranquilo, pasa hasta dentro del grupo.

Me pregunté cuántos leones cobardes habría dentro del FLH. Temerosos de lo radical, de lo distinto. Ansiosos por oír ese irritante comentario que suele ir disfrazado de halago “ay, pero no pareés gay”. Y me pregunté también quién me creía que era yo, como para llamar a alguien cobarde. Yo que me inventaba novias y me detenía a leer el afiche del “Maipo Superstar” con las hermanas Rojo semidesnudas, o elegía ir a La Paz para pasar desapercibido.

Por eso no debí molestarme, o decepcionarme siquiera, con lo que pasó.

Al estar de espaldas a la ventana, Manuel no vio acercarse a los cinco patrulleros que venían bajando por la avenida, uno tras otro, con el letargo propio de quienes están haciendo una demostración de fuerza. Los monos voladores de la Bruja del Oeste. Los dueños de la calle. Tampoco vio cuando dos de ellos se estacionaron en la esquina, al otro lado de Montevideo. No tuve tiempo de articular palabra. Todo sucedió en no más de —irónicamente— un minuto.

El niño de las rosas, curtido por la experiencia, pasó como una ráfaga por nuestra mesa, dejando una estela de “*Vienen para acá*” tras él. Manuel apenas giró la cabeza y me devolvió el rostro con un nuevo semblante, pálido, desencajado. Llegué a leer un “perdón” ahogado, dibujado en sus labios. Dejó un billete arrugado sobre la mesa, probablemente ya preparado desde el principio. En un abrir y cerrar de ojos, su melena cobriza y su *long play* envuelto en papel celofán desaparecían por la puerta. Nunca más supe de él.

“¿Es en realidad cobarde el león que huye de quienes quieren darle caza?”, pensé. “Después de todo, no estamos en una película de Fleming. Y, si así lo fuera, sería más parecida a *Lo que el viento se llevó* que a Judy Garland cantando sobre el arcoíris”.

Mientras los policías entraban en la confitería, me tomé un último sorbo de café frío. Tenía otra taza vacía frente a mí, una mochila llena de panfletos del FLH y la perspectiva de quien ve una casa acercarse desde el cielo a toda velocidad, justo encima de su cabeza. Así que me preparé para hacer lo que los leones que andábamos desafiando por la calle, jugando a ser valientes, sabíamos hacer mejor. Sobrevivir. Y volver al juego al día siguiente.

### III - SOLDADITO DE PLUMAS

*Las hojas caen a mi alrededor,  
es hora de que me ponga en marcha.  
Te doy las gracias, estoy muy agradecido  
por tan placentera estadía.  
Pero ya es hora de irme,  
la luna de otoño ilumina mi camino.  
Porque ahora huelo la lluvia,  
y el dolor.*

Led Zeppelin, *Ramble On*

La primera vez que oyó aquel fatídico cántico fue en septiembre de 1973. La ironía con la que a veces gusta jugar el destino quiso que el noveno mes del año marcara el final de aquello que, ilusos, se habían atrevido a llamar primavera.

Un pequeño grupo del FLH había ingresado a la vigilia en la misma columna que el PRT. Sin bandera, esta vez. Desconocía si la decisión había sido propia o una condición impuesta. No quería hablar de eso, ni de nada en realidad. Sus compañeros llevaban pancartas con la imagen de Allende, al igual que el resto de los concurrentes. La izquierda unida ante el avance de la derecha latinoamericana. El dolor, la furia, el vacío que queda tras la caída del más próximo bastión.

Cuanto más cerca estaban de la embajada, más notaba cómo el resto de la columna se iba quedando atrás. Con variaciones rítmicas imperceptibles, calculadas, premeditadas. El FLH no aminoraba el paso, quizá por orgullo, quizá por resignación. Quizá nadie más lo había notado. Él, en cambio, había ido preparado para eso, sabía que iba a pasar. Aun así, los nudos en la garganta y en el estómago no tardaron en aparecer, al igual que la última vez. Se concentró en respirar hondo y seguir caminando. “No habría estado bien que un soldado llorase”, se dijo.

La canción que estaba por escuchar le daría la razón.

\*\*\*

El reloj con la palabra “TITAN” apenas legible detrás de las agujas marcaba las ocho de la mañana de aquel gélido miércoles 20 de junio, horario en el que partieron desde Chacarita, repartidos en tres autos. Él viajaba en la coupé de Eduardito, con Jorge, Rubén y Rita.

Rubén, que iba de copiloto, tenía la maldita costumbre de cambiar la radio cada cinco minutos. En menos de media hora, ya habían podido escuchar una decena de versiones distintas de lo que estaba sucediendo en los alrededores de Ezeiza. Las emisoras más optimistas comentaban que se esperaba una concurrencia de más de un millón de personas. Las opositoras, en cambio, hacían énfasis en los supuestos disturbios que ya habrían empezado a acaecer durante la madrugada.

—¿Podés dejar alguna que pase música? Hoy es día de fiesta, compañeras. Poneme una Raffaella, una Diana, una Tina, una Mina.

—Dale, Rita, ¿te acordás cuál es el dial de Radio Marica?

Rita lucía su despampanante e inquebrantable sonrisa de oreja a oreja, el pelo tirante peinado hacia atrás y un poncho rojo con flecos, decorado con una escarapela demasiado vistosa para la opinión de Eduardito, que era más tradicional cuando se trataba de símbolos patrios. “¿Sabías que la escarapela no se usa los días en que se conmemora la muerte de un prócer?”, le había dicho temprano por la mañana. “Hoy se conmemora el nacimiento de la bandera, bruta”, le había respondido ella, “y la vuelta del General, oh, mi General”.

Rita vivía en un contagioso estado de fiesta y éxtasis, era imposible no querer seguirle el ritmo. Sacaba la cabeza por la ventanilla para alentar y saludar a todo auto y micro que adelantaban en el camino. Varios ómnibus habían salido desde la Chacarita al igual que ellos y desde otros puntos estratégicos de la Capital, como Retiro y Constitución. Iban colmados de gente, militantes y no militantes, familias enteras, con niños y ancianos, todos ataviados para la ocasión, agitando banderas y entonando canciones que se iban potenciando, haciendo eco, de un vehículo a otro.

*“Peronistas por aquí, peronistas por allá,  
un millón de peronistas invadieron la ciudad”.*

Era divertido observar a Rita bailotear en el asiento, abrazada a un par de globos de colores y banderines con la cara de un Perón sonriente, acompañada por la frase “Bienvenido General”. No pudo evitar pensar en la plaza del 25 de mayo, aquella sensación de plenitud que lo había invadido de sopetón, mezcla de hormonas alborotadas y la calidez de un nuevo hogar.

Se había emocionado al enterarse de la vuelta de Perón. No tanto por el ex mandatario en sí, para ser honesto —era el devenir lógico de aquella primavera que había comenzado unos meses atrás—, sino más bien por todo el contexto que ese regreso significaría. La muchedumbre, la movilización, los abrazos fraternales con desconocidos, las banderas alzadas en el aire y los cantos a coro; miles de personas berreando cánticos a todo pulmón, al unísono, entre emociones y sollozos. Se le ponía la piel de gallina de sólo imaginarlo. Y de pensar que el miedo y el prejuicio casi lo habían privado de esa experiencia la última vez.

Por eso su sorpresa al enterarse de que sólo unas diez o doce personas del FLH asistirían. No concurriría nadie por fuera de Eros, e incluso dentro de ese grupo había varios que habían preferido no ir. Claro que él no era ajeno a las circunstancias, a los intentos fallidos del Frente por establecer lazos. A ciertas promesas que aún estaban por cumplirse, a ciertos cambios que todavía no habían llegado. Que requerirían de más lucha, de más presencia, como decía Néstor. Había aprendido a creer en él, en sus convicciones, en la pasión con la que hablaba. Tal vez no creía en Perón, ni en los Montoneros, ni en la JP. Pero sí creía en ese mundo de unión y liberación del que Néstor hablaba, el que había llegado a

vislumbrar apenas en Plaza de Mayo. Y en que ese era el único camino que tenían, la única opción posible.

—¡Subí el volumen, Rubén!, ¡dejá ahí y subí el volumen!

Rubén había sintonizado la voz de Tina Turner vociferando “Proud Mery” y la coupé de Eduardito se convirtió en un calco miniatura de Monalí, con Rita como animadora, imitadora e invitada estrella durante el resto del viaje.

A eso de las nueve y pico estacionaron a la altura de Lugano. Ezeiza estaba cerrado a muchos kilómetros a la redonda, por lo que las columnas ya empezaban a organizarse incluso antes de salir de Capital. El FLH, o lo que había de él, se reagrupó en una estación de servicio. Risas y bostezos se oían por igual en las largas filas que esperaban un turno en el baño o un termo de agua caliente. El ejército de somnolientos se espabilaba para unirse a aquel eco de bombos y rugidos que flotaba en el aire, que parecía estar rajando la tierra en algún lugar no muy lejano.

Acompañó a Rita en la fila al baño, que estaba al fondo del playón. Se encendió el primer cigarrillo del día y sintió los pulmones llenarse del humo denso de los 43/70. “Tengo que dejar de pedirle puchos a Eduardito”, pensó. El estómago se le revolvió, igual que esa mañana hacía dos meses atrás. Rita se había puesto a cantar con un par de pibes que estaban adelante en la cola.

*“Montoneros, Montoneros, son soldados de Perón.*

*Los gorilas tienen miedo, tienen miedo al paredón”.*

Pensó en unirse pero todavía era muy temprano. Pese a la emoción y la expectativa, aún no sentía esas ganas locas de cantar y abrazarse. Faltaba gente, amontonamiento. La fila lo hacía sentir expuesto, y siempre había tenido problemas con la exposición. Envidiaba un poco a Rita en ese sentido.

—Mingitorio, paso yo —le susurró Rita cuando les llegó el turno, a sabiendas de que él no se sentía cómodo mostrando el pito entre otros hombres en un baño público. Al menos no en ese tipo de circunstancias.

El siguiente espacio en desocuparse fue un cubículo así que no tuvo mayores problemas, salvo por el olor nauseabundo que se concentraba entre esas cuatro paredes de melamina garabateada. Para pensar en otra cosa que no fuera en el revoltijo que se le había formado en el estómago, se dedicó a escuchar los bramidos de Rita y sus dos compañeros, que seguían cantando mientras meaban. Se los imaginó uno

al lado del otro en la fila de mingitorios, con ella en el medio, bailoteando cual Reina de la Primavera. La risa lo relajó.

*“¡Aquí están, estos son,  
los soldados de Perón!”.*

Oyó a Rita salir del baño, aún entonando la canción que coreaban juntos. Acto seguido, oyó el estruendo de risas contenidas que se habían venido guardando.

—Qué puto asqueroso, no puedo creer —bufaba una voz crispada, cuya rabia y odio distaban mucho del tono burlón con el que respondieron sus compañeros. Comprendió que se trataba de un tercero, uno que había preferido no unirse al coro.

—No te calentés, Julito, no pasa nada. Para mí le gustaste, por más agreta que seas.

—Callate, pelotudo. Estaba esperando a que me relojeara la pija para cagarlo a palos, te juro.

—Primero le rompés bien el orto, para que aprenda —decía el otro compañero de cánticos de Rita, ahogado en carcajadas.

—¿Qué decís, boludo? Le va a gustar y no se la saca más de encima. Si era una loca de aquellas. Ahí nomás, tiro en la frente y listo, no joden más. ¿No, Julito?

—Encima cantando con ustedes, es un chiste. Somos un chiste, ¿no se dan cuenta? ¿Soldado de qué? Soldadito de plumas, tremendo tragasables. El resto se nos va a cagar de risa, no sean pelotudos.

No escuchó mucho más porque las arcadas interrumpieron la charla. Apenas había comido algo el día anterior, así que el vómito fue puro líquido y flema. Escuchó golpear la puerta.

—Che, pibe, ¿estás bien?

Se limpió la boca con la manga, abrió la puerta del cubículo y salió lo más rápido que pudo. Ni siquiera vio quién le había preguntado cómo estaba. El aire helado le pegó una bofetada y la cara preocupada de Rita, que lo esperaba en el playón, confirmó que su apariencia no daría mucho espacio a las mentiras.

—¿Qué te pasó? Estás toda pálida, parecés un trapo de pisos.

—Sh, no pasa nada. Creo que me bajó la presión —mintió, sin dejar de caminar—. Debe ser el cigarrillo que fumé. La mierda esa que me dio el forro de Eduardito.

Cuando se sentía expuesto de esa manera, siempre tendía a putear. Como si las malas palabras endurecieran su coraza o lo pusieran a la altura de un enemigo que mide su masculinidad con la violencia del lenguaje.

—Estoy bien, de verdad. El aire y la caminata me van a ayudar. No digas nada a los demás que me van a empezar a romper las bolas.

El grupo los estaba esperando para emprender la marcha.

—Calculamos que serán unos veinticinco kilómetros hasta donde está montado el palco. Como pinta la cosa, con suerte vamos a llegar a eso de la una o dos. Así que estamos bien —comentaba Néstor, con su optimismo de siempre.

El plan, que hasta ese momento le había parecido una maravilla, era entrar a Ezeiza en la columna de la Juventud Peronista, que avanzaría por la Riccheri en procesión, casi como una peregrinación a Luján. Los contactos de Eduardito le habían prometido un lugar para que el Frente pudiese marchar, desplegando su estandarte de unión y fraternidad. Y así fue. Una vez más, un grupo de doce mariquitas locas alzaron su bandera “PARA Que Reine en el PUEBLO el AMOR y la IGUALDAD. FLH” y marcharon como pueblo, junto al pueblo. Un pueblo que se desbordaba en sí mismo, en energía, en alegría, cuerpo, sangre y corazón. Masas de cuerpos que iban apareciendo a medida que avanzaban, lentamente, por la ruta. Columnas, columnas y más columnas que se materializaban por los costados, y se unían con sus cantos y sus instrumentos, reclamando un espacio en la columna principal. Un movimiento majestuoso, que hacía vibrar y latir el suelo que pisaban.

Y, sin embargo, la emoción parecía pasarle por el costado, donde esta vez no había desconocido a quien abrazar. Una ruta no era lo mismo que una plaza. E indiferencia no era lo mismo que aceptación.

De pequeño, “El soldadito de plomo” había sido siempre uno de sus cuentos favoritos. En ese entonces, no entendía muy bien por qué sentía empatía por ese juguete que era diferente al resto, que dejaban de lado, que tenía que probarse a sí mismo, sobrevivir a lo peor, para ser digno de aceptación y de amor.

Ahora, lo único que podía ver a su alrededor era un grupo de soldaditos de plomo, o de plumas, “*tremendos tragasables*”, marchando en un espacio que no les correspondía. Mendigando abrazos de desconocidos, entre canciones de fútbol y de soldados. Soldados de verdad, claro. Si te faltaba una pierna, “*tiro en la frente*”. Si eras una loca, “*tiro en la frente*”. Y así.

Rita se mantuvo cerca toda la marcha, preocupada. El resto del FLH cantaba, charlaba, se turnaba para llevar la bandera. Algunos le preguntaban si estaba bien, que lo veían pálido. Culpaba al frío, a la caminata, a la gente, a los cigarrillos. Nadie se daba cuenta de que, de a poco, se iban convirtiendo en una isla. Él estaba atento a las miradas, a las caras. Buscaba los rostros de quienes cantaban en la fila

del baño, no sabía si para esconderse o para cagarse a trompadas. No sabía si tenía miedo, si estaba enojado. El estómago no paraba de darle vueltas y las lágrimas reprimidas humedecían sus ojos.

*“Esto emocionó tanto al soldadito que estuvo a punto de llorar lágrimas de plomo, pero no lo hizo porque no habría estado bien que un soldado llorase”,* decía el cuento, que le había enseñado desde pequeño que los hombres fuertes no debían llorar.

Delante de ellos, caminaba un grupo con pulseras rojas y negras, prenda distintiva de la JP, que más tarde ese día los convertiría en presa fácil para las ambulancias sindicales en búsqueda de zurdos a quienes torturar. Los había visto darse vuelta varias veces, cuchichear. Miraban sobre el hombro y apretaban el paso, como escapando de la lepra o alguna otra enfermedad altamente contagiosa.

Detrás, otra agrupación de jóvenes, con una bandera celeste y blanca y la palabra “MONTONEROS” en letras rojas. Giró la cabeza en un par de ocasiones, tratando de disimular su intención. Cada vez que lo hacía los hallaba más lejos. Como si aminoraran la marcha para mantener una distancia segura.

Quizás estaba exagerando. Veía lo que esperaba ver. Pero no pudo evitar el torrente de asociaciones y escenas fragmentadas que inundaron su memoria. El Sr. Ruiz, de Educación Física, gritando en tono burlón “Bueno, queda el ancla, a ver qué equipo se la lleva”, y los capitanes gritando el nombre de los otros, porque nadie quería al nene raro en el equipo. “Llegó el maricón, guarden los paquetes así no se tiente”, al entrar al baño. Y todos escapando rápido, entre risas y empujones. Los murmullos en el vestuario. “Che, el de mujeres es del otro lado”. Las carcajadas. Los chistes. *“Le va a gustar y no se la saca más de encima. Si era una loca de aquellas”.* Los cuchicheos. La crueldad. El odio. *“Si me relojeaba la pija lo cagaba a palos, te juro”.* Las miradas...

Sentía las miradas clavándose como cuchillos por la espalda, como tiros en la frente. Sentía el vacío. La exposición. La vergüenza. El nudo en el estómago, el sudor helado en la nuca, el esfuerzo en los pulmones que se agitaban iracundos, engañados, anhelando un aire que no faltaba. Las lágrimas de plomo, censuradas, amenazando con estallar, como los fusiles de los francotiradores que en ese mismo momento se agazapaban en los árboles.

No pudo soportarlo.

Un momento de confusión. Las palabras a Rita “Perdón, me vuelvo. No me sigas”. La sensación de perderse en la marea. Pero esta vez no para disolverse en ella, sino para luchar en su contra. Siluetas borrosas, sonidos confusos, cuerpos extraños chocando, quejas, puteadas, pisadas, algún que otro golpe sin autor, moretones sin historia. En algún momento, en algún lugar, se tomó un colectivo con destino

a Capital. Llegó a escuchar, muy a lo lejos, los primeros acordes de la “Marcha Peronista”, que interpretó la orquesta sinfónica del Teatro Colón a las 14:20 hs. No así los pedidos de calma que repetiría Leonardo Favio por los altoparlantes a eso de las 15 hs., ni los tiros cruzados que volarían desde el palco, desde las copas de los árboles, entre la muchedumbre.

A las 16:50 hs. el General Juan Domingo Perón pisó suelo argentino después de diecisiete años, en la Base Aérea de Morón. Sin recibimiento, sin acto, sin festejo. Sin primavera.

\*\*\*

Los hechos aberrantes que acaecieron ese septiembre en el país vecino fueron lo suficientemente movilizantes como para sacar a la gente de sus casas, casi de manera espontánea.

Sabía que algunos de sus compañeros de Eros irían, en representación del FLH. Un FLH golpeado, tambaleante. Tras la tragedia de Ezeiza, las tensiones internas del peronismo habían desencadenado un sinfín de acusaciones imperdonables. Ciertas, de hecho, pero imperdonables. El ala derecha del partido, con un tal Teniente Coronel Osinde a la cabeza, acusaba a la izquierda peronista de estar infiltrada por drogadictos y homosexuales. ¡Qué horror!

*“¡Somos un chiste!, ¿no se dan cuenta? ¿Soldado de qué? Soldadito de plumas”.*

Revivía la escena del baño una y otra vez. Cuando miraba a Rita, que aún no entendía por qué había decidido marcharse solo de Ezeiza, sintiéndose tan mal. Cuando le preguntaban por qué había dejado de participar de las volanteadas, para las que siempre encontraba una excusa. Cuando escuchaba a Néstor, en su faceta discursiva más optimista. En cada reunión, cada vez más esporádica. En cada encuentro... Las miradas seguían ahí, presentes, desnudándolo, juzgándolo. Encontrando nuevas maneras de exponerlo, de rechazarlo. Obligándolo a recluirse, meses antes de que el resto de sus compañeros tuviera que hacerlo.

La muerte de Allende fue una última moneda arrojada al aire. Pero la suerte ya estaba echada, aun antes de la canción, aun antes de que el PRT los dejara caminando solos por la avenida Libertador, ya sin banderas, sin ilusiones. Aun antes de aquella Primavera Camporista que los había seducido como el oasis seduce al caminante en el desierto, desesperados por un lago de abrazos vacíos. Puro cuento, pura espuma. En el mundo real, el soldadito de plomo no se queda con la bailarina de papel. Y los soldaditos

de plumas, los que lloran y pecan de ingenuos, no tienen lugar en la revolución. Ni en el mundo nuevo que promete traer.

El coro de voces —extasiadas, rabiosas, beligerantes, de las que alguna vez habían creído ser parte—, marcó a fuego esa noche, casi al unísono y en tono fuerte y claro para que no hubiese lugar a dudas, el final de la fantasía que el FLH había osado concebir:

*“NO SOMOS PUTOS, NO SOMOS FALOPEROS,  
SOMOS SOLDADOS DE FAR Y MONTONEROS”.*

#### IV - HOJAS EN BLANCO

*Va a llevar algo de tiempo esta vez  
No importa lo planeado  
Como los árboles jóvenes en invierno  
Hemos aprendido a adaptarnos.*

*Carpenters, It's Going to Take Some Time*

*Septiembre de 1973*

La noticia del 11 de septiembre del 73 me golpeó de lleno en la estación de Constitución, sentado en un banco destartado junto a mi amigo el anonimato y una recién llegada certeza.

Con el anonimato habíamos aprendido a convivir desde hacía un tiempo. Contra todo pronóstico y esperanza, las volanteadas aún se hacían con —cada vez más— discreción. Frecuentábamos juntos las estaciones de tren, que eran mi locación predilecta para la militancia clandestina. Retiro, Chacarita, Once, Constitución. El trajín de los vagones y el vaivén constante de pasajeros constituían una escenografía casi caricaturesca para el desarrollo de la actividad.

Nuestra rutina era casi siempre la misma, cualquiera fuese la estación. Con la mochila llena de panfletos del FLH, repartidos la noche anterior entre los miembros de Eros, mi amigo y yo nos pasábamos unas dos o tres horas deambulando entre el hall y los andenes, tramando tácticas para entregar los volantes sin separarnos. Lejos habían quedado aquellas marchas multitudinarias en la Sexta Avenida, las pancartas gigantes y las caras descubiertas.

A Constitución íbamos bien temprano por la mañana, para agarrar la hora pico, cuando los trenes que llegaban del sur escupían bocanadas de gente y las plataformas se desbordaban. Con mano rápida y andar ligero, nos metíamos entre la multitud a contramano e íbamos dejando folletos al azar en zarpas desprevenidas. Si veíamos algún movimiento raro o escuchábamos algún grito prepotente, nos metíamos en el tren y nos camuflábamos entre los pasajeros. Era moneda corriente terminar en alguna estación alejada del conurbano; con el tiempo aprendimos en cuál nos convenía bajar para agarrar justo el ferrocarril de la mano contraria, o en cuál hacer una parada estratégica para concretar un encuentro fugaz en el baño.

Cuando el movimiento de gente mermaba, en cambio, solíamos sentarnos en algún banco solitario. Tras asegurarnos de que nadie nos veía, depositábamos un piloncito prolijo de panfletos en la superficie. Acto seguido, buscábamos un lugar cercano desde donde observar. La mayor parte de las veces, el pilón terminaba en un tacho de basura y teníamos que esperar el momento adecuado para recuperarlo, si es que seguía en condiciones y no se había llenado de mostaza o yerba húmeda. Otras veces —pocas—, llegaba a las personas correctas, que se tomaban el tiempo de leer el folleto completo, o guardarlo en un lugar recóndito de su presencia para examinarlo más tarde. En todas y cada una de las ocasiones, los ojos escrutaban los alrededores primero, temiendo estar cayendo en alguna trampa macabra. Nosotros desviábamos la vista, disimulando estar haciendo otra cosa.

En eso estábamos cuando la noticia del país vecino nos cayó encima. La hora pico había pasado y Constitución estaba en calma. Acabábamos de sentarnos en un banquito destartado, a la espera de que alguien se acercara a la pila de folletos que habíamos dejado a un par de metros, cuando la conmoción de la primicia sacudió la estación como el espasmo terminal de un cuerpo moribundo. Mientras los detalles escabrosos se abalanzaban desde los parlantes de los televisores, comprendí lo que aquello significaría para mí, para nosotros. “*En las derrotas, los pueblos encuentran el camino de la victoria definitiva*”<sup>1</sup>, proclamaría el FLH más tarde. Yo no era tan optimista.

No digo que nunca lo hubiese sido. Por algo había regresado a Buenos Aires pocos meses atrás, embelesado por los aires de una revolución anunciada. Una de verdad, no como la autoproclamada “Revolución Argentina”, por la cual había abandonado el país en un principio.

De mi estadía en Estados Unidos, no había traído más que una valija y la experiencia de vivir y crear en libertad, que no era poco para un poeta veinteañero que poco sabía de ambiciones materiales. Mi maldición, sin embargo, siempre había sido la sed insaciable por el quilombo, la constante necesidad de ebullición.

Para comienzos del ‘72, las réplicas del terremoto Stonewall habían perdido potencia en Nueva York. El Gay Liberation Front, o *Yi El Ef*, como pronunciábamos los sudacas, se había terminado de disolver al emigrar la mitad de sus integrantes hacia la costa oeste. Juan Carlos, mi compañero argento de *loft*, había decidido quedarse en Brooklyn con su pareja, y yo me había visto en la disyuntiva de viajar hacia Los Ángeles o volver a casa, porque la monotonía de “la ciudad que nunca duerme” de repente se me había vuelto insoportable.

La noticia de la primavera camporista inclinó la balanza, y las cartas de mis pares argentinos sobre un frente de homosexuales militantes que se había formado en Buenos Aires terminaron de definir mi futuro. En ese entonces, vivía con un grupo de hombres con quienes compartíamos absolutamente todo, por lo que no tenía demasiadas posesiones que cargar. Me fui con lo puesto, algunas mudas de ropa amontonadas entre libros y papeles sueltos en una valija desgastada y la promesa de vivir un nuevo estallido de liberación.

Estallido que nunca llegaría, claro, como comprendí por vez primera ese martes 11 de septiembre, sentado en un banco de Constitución, junto a mi amigo el anonimato, quien me abrazó con fuerza, y a la recién llegada certeza de que lo peor estaba aún por suceder.

---

<sup>1</sup> *Somos* Número 2, p. 5.

\*\*\*

*Noviembre de 1973*

De mi primera estadía en Estados Unidos también me traje la mala costumbre, y todavía la conservo, de llenar ciertas lagunas idiomáticas con palabras en inglés. Cuando hablábamos de tácticas o planes, no podía hilar más de tres oraciones sin decir “*know-how*”. Y ahí nomás saltaba algún pelotudo a echarme en cara “ah, cierto que éste viene del primer mundo, ojo”. Y a la mierda lo que estaba diciendo. No es que odiaran al *Yi El Ef*, o desconfiaran de mi experiencia, pero había cierto resentimiento hacia la militancia yanqui. Y no los culpo, si allá eran casi todos blancos de clase media alta que habían abandonado la universidad para blandir sus privilegios entre los bares y tiendas de Christopher Street. Era otra realidad.

Por eso mi sorpresa cuando Néstor se mostró interesado en una de mis propuestas. Estábamos reunidos con unos cuantos miembros de Eros en mi departamento de aquel entonces, en el barrio de Boedo, discutiendo alternativas para llegar a la gente ante la posibilidad, cada vez más palpable, de tener que abandonar las calles.

—Y vos tenías experiencia en revistas, ¿cierto? —comentó ante mi propuesta.

—Claro, el año pasado con Juan Carlos publicamos una revista. *Afuera* se llamó; estaba pensada para lesbianas y gays latinos que estaban viviendo en Estados Unidos como nosotros. Sacamos un solo número pero fue una linda experiencia. La distribuimos entre amigos y conocidos, y ellos la pasaron a sus amigos y conocidos, y así. Tenía noticias, programas políticos, copias de folletos, poemas, de todo. Y algo parecido podemos hacer acá. Yo me encargué de toda la parte de tipografía y edición así que tengo... bueno, puedo ayudar —concluí, tragándome con éxito el “*know-how*”.

Todo el FLH se veía venir el repliegue. El sueño peronista que alguna vez nos había convocado se retorció ahora bajo las botas del Coronel Osinde, rumoreado “mataputos”. Los nombres Villar y Margaride, figuras célebres del cuerpo policial en la época de Onganía, cada vez sonaban más fuerte. Y Montoneros entonando el “*No somos putos, no somos faloperos*”... bueno, digamos que habíamos quedado más solos que loca mala. Por eso no había mucho tiempo que perder.

Enseguida se celebró una reunión bastante grande, en Núñez, con miembros de las diferentes organizaciones del Frente. Tras varios debates y votaciones, el boletín del FLH quedó bautizado con el nombre “*Somos*”, y Eros, a cargo de compaginarlo y armar la revista.

En el *party* que tuvo lugar luego —para celebrar el bautismo, por supuesto—, Néstor se me acercó y me dio un trozo de papel doblado por la mitad.

—Andá a verlo en la semana y comentale sobre la revista. Decile que nos gustaría que nos acompañara con sus ilustraciones.

Garabateadas en el papel, en una letra que no era la suya, figuraban las palabras:

*MAXO*  
*CHACABUCO 549*  
*SAN TELMO*

\*\*\*

Por mucho que nos pesara, todos aprendimos a convivir con el anonimato en aquella época. Pero con Maxo pasó algo distinto. Si bien de puertas para afuera éramos todos seudónimos y “*si te he visto no me acuerdo*”, puertas adentro sabía quiénes eran mis compañeros, mis amigos. De Maxo, en cambio, lo único que llegué a conocer fue su anonimato. En todos nuestros encuentros su anonimato iba por delante, abrazado a cada fibra de su ser. Nunca supe su verdadero nombre, por ejemplo, ni puedo asegurar haber conocido su verdadera persona. Y así y todo, nos hicimos buenos amigos.

“Cualquier amigo de mis amigos es amigo mío”, me dijo esa tarde un muchacho delgado y desgarbado con pelo ondulado hasta los hombros, jeans gastados y sandalias de cuero, luego de reconocer la letra de quien había escrito la nota con su dirección. Y me invitó a pasar a un cuartito pequeño, dentro del enorme caserón en San Telmo, no sin antes dar un vistazo rápido a la cuadra.

Hojas de papel apiladas, de todos los tamaños, texturas y gramajes. Lápices, plumas, gomas de borrar, pinceles, témperas, crayones, tizas y demás artículos de librería asomaban por doquier en el improvisado taller. Me invitó a sentarme en un taburete de madera acomodado junto a la pared opuesta a su escritorio, sobre el cual no había ningún elemento escrito o ilustrado que me diera alguna pista sobre qué o quién

era el tal Maxo. Todos los papeles estaban en blanco, como si cualquier otra cosa en la que estuviera trabajando hubiese sido premeditadamente escondida por mi llegada.

—Me avisaron que vendrías, pero no me dieron muchos más detalles.

—Bueno, te habrán comentado que es por la revista que va a sacar el Frente.

—No, no estaba al tanto.

—Pero ¿vos no sos del Frente?

—No, no soy militante. Es decir, milito, como puedo y desde donde puedo. Pero no, no soy miembro de ninguna organización del Frente.

Mientras le contaba sobre las ideas que teníamos para la revista, tomó lápiz y papel y se puso a dibujar. Como estaba de espaldas, encorvado sobre el escritorio, no pude notar si seguía el hilo de lo que le decía o estaba absorto en sus propios pensamientos. Daba trazos suaves, cambiaba el ritmo, giraba la hoja, chasqueaba la lengua cada cinco minutos y asentía. En menos del cuarto de hora, se dio vuelta y me mostró el boceto de lo que sería la portada de una primera publicación. Una suerte de espadachín con sombrero grande y capa cubierta de estrellas se balanceaba sobre la palabra “SOMOS”. Debajo, el “Nº 1” transmitía la ilusión de, no una, sino varias ediciones.

—Sabés que no vamos a poder pagarte un mango por esto, ¿no?

—No importa, quiero colaborar. Y es la única manera que tengo. Mirá, yo sé lo que es militar, y nunca me importó pagar las consecuencias. Huevos no me faltan. Pero hoy por hoy no me puedo seguir arriesgando. Una vez que te tienen fichado...

Me quedé dándole vueltas a esa frase por un tiempo. Sobre todo, al final tácito que había decidido callar.

\*\*\*

### *Diciembre de 1973*

Diciembre del 73 fue el mes en que mi departamento de Boedo se transformó en toda una redacción clandestina. Allí llegaban los artículos, documentos, traducciones y poemas que enviaban desde las diferentes organizaciones para que Eros los incluyera en la revista. El contenido era de lo más variado, con noticias internacionales y hasta una cartilla de seguridad, ideada por Néstor, con asesoramiento sobre qué hacer frente a una detención policial.

Como yo era el dactilógrafo de la revista, casi todos los contenidos pasaban por mí. Recuerdo uno de los párrafos de la cartilla que me quedó grabado a fuego, más por una cuestión mnemotécnica que por otra cosa: “*Si la policía decide inculpar al acusado, al salir de la comisaría o en el Penal, deberá llegar la ‘sentencia del Jefe de Policía’, que es una nota por la cual se comunica la condena. Al firmarla, se debe colocar la palabra APELO antes de la firma, sin dejar espacios en blanco (trazando una línea) entre el fin de la sentencia y el apelo. Ello significa que se apela ante la justicia la decisión de la Policía*”.<sup>2</sup> Aún hoy me parece un regalo divino, y una ironía maravillosa, que la palabra salvadora resultara ser una de las prácticas más frecuentadas entre los desviados de la época.

La realidad es que ya para ese entonces las razzias se habían multiplicado, con la presencia cada vez más fuerte de la Brigada de la Moralidad en las calles y su imposición de lo que, desde el FLH, habíamos denominado irónicamente “la moda Cary Grant”. Uno de los últimos panfletos que llegamos a repartir, y que incluimos en la primera edición de la revista, rezaba: “*Revelando insólitas vocaciones, las fuerzas del orden se han puesto a competir con Chanel, Christian Dior y otros centros de la moda. Munidos de hachas y tijeras, policías recorren las calles de la Capital y Gran Bs. As. dispuestos a imponer el prototipo de los galanes yankis del 40 para los jóvenes argentinos; así, arrancan pelos y barbas, cortan tacos y desgarran botamangas que exceden los 10 cm por considerarlas ‘poco masculinas’. Se editará próximamente un figurín oficial para que los jóvenes sepan qué ponerse este verano? Se hará un desfile de modelos en el Departamento de Policía? [sic]*”.<sup>3</sup>

La premisa era simple, *Somos* debía ser una revista para el gay común y corriente, no necesariamente para el gay revolucionario. Buscábamos hacer algo ameno y hasta instructivo para todos aquellos que caminábamos las calles que la tía Margarita, como llamábamos al custodio moral de la ciudad, amenazaba con recuperar de las garras de la degeneración y la depravación.

Diciembre fue también el mes en que mi amistad con Maxo se consolidó. Frecuentaba su taller para llevarle artículos o pedirle algún dibujo específico. Siempre que llegaba, por más prisa que tuviera, me hacía pasar; no le gustaba que charláramos en la calle. Adentro, el taburete de madera contra la pared y las hojas en blanco, sin excepción. Era muy cuidadoso en ese sentido.

En ocasiones, según la urgencia, se ponía a dibujar en el momento, con una rapidez e inventiva envidiables. A la tercera visita, mientras le contaba sobre un artículo llamado “La mujer que se identifica mujer”, escrito por una organización de lesbianas norteamericanas, me convidó unos mates amargos. A la cuarta, una birra fría. Y así, entre mate, birra y bizcochitos, nos fuimos conociendo, como podíamos

---

<sup>2</sup> *Somos* Número 1, p. 11.

<sup>3</sup> *Somos* Número 1, p. 7.

y hasta donde podíamos, claro. Con los anonimatos de por medio. Aprendí a no hacerle preguntas demasiado personales y a no exponer mi historia para no hacerlo sentir en desventaja. De a poco, conocimos en profundidad nuestros aspectos más superfluos, nuestros recovecos más irrelevantes — que, si uno se pone a pensar, resultan ser los más importantes—. Yo le hablaba de poesía, de Rimbaud, de Verlaine, de Genet y de José Mario. Él me hablaba de técnicas, sombreados, carboncillos y claroscuros. El arte nos unía, de alguna manera u otra, y nos nutríamos mutuamente. Quién dice, tal vez, hasta empecé a tenerle cariño.

Y diciembre fue, sobre todo, el mes en que se imprimió la primera edición de *Somos*. Fueron unas pocas decenas de ejemplares, nada más. Recuerdo que entraron con facilidad en la pequeña valija de Héctor, del grupo Nuestro Mundo, a cargo de la distribución, quien vino a recogerlas a mi departamento. Una mezcla de orgullo y terror me invadió cuando lo vi partir con el escueto botín. Juan Carlos, recién llegado de Estados Unidos para pasar unos meses en Buenos Aires, estaba conmigo esa tarde.

—No te preocupes, a todo el mundo le va a gustar. Las notas son excelentes —me tranquilizó—. Es una lástima que nadie haya podido firmar con su nombre verdadero.

\*\*\*

*Febrero de 1974*

—Tengo algo para mostrarte, algo en lo que estuve trabajando.

Era una tarde de viernes. Yo iba por la segunda cerveza, mientras observaba la espalda de Maxo agitarse levemente con cada movimiento de muñeca. La segunda edición estaba por imprimirse y le había llevado de urgencia un “test de inmoralidad” que me habían pedido incluir a último momento, para que lo ilustrara con pequeñas caricaturas. No sé qué tan necesarios eran los dibujos, a decir verdad, pero me gustaba encontrar excusas para pasar tiempo juntos.

—Mañana se manda todo a fotoduplicación. No sé si hay mucho margen como para incluir más ilustraciones pero...

—No, no es una ilustración. Es un artículo, como un cuento.

Se volteó para ver mi cara de sorpresa, imposible de disimular, y una sonrisa pícaro asomó entre sus labios, marcando hoyuelos en sus mejillas.

Maxo, al igual que todo en su taller, era una hoja en blanco. Con paciencia, me había tomado el trabajo de ir llenando los renglones, a partir de detalles, gestos, algún que otro dato furtivo. Pero cuando creía conocerlo lo suficiente como para anticipar sus movimientos, pum, me vaciaba la hoja de un borrón.

El relato, titulado “Hoy me siento muy cuarenta”, narraba en primera persona un encuentro sexual, florecido de descripciones vívidas e intensas. La narradora, identificada con el nombre de la actriz Tallulah Bankhead, que utilizaba el género femenino para referirse a sí misma y definir su vestimenta, sus senos y su cuerpo penetrado, terminaba el relato con la oración: “Es tres de febrero del setenta y cuatro. Soy un hombre”.

Lo releí dos veces más. Tardé unos minutos en decidir qué decir. De pronto, sentí que una parte de él se había desnudado frente a mí, como Tallulah frente al macho que estaba a punto de preñarla. Una parte de la fachada “Maxo” se había venido abajo, y de repente me sentía en una ventaja incómoda. ¿Había abierto el juego? ¿Y si no era así?

—No sabés cómo decirme que es horrible, ¿no?

—¿Qué? Para nada. Es que... No sabía que escribías.

—Intento. No está del todo terminado igual, no me termina de convencer. Cada vez que lo rehago cambio la fecha del final. Imaginate que el primer borrador terminaba con “quince de noviembre del setenta y tres”.

—Es bellissimo. De verdad. Tenemos que publicarlo.

—Me encantaría. Bah, si están de acuerdo, si les gusta. No ahora, claro, pero en alguna otra edición, capaz. Tendría que trabajarlo un poco más. Para la próxima.

Asentí. La sonrisa pícara seguía ahí. Miré una vez más la hoja, repleta de letras, *sus* letras, quien quiera que fuese, prolijamente apretujadas. Se la devolví con otra sonrisa. “Para la próxima”.

\*\*\*

*DECRETO N° 659/74*

*ART. 2°- Sin perjuicio de lo dispuesto en el artículo anterior, el Ministerio de Bienestar Social, a través de la Secretaría de Estado de Salud Pública, dispondrá de inmediato lo concerniente para establecer el control de la comercialización y venta de productos medicinales anticonceptivos mediante el sistema*

*de receta por triplicado, como así también prohibir el desarrollo de actividades destinadas directa o indirectamente al control de la natalidad, procurando, simultáneamente, llevar a cabo una campaña intensiva de educación sanitaria que destaque a nivel popular los riesgos que amenazan a las personas que se someten a métodos y prácticas anticonceptivas. Asimismo proyectará el régimen de sanciones disciplinarias que estime pertinente.*<sup>4</sup>

Eros tenía fuertes lazos con La Unión Feminista Argentina. Néstor y otros miembros habían incluso conformado el Grupo Política Sexual junto a militantes de UFA y el MLF, Movimiento de Liberación Femenina. Por eso no fue de extrañar que muchos de nosotros decidiéramos acompañar la volanteada que las agrupaciones feministas organizaron en oposición al Decreto 659, publicado en marzo del '74.

Creímos, o al menos yo lo hice, que la masividad y la causa “ajena”, por así decirlo, nos mantendrían fuera del radar policial. Las principales calles del microcentro sintieron una vez más el peso de jóvenes militantes, el alboroto de las dramatizaciones públicas, el vaivén de los panfletos: *“No al embarazo no deseado. No a la esterilización forzosa (Plan McNamara). Por una maternidad consciente. MLF - UFA”*.

Sobre la calle Florida, un grupo grande de personas se había reunido alrededor de una compañera del MLF, una mujer petisa y petacona que había armado todo un escándalo en plena peatonal, llorando y exclamando a los gritos que tenía nueve hijos, que era pobre y no podía comprar anticonceptivos. El despliegue actoral era hipnotizante. Habrá sido medio minuto de descuido, a lo sumo, pero bastó para que unas manos firmes me sujetaran de los hombros de imprevisto, mientras una voz adusta me pedía que lo acompañara.

Lo siguiente que supe fue que quedaba detenido. Averiguación de antecedentes, creo que me dijeron. No entendía mucho. El policía, un tipo alto y corpulento, me señalaba el pilón de volantes que tenía en las manos mientras me hablaba y me sujetaba fuerte de los hombros. La gente estaba entretenida con los alaridos de la madre de nueve. No sé si alguien se dio cuenta de que me estaban llevando. Se me cruzó que debía gritar algo, algún dato, mi nombre tal vez. Pero la realidad iba más rápido que mi cabeza. Todo fue tan inmediato que no supe reaccionar. De repente, estaba sentado en un patrullero, intentando recordar lo que había escrito meses atrás en la cartilla de seguridad. “APELO”, pensé. “Si me piden firmar una sentencia, debo colocar la palabra ‘APELO’ antes de la firma, sin dejar espacios en blanco”. Ese fue el único pensamiento al que me aferré los dos días que me tuvieron en el calabozo, entre insultos y provocaciones. Era lo único que me podía separar de Devoto, si se les cantaba

---

<sup>4</sup> <https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/7061610/19740308>

condenarme por algo, y de las historias horribles que uno escuchaba sobre lo que nos hacían en la cárcel a nosotros los maricones. “¿Sed insaciable por el quilombo? Ahí tenés, pelotudo”, me reprochaba.

Y después estaba el recuerdo de la sonrisa de Maxo, que me tranquilizó durante las noches de obligado insomnio. Maxo había estado ahí, seguro. O hasta en Devoto, tal vez. O peor. Antes de convertirse en una hoja en blanco. Antes de no poder seguir arriesgándose...

Cuando me largaron, Néstor y dos militantes de UFA me estaban esperando fuera de la comisaría para llevarme a casa. Ya había anochecido y el aire cargado anunciaba una tormenta. Antes de salir, el mismo policía corpulento que me había agarrado me dedicó unas últimas palabras:

“Zafaste pibe. No tenías antecedentes, hasta ahora. Así que yo que vos andaría con cuidado y no haría más boludeces, porque ya sabemos quién sos y dónde encontrarte”.

De camino a casa, mientras Néstor parloteaba sobre el amedrentamiento y no sé qué más, yo me hundía en el asiento tratando de ponerle un freno a todo. Entre tantas sensaciones, la que más me dolía era la sensación de vacío que había desencadenado esa última advertencia. “Mi amigo el anonimato murió ahí, en cana”, entendí, casi como en una epifanía.

*“Una vez que te tienen fichado...”.*

Y ya no quise pensar más, porque por algo Maxo no había querido completar la frase.

\*\*\*

*Septiembre de 1974*

1974 pasó casi como una pesadilla. La sensación de vacío me acompañaba allí donde iba, como una señal de alerta que me recordaba todo el tiempo el peligro que corría.

Cuanto más extrañaba mi anonimato, más recordaba esa época en la que había sabido ser libre. En la que marchaba a cara descubierta, agitando una pancarta. Ahora, mi única opción era seguir el camino de Maxo, convertirme en una hoja en blanco. O escapar.

“Lo único que hacés es editar la revista metido en tu casa, y hasta eso te tiene con los nervios a flor de piel. Dejate de joder y volvete conmigo”, me había pedido Juan Carlos antes de volverse a Estados Unidos. Y tenía razón. La cosa estaba jodida para todos, y la muerte de Perón había sido como la frutilla de un postre amargo y cargado de pesimismo. Ya desde mi detención yo había optado por evitar las reuniones sociales. Ni hablar de circular por la calle con panfletos o material relacionado al Frente. Incluso dentro de mi casa escondía todo el papelerío cuando no estaba trabajando. No es casual que nos tomara casi cuatro meses publicar la cuarta edición de *Somos*, que recién para septiembre estuvo casi lista.

En cuanto a Maxo, eran contadas las veces que lo había vuelto a ver. Y las últimas visitas habían sido casi efímeras. Ni mate, ni birra. Ni taburete, ni hojas en blanco. Si una parte de su fachada se había caído ese viernes de febrero, los acontecimientos siguientes se habían encargado de recomponerla.

En mi última visita, le pedí entrar un minuto al taller, porque quería contarle en persona que algunos miembros del FLH se habían opuesto a incluir su cuento en la revista. Decían que representaba a la marica que fantaseaba con ser mujer; que no era una buena imagen. Le expliqué que desde Eros íbamos a hacer fuerza para publicarlo. Él me dijo que lo dejáramos así, que no importaba. Que igualmente no sabía cuánto tiempo más iba a poder seguir dibujando para la revista.

Le conté que yo también me iba, en unos meses. Me volvía a Estados Unidos.

“Hacés bien”, me dijo. Y si hubiese conocido mejor a la persona detrás de Maxo, hubiese jurado que esa media sonrisa disimulaba, sin mucho éxito, una profunda tristeza, al igual que la mía.

Y así transcurrió mi último mes en Argentina, como en piloto automático, más afuera que adentro. La única motivación que me quedaba, más allá de publicar mi última revista, era la de hinchar las bolas para lograr incluir el cuento de Maxo. Sentía que se lo debía a aquel desconocido que se había atrevido a asomarse desde las letras apretujadas de “Hoy me siento muy cuarenta”.

Tres días antes de partir, Néstor me llamó para avisarme que lo había conseguido. El cuento se publicaría en la siguiente edición y era definitivo. Intenté sin éxito visitar a Maxo para darle la buena noticia antes de irme. La primera vez, estuve un rato largo golpeando la puerta del caserón de San Telmo, sin respuesta alguna. La segunda, calculo que por el estruendo de mis golpes cada vez más intensos, me abrió la puerta una señora que según me dijo era la dueña del lugar.

—Sí, estuvo varios días sin venir el del tallercito. Pasa que se va a mudar, mañana ya viene a sacar las cosas supuestamente. Seguro que si venís temprano lo encontrás.

Así que a eso de las ocho salí rumbo a Chacabuco 549, con el tiempo justo para volver a mi departamento, agarrar mis cosas y rajar para Ezeiza. La mañana estaba tranquila y las calles de San Telmo, inusualmente barriales para estar tan cerca del centro, me transportaron a mi infancia, a los paseos de domingo con mi familia. El solcito primaveral pegando en los adoquines. El aroma cálido de las panaderías. Por un fugaz momento, se me ocurrió que no todo estaba tan mal en Buenos Aires. Y la idea de ver a Maxo una vez más, de darle un abrazo de despedida. Tal vez hasta me diría su verdadero nombre, me pediría mi dirección para escribirme cada tanto. “Te podés venir a Nueva York, lugar no te va a faltar”, le diría yo.

Un único golpe seco bastó para que la puerta del caserón se abriera con un chirrido. Nunca la habían dejado sin llave, pero tal vez estaría en medio de la mudanza.

—¿Hola? ¿Maxo? —llamé hacia el interior del zaguán.

Pero no hubo respuesta. Abrí la puerta con delicadeza, para no hacer demasiado ruido. No quería asustarlo. La puerta del tallercito, que era la primera de la izquierda, estaba abierta de par en par.

—¿Maxo? —intenté de nuevo. Pero no hubo caso.

El tramo hasta la puerta del taller nunca se me había hecho tan largo. Para cuando alcancé a asomar la cabeza, el cuerpo me temblaba con rabia.

Para mi alivio, todo estaba en su lugar. El taburete de madera acomodado junto a la pared opuesta al escritorio, como si me estuviese esperando. Los lápices, las plumas, las gomas de borrar. Maxo debería estar por ahí, buscando agua caliente para el mate. Los pinceles, las témperas. Tal vez no se mudaría y era todo un cuento de la señora que me había atendido el día anterior, que ni siquiera sería la dueña. Los crayones, las tizas. O tal vez se arrepintió y cambió de opinión; era un bonito taller, después de todo.

Las hojas de papel, de todos los tamaños, texturas y gramajes. Todas escritas, boceteadas, garabateadas...

\*\*\*

Nunca más supe de Maxo. Durante mi segunda estadía en Estados Unidos me llegaron algunos rumores, algunos nombres y apellidos ajenos a la persona que conocí, la que habita mis recuerdos. Algunos nombres pertenecían a jóvenes que habían sido desaparecidos, de los que nunca más se supo nada. Algunos nombres eran de personas que habían logrado escaparse de intentos de detención. Algunos se habían exiliado a España. Tenían parejas y eran felices. A otros les perdieron el rastro para siempre.

Daba igual. Desde aquella mañana no volví a estar interesado en nombres y apellidos. Cualquiera hubiese sido su desenlace, el Maxo que conocí, el amigo del anonimato, el de las hojas en blanco, murió esa mañana soleada de septiembre.

El FLH también se marchitó para siempre. La llama que alguna vez agitó nuestros jóvenes espíritus, que nos animó a perseguir el sueño de un mundo mejor, se fue apagando bajo mantos de cruda nieve invernal. El invierno del “*No somos putos, no somos montoneros*”. El invierno de la Triple A y el llamado a “Acabar con los homosexuales”<sup>5</sup> de la revista *El Caudillo*. El invierno del Proceso y el “terrorismo de mingitorio”, como lo describiría Néstor más tarde, desde el exilio. El invierno de los 400 invisibilizados<sup>6</sup>. El invierno de la “peste rosa”. El estigma, la indiferencia.

Quienes sobrevivimos, aprendimos a recordar al FLH como algo anecdótico. Una fantasía juvenil, una historia fallida. Nos obligaron a golpes a olvidar su esencia, a subestimar su valor. Nuestro valor.

“*Huevos no me faltan*”, me había dicho Maxo esa primera tarde de noviembre.

Cincuenta años después, y cada vez que releo su “Hoy me siento muy cuarenta” en la *Somos* N° 5 que conservo, aún deseo con todas mis fuerzas que la persona tras la fachada, aquel desconocido desgarrado con pelo ondulado y sonrisa pícaro, haya podido completar sus hojas con la misma gracia, valentía y libertad con la que había terminado su cuento.

---

<sup>5</sup> *El Caudillo*, edición del 12 de febrero de 1975.

<sup>6</sup> Refiere a la figura de los 400 desaparecidos LGTBTTIQ+ durante la última dictadura militar, cuya memoria es reivindicada por el colectivo de disidencias sexuales frente a su omisión en el informe realizado por la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP).

## EPÍLOGO

*Ha sido un largo, largo invierno  
Y mucho amor se extinguió  
Ha sido un duro, duro invierno  
Mis pies he arrastrado alrededor  
Y espero que sea un largo, caliente verano  
Y que arda, una vez más, el amor.*

The Rolling Stones, *Winter*

La Plaza de Mayo ya está repleta para el mediodía. Se ha ido llenando durante toda la mañana; a los tempraneros de siempre, que se acercan religiosamente a primera hora del día para disfrutar de la feria y saborear cada instante de la jornada, se le sumó este año una camada de cuerpos ansiosos, ávidos por ocupar las calles después de dos años de abstinencia.

Cada vez que piso la plaza siento un escalofrío que me recorre de pies a cabeza. Allí donde apoyo el pie, imagino los miles de pasos anónimos que se han dado antes en ese preciso lugar, las miles de historias que cargaban, las luchas que libraban. En días como este, en cambio, mi cabeza sólo tiene espacio para aquellas pisadas que nos permitieron estar hoy acá, librando nuestra propia lucha que fue también la de ellos.

Los olores y colores se amontonan en un espacio que no puede entender de distancias. Acá todo se reinventa y se deja abrazar por cuerpos sin género, sin edad, sin tamaño ni etiquetas. Me divierte ver que hasta los barbijos se han hecho amigos de los colores del arcoíris, del *glitter* y las lentejuelas. Se han vuelto parte de opulentos trajes de *drag queens*, adornados con plumas, tules y joyas extravagantes. Hacen juego con arneses, abanicos, suspensores, antifaces y pelucas que tiñen el panorama de colores vivos y chillones. Caras maquilladas, barbas teñidas, disfraces de cuerpo entero y torsos desnudos con cicatrices orgullosas. Sobre los sombreros y tocados, las banderas, los globos y las bandejas de Coca Cola que intentan abrirse camino entre la multitud conviven con pancartas de todo tipo. Las palabras “INDEMNIZACIÓN TRAVESTI YA!!!” se agitan con fuerza al ritmo de la música de Ayelen Beker, que entona las estrofas “*Y me solté el cabello, me vestí de reina. Me puse tacones, me pinté, y era bella*” en una pegadiza y emotiva versión cumbia.

Enfilo para avenida Rivadavia, en donde carrozas y agrupaciones empiezan ya a organizarse alrededor del enorme arcoíris inflable que corona la plaza. Me detengo a admirar el dibujo de Evita y Cristina besándose junto a un puesto de choripanes. Un poco más atrás, un cartel me recuerda que “NO HAY ORGULLO SIN TEHUEL” y se me viene a la cabeza la pregunta que con tanta soltura algún imbécil estaría diciendo frente a la televisión. “¿Para qué marchan?”. O una que aborrezco todavía más: “¿Es necesario?”.

Entre las organizaciones que empiezan a marchar hacia el oeste, con sus estandartes y pancartas, con su música y sus bailes, hay una que reclama mi atención. Un grupo de personas diversas —trans, travestis, cis género; binaries y no binaries; desde niños hasta ancianos; en *drag, cosplay*, camisa y corbata, ropa deportiva y minifaldas— posa bajo una bandera que recuerdo haber visto en una fotografía en blanco y negro, tomada hace casi cincuenta años en esta misma plaza. La escena es radicalmente distinta, claro. Las palabras, y la esencia, es la misma:

“PARA QUE REINE EN EL PUEBLO EL AMOR Y LA IGUALDAD. FLH”.

Sí, es necesario. Siempre.

- BITÁCORA DE ESCRITURA -

*Sobre Cronistas  
y otros Oficios*

## ETAPA 1. EL OFICIO DE CAMPO

*Lo narrativo se retroalimenta de la cartografía mediante el uso de lo etnográfico  
como el viento a favor de la riqueza de volvernos a leer...*

Mónica Palacios Echeverry, *Literatura y Crónica Urbana*

### 1. Sobre cronistas que no saben que quieren ser cronistas

Podría decirse que la crónica me eligió a mí, y no al revés, cuando supe que quería contar una historia. *Esta* historia, para ser exacto. Porque sabía que quería contar *esta* historia y no otra, sólo que no sabía cómo hacerlo.

Me contacté con mi profesora de Taller de Expresión I, esa materia entrañable que me había dado la bienvenida a este vasto mundo que es la carrera de Ciencias de la Comunicación Social. Aún recuerdo su primera clase, todos sentados en ronda como si fuera jardín de infantes. Al menos eso sentenció mi cabeza, acostumbrada a los usos y desusos de la Facultad de Ciencias Económicas. Pero no estaba del todo errada, ya que mentiría si dijera que en ese taller no me reencontré con una parte mía, casi infantil, que había quedado en el olvido.

De pequeño siempre me gustó leer y escribir. Ficción. Mientras más alejado estuviera de la realidad, mejor. Magos, dragones, elfos, arañas gigantes, autos voladores, robots, viajes en el tiempo. De más grande aprendí la diferencia entre “ficción” y “ciencia ficción” o “género fantástico”. Pero hay palabras que quedan ancladas a ciertos significados. Ficción, en este caso. O crónica.

Si bien era un acérrimo escritor en potencia a mis diez años de edad, de algo estaba muy seguro y era que nunca, jamás de los jamases, sería periodista. La escritura era para mí una puerta hacia un mundo del todo misterioso, novedoso, fresco y excitante, que sólo podía habitar en mi imaginación. ¿Por qué desperdiciar semejante herramienta para hablar de algo que ya estaba ahí afuera, en el mundo de los mortales?

A mis veintiséis años, y habiendo transitado la carrera de Comunicación, hubiese sido ingenuo de mi parte sostener la misma premisa. No obstante, algo me hizo ruido cuando Claudia, esa profesora de Taller de Expresión I a la que contacté en busca de desesperada ayuda, me escribió una mañana de julio

del 2020: “Por lo que me comentás, creo que puede ser interesante avanzar con el género crónica urbana, ¿cómo lo ves?”

Crónica urbana... La palabra “crónica” funcionaba en mi mente como un *point de capiton*, un significante que reunía conceptos tales como “noticiero”, “diario sábana”, “noticias policiales”, de esas que incluyen extensas y detalladas descripciones cronológicamente ordenadas sobre acontecimientos que a mi yo escritor de diez años no le hubiesen interesado en lo más mínimo. Pero decidí darle una oportunidad al género —sobre el que ahora admito que muy poco sabía— y me metí de lleno en la variopinta bibliografía existente, una serie de reflexiones y debates que pretenden llegar a un acuerdo sobre qué es la crónica urbana. Y lo que más me atrajo fue, precisamente, la falta de acuerdo.

En sus *Diez hipótesis ‘salvajes’ sobre la crónica*, Osvaldo Baigorria dice que si nos embarcamos en la búsqueda de una definición, sólo encontraremos “diversas representaciones en disputa sobre un género que parece resistirse a ser encasillado como género” (2010). Que parece resistirse... Bueno, ¿qué mejor género para contar una historia de resistencias, que aquel que por su misma esencia hasta parece resistirse a ser encasillado como género?, pensé.

En su afán por darle cuerpo a ese género en resistencia, Juan Villoro recurre a la metáfora para caracterizar a la crónica como el “ornitorrinco de la prosa”, ese animal que se parece a muchos otros pero resulta genuino en sí mismo. La crónica, al igual que esta exótica criatura, posee las características de muchos géneros pero se constituye como uno distinto, con una lógica propia, que a la vez incluye y resiste a todos por igual:

De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos. (Villoro, 2006)

Resulta que el concepto “crónica” sí es un *point de capiton*, un significante vacío que totaliza múltiples sentidos, cuyas fronteras aún se encuentran en disputa. Un poco cuento, un poco reportaje. ¿Es realidad? ¿Es ficción? ¿La crónica ficcionaliza una realidad o es la realidad la que se nos presenta, de manera sugerente pero innegable, a partir de una ficción? ¿Existe acaso una realidad o existen sólo múltiples fragmentos, sensaciones, puntos de vista que la componen? En esa zona de grises, de disputas y resistencias, podía germinar aquello que quería contar pero no sabía cómo. Porque entre el *no saber cómo* y el *no saber qué* hay una complicidad casi absoluta, un pacto de incertidumbres que desembocan en calma y apaciguan las ansias. Una especie de tranquilidad que sobreviene al caminante sin camino. Y, como los personajes de esta historia, me puse a hacer el camino al andar.

## 2. Sobre cronistas, trapecistas y científicos sociales

La primera pregunta que me impactó de lleno ante la posibilidad de realizar una tesina de producción bajo el género “crónica urbana”, y la zona de grises en la que este se ubica, fue la siguiente:

*¿Cómo hacer que mi proyecto pueda ser considerado una investigación en Ciencias Sociales?*

He ahí el *quid* de la cuestión, lo que sin duda alguna debía mantener como norte para sortear con éxito una tesina de grado. Me imaginé entonces como un trapecista que camina la cuerda floja —en realidad, quien camina la cuerda floja es el volatinero y no el trapecista, pero considero que la palabra trapecista es mucho más evocativa—. A mi derecha, la realidad cruda, dura, por momentos inaccesible y por momentos tan cercana que mi escritor de diez años hubiera quedado espantado. A mi izquierda, la ficción, maravillosa y seductora. Del lado izquierdo del balancín (palo largo que usan los volatineros para mantener el equilibrio), un peso extra, probablemente simbolizado por mi yo de diez años aferrándose con fuerza, haciendo peso muerto para tirarme.

Mi tarea era, entonces, equilibrar la balanza. ¿Y cómo sumar peso al lado derecho? Con la rigurosidad teórica y metodológica de la investigación social, claro.

Como quien regresa al hogar en busca de respuestas, volví a los albores de mi vida universitaria y llegué a una materia que, sin duda, debería haber cursado en el último año de la carrera: Metodología y Técnicas de la Investigación Social. Y a un texto de esos que, por alguna razón, se quedan grabados en la memoria, así como el resaltador color violeta oscuro —¿en qué estaba pensando?!— había quedado grabado sobre las ya de por sí poco legibles fotocopias: *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad*, de Charles Ragin (2007). O bien podría haberse llamado “Ciencias Sociales para principiantes”.

Hice una primera lectura rápida —“en diagonal”, como le gustaba decir a un profesor de la casa, resignado al hecho de que ningún alumno leía la bibliografía entera—, en busca de aquello que sabía que encontraría. Un punto de partida, encarnado en un modesto listado de seis o siete ítems, enumerados al principio de la página 73: “Los fines principales en la investigación social”.

Fui tachando aquellos que se alejaban mucho de mi proyecto hasta que sólo quedaron tres:

- Interpretar los fenómenos cultural o históricamente relevantes ✓
- Explorar la diversidad ✓

- Dar voz ✓

Lo que quería hacer se encuadraba entonces en los fines de una investigación social. Interpretar un fenómeno cultural relevante, como fue la creación de una de las primeras organizaciones LGBTTIQ+ en Argentina; explorar la diversidad —sexual, identitaria y política en este caso— en el entramado social y dar voz a sectores marginalizados e invisibilizados a los fines de narrar su propia historia.

El *cómo*, por otro lado, llegaría dos o tres páginas después: para investigaciones orientadas a los tres fines enumerados, Ragin recomendaba el uso de metodologías cualitativas...

Nuevamente, un universo aterrador parecía abrirse ante mí. “Metodologías cualitativas”, en plural. Una montaña de bibliografía recomendada acerca de técnicas, sustentadas en teorías, enmarcadas en paradigmas, que a la vez discutían con otros paradigmas, y así *ad infinitum*. ¿Cómo saber con qué paquete quedarme? ¿Cuál sería el paradigma, la teoría y/o la técnica más efectiva para mantenerme “cerca” de mi objeto de estudio? ¿A, B o C? ¿Blanco o negro? La respuesta, *spoiler alert*, estaba de nuevo en los grises.

### 3. Sobre cronistas, *bricoleurs* y tejedores de colchas

Como posiblemente pueda deducirse a partir de las —quizás exageradas— preguntas al estilo *Hamlet* recitadas en las últimas líneas del apartado anterior, me cuesta mucho trabajo mantener las distancias entre autores, conceptos y paradigmas. Si bien comprendo la relevancia de interpretar a cada autor y sus herramientas dentro del paradigma en el que se mueven, por lo general soy partidario de agitar un poco las estructuras en búsqueda de nuevos sentidos y asociaciones que puedan resultar más provechosas. Es por eso que, en mi recorrido por la carrera, retuve con fuerza cierto concepto, una especie de comodín que sabía que me sería útil en esta instancia: la figura del *bricoleur*. Según esta concepción, presentada por vez primera por el antropólogo Claude Lévi-Strauss en su obra *El pensamiento salvaje* (1964), el *bricoleur* es la persona que encara una tarea a partir de lo que tiene o aquello de lo que puede disponer, sin importar su utilidad primaria. En términos del estructuralismo, el *bricoleur* toma elementos de estructuras preexistentes para configurar nuevas taxonomías; elementos que no necesariamente mantendrán la lógica que tenían en sus sistemas de origen.

En el manual *Handbook of Qualitative Research*, Norman Denzin e Yvonna Lincoln trasladan este término al terreno de las metodologías cualitativas para hablar de un investigador que, “como *bricoleur* o tejedor de colchas, utiliza las herramientas estéticas y materiales de su oficio, desplegando cualesquiera estrategias, métodos y materiales empíricos que estén a mano” (2000: 5). Estos autores

parten de la premisa de que la realidad objetiva nunca puede ser capturada y que sólo podemos conocerla a través de sus —y este es un concepto que resultaría clave para el desarrollo de mi tesina— *representaciones*. Así, la conjunción de diversas fuentes, técnicas y anclajes teóricos “entre y dentro de perspectivas y paradigmas que compiten y se superponen” (2000: 7) garantizaría el acceso a un conjunto más robusto y rico de representaciones, que a su vez habilitarían una interpretación más completa de la realidad en cuestión. A esta técnica, basada en el uso de múltiples métodos, la llaman *triangulación*.

En resumen, si evocaba a mi “*bricoleur* interior” para encarar mi tesina, ya no tendría que atenerme a conceptos, definiciones estáticas y técnicas que formaran parte de teorías, que se encuadraran en un paradigma único, y así recorrer un camino delimitado. Sería más bien un “elige tu propia aventura”, un surtido diverso de herramientas conceptuales y metodológicas multidisciplinares.

Sobre el producto de esta labor interpretativa, Denzin y Lincoln reflexionan:

El tejedor de colchas cose, edita y pone pedazos de la realidad juntos. (...) El producto de la labor del bricoleur interpretativo es un complejo bricolaje, semejante a una colcha, un collage reflexivo o montaje —una serie de imágenes y representaciones fluidas e interconectadas—. Esta estructura interpretativa es como una colcha, un texto performativo, o una secuencia de representaciones que conectan las partes al todo. (2000: 8)

¿Y no es esto, al fin y al cabo, de lo que se trata una crónica? Aquel ornitorrinco que, tomando las palabras de Rosana Reguillo, cabalga entre el periodismo, el análisis social y la literatura en su aspiración por “representar lo no representado y lo no representable en el concierto de los múltiples relatos para contar el mundo” (2007: 49). ¿No debe el cronista, en ese afán, recorrer a contrapelo el territorio a explorar, utilizando cualesquiera herramientas tenga a su mano, para lograr el mayor encuadre posible, para relevar la mayor cantidad de voces, para transportar al lector al centro de la escena, al corazón de esa realidad?

Si la respuesta era afirmativa —y lo era—, el único problema que se me presentaba ahora era que ese territorio a explorar estaba emplazado cincuenta años atrás.

#### **4. Sobre cronistas, etnógrafos y viajeros en el tiempo**

Cuando nos preguntamos por un territorio a explorar, nos estamos preguntando en realidad por un grupo humano específico, una identidad colectiva que se desarrolló en nuestro país desde mediados de la década de 1960 hasta mediados de los años ‘70.

Para nosotros, y hablo desde un *nosotros inclusivo*, que abarca mi posición y la de mis potenciales lectores, ese grupo humano forma parte de un “otro” desconocido. Una otredad o alteridad cuya cultura, prácticas y tradiciones nos son, en gran parte, ajenas.

Las herramientas teóricas y metodológicas fundamentales para explorar la alteridad sociocultural las encontramos en la antropología. Si nos remontamos a sus orígenes, esta disciplina se formalizó como ciencia hacia fines del siglo XIX, frente a la expansión de Occidente por el mundo y su avance sobre pueblos, culturas y modos de vida distintos al europeo. Su motivación era, y aún es, la *pregunta antropológica por el otro*. En ese entonces, el encuentro cultural se producía en el *viaje*. El “viaje al otro” implicaba el desplazamiento físico del antropólogo al territorio en cuestión y su inserción física en el mundo ajeno a través del método etnográfico: “El trabajo de campo (observación participante) bien puede ser considerado como método —es más, como el método central— de la antropología. Su esencia consiste en la exposición personal y directa de los investigadores a la alteridad sociocultural” (Krotz, 1988: 15).

En esta misma línea, el antropólogo Bronislaw Malinowski señalaba en su obra *Los Argonautas del Pacífico Occidental* la necesaria radicación del etnógrafo en el territorio para poder captar los llamados “imponderables de la vida social”, inaccesibles mediante otras vías. Al respecto, refería: “Hay toda una serie de fenómenos de gran importancia que no pueden recogerse mediante interrogatorios ni con el análisis de documentos, sino que tienen que ser observados en su plena realidad” (1975: 36).

El etnógrafo, al igual que el cronista, tiene por objetivo desentrañar una cierta realidad social y cultural para representársela a un otro, ajeno a ella, que pueda entonces conocerla, experimentarla. Ahora bien, ¿cómo transportar a mis lectores, en cuanto cronista, a una realidad que nunca vivenció? ¿Cómo viajar, en cuanto etnógrafo, a un territorio que está cincuenta años en el pasado? ¿Puede el cronista viajar en el tiempo “a lo Marty McFly”? ¿Puede el antropólogo hacer historia, sin abandonar los límites de su disciplina y derivar en una versión, probablemente más aburrida, de Indiana Jones?

Aquí es donde, cual *bricoleur*, comencé a tejer los trazos teóricos y metodológicos que irían componiendo mi investigación. Y siguiendo la corriente interpretativa de Denzin y Lincoln hasta el terreno de la antropología, “cosí” a mi colcha los aportes de Clifford Geertz.

En *La Interpretación de las Culturas*, Geertz establece una definición semiótica del concepto “cultura” que resultaría fundamental para mi investigación: “Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones” (2003: 20).

Partiendo de esta premisa, la tarea fundamental del antropólogo consistiría entonces en buscar dichas estructuras de significación, desentrañarlas y explicarlas. Así, la herramienta etnográfica por excelencia para captar la cultura de un pueblo pasa a ser lo que Geertz llama la “descripción densa”, y sus características principales son:

- es “interpretativa”, lo que interpreta es el flujo del discurso social;
- la interpretación consiste en “rescatar lo dicho” en ese discurso y “fijarlo” en términos susceptibles de consulta;
- es microscópica.

Lo más importante para Geertz es “lo dicho” por los actores. Y hay mucho que los actores de esta historia han dicho. Basta con buscar “Frente de Liberación Homosexual” (FLH) en Google para dar con cientos de resultados. Desde documentos emitidos por la organización (como la colección completa de la revista *Somos*, editada entre 1973 y 1976) y testimonios brindados en entrevistas de aquel entonces hasta películas, documentales, notas y entrevistas más actuales, que reflexionan sobre los años de militancia y las experiencias de sus protagonistas.

Y si bien todos estos documentos serían importantísimos para la investigación, mi “descripción” perdería “densidad” si no lograba entablar un diálogo, de primera mano, con los protagonistas. Tal como dice Geertz, es importante que el investigador se sitúe en la posición en la cual se construye la significación, es decir, *dentro* de la situación discursiva, y no por fuera de ella.

## **5. Sobre cronistas y detectives**

La vasta información que encontré en internet me sirvió como fuente para, en primer lugar, ir anotando nombres, apodos y apellidos. Y también cruces sobre aquellos que, lamentablemente, ya no podría entrevistar.

El mayor problema que se me presentaba era que mi potencial “muestra” (en términos de la investigación cualitativa) no sólo era muy específica y limitada, sino que el rango etario de sus potenciales miembros iba de los 70 a los 85 años en el mejor de los casos, teniendo en cuenta que la esperanza de vida de los hombres homosexuales se había visto gravemente afectada en la década de 1980 a raíz de la pandemia del SIDA. Por lo que, si bien sabía que el Frente de Liberación Homosexual estaba conformado por múltiples agrupaciones con fuertes diferencias ideológicas, políticas e

identitarias, mi premisa inicial fue buscar a cualquier miembro de cualquier organización que hubiese pertenecido al FLH. Después se vería.

Así, con mi humilde listado repleto de cruces y nombres resaltados y una vocación cuasi detectivesca, me adentré en la red social a la que cualquier simple mortal recurriría —no hay que ser cientista social para ello— para rastrear a una persona de la que poco sabe más que el nombre: Facebook. La labor llevó toda una tarde y gran parte de la noche del 28 de julio del 2020, y tres o cuatro tazas de café preparado en una de esas cafeteras italianas en miniatura que acababan de regalarme. Y es que no sólo se trataba de encontrar el nombre buscado, sino también de validar que dicha persona fuese la que realmente quería encontrar. Revisar publicaciones, buscar fotografías, chequear su círculo de amigos, etc.

Tras varias decepciones e ítems tachados, llegué al final de la jornada con una nómina de cuatro personas<sup>7</sup>:

- M. B.
- N. L.
- Z. A.
- H. A.

A todos ellos envié el mismo mensaje vía Facebook, meticulosamente elaborado para que fuera expositivo, cordial y persuasivo, sin que resultara tediosamente largo o enredado. Esa misma noche — y con muy pocas esperanzas, para ser honesto— disparé:

*Estimado xxx:*

*Mi nombre es Luciano Ramos. Soy estudiante de la carrera de Ciencias de la Comunicación Social en la Universidad de Buenos Aires y actualmente me encuentro planificando mi tesina de grado.*

*Hace un tiempo, para uno de los seminarios de la carrera, nos pidieron realizar un trabajo de análisis de cualquier publicación emitida por alguna organización argentina de influencia marxista. Fue así como encontré la historia del Frente de Liberación Homosexual y su revista Somos. No sólo quedé muy contento con el trabajo realizado sino que, sobre todo, quedé maravillado e inspirado por la historia*

---

<sup>7</sup> El uso de siglas pretende preservar la identidad de aquellas personas que fueron contactadas en esta instancia de la investigación.

*de la agrupación y el contenido de la revista. Y supe inmediatamente que quería retomar la temática para trabajarla en mi tesina.*

*Es por eso que hoy deseo ponerme en contacto con usted. Tengo la intención de realizar una tesina de producción literaria, elaborando una crónica inspirada en la publicación de la revista. Considero que el hecho tiene una gran relevancia a nivel histórico para nuestra comunidad y es mi objetivo transmitir esa impronta en mi trabajo. Pero para que el mismo tenga valor real y peso académico, es esencial reconstruir la narrativa a través del testimonio de sus protagonistas. Por eso, sería un honor y un placer poder concertar una entrevista, por el medio que sea de su comodidad, para poder conocer la historia desde su perspectiva.*

*No quiero extenderme mucho más, pero sepa que me encuentro a disposición ante cualquier inquietud que pueda tener al respecto y que desee profundizar para considerar su participación.*

*Espero que al menos reciba este mensaje, así como la admiración y respeto que intento transmitir a través de estas líneas y que quisiera reflejar en mi trabajo.*

*Lo saludo, con la esperanza de recibir una respuesta.*

*Luciano Ramos*

*lucianoramos1994@gmail.com*

El miércoles 29 de julio fue un día fatalmente largo. No puedo asegurar que haya llovido, tal vez es sólo producto de mi imaginación; pero en mi memoria, el recuerdo reviste la ambientación típica de una de esas escenas del cine negro, con el detective sentado en su escritorio, tragando un café tras otro y viendo el tiempo transcurrir con monotonía hasta la llegada de su primera clienta en semanas, una *femme fatale* que sin lugar a dudas dará inicio a la acción.

Mi *femme fatale* llegó el jueves 30 en forma de notificación de Facebook Messenger. Un circulito con la foto —antigua— de un muchacho joven, en musculosa rosa y en cuclillas sobre un cálido paisaje de colores verdes, y un número “1” en rojo, que equivalía a un mensaje de salvación. El mensaje iniciaba: “*Hola Luciano, me encantaría charlar con vos sobre Somos...*”

En mi improvisado cuaderno de anotaciones —que más tarde serviría de ayudamemoria para esta bitácora de escritura—, apunté:

30/07/20 – Respuesta de N.L. Acepta la entrevista. Primera vez que siento que el proyecto es posible. Feliz.

## 6. Sobre cronistas, entrevistadores y relatores de vidas

“La entrevista es una de las técnicas más apropiadas para acceder al universo de significaciones de los actores. ‘Entrevista antropológica o etnográfica’ o ‘no directiva’ se añade al bagaje técnico metodológico del que se ha valido la antropología para conocer otras sociedades y culturas” (Guber, 2004: 132).

Una vez pactada la primera entrevista, entendí que aún no tenía del todo claro *qué era* lo que iba a buscar en ella. Si bien en un principio mi intención era escribir sobre la publicación de la revista *Somos* —sobre la que ya había hecho una monografía en el seminario “Análisis del Discurso de las Izquierdas Argentinas”—, había todo un universo de relaciones simbólicas al que debía acceder para poder *representarlo* luego en la narración de los hechos.

En *El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades* (1980), el sociólogo francés Daniel Bertaux indica que, al principio de una investigación, lo prioritario es adquirir conocimiento sobre lo que él denomina “marcos sociales”, es decir, información general (en este caso, sobre el FLH y su contexto histórico) que facilitará luego, en la entrevista etnográfica, desplazar la atención hacia el nivel simbólico (valores, imaginarios), y el nivel de lo concreto particular (historia personal, disposición específica de situaciones).

Comencé entonces un recorrido más profundo por aquellos resultados que arrojaba Google al buscar “Frente de Liberación Homosexual”. Releí la monografía que había preparado anteriormente y varios artículos de la revista *Somos*; busqué notas sobre el tema en cuestión; miré documentales y entrevistas ya realizadas a miembros de la organización, incluso algunas que había dado mi futuro entrevistado.

Mientras más información absorbía, más *escenas* iban apareciendo de manera fragmentaria en mi cabeza. Escenas concretas, que podrían conformar mi crónica. Escenas poderosas, sobre todo, con el potencial de contener y reflejar gran parte de ese universo simbólico que empezaba a entrever.

Llegué al primer encuentro con un listado de tópicos significativos que intentaría tocar, de la manera menos dirigida posible, tomando como referencia las pautas que brinda Rosana Guber sobre la entrevista antropológica en su obra *El Salvaje Metropolitano* (2004). El listado incluía:

- Ser gay en los 70
- Experiencia de militancia en Nueva York vs. Buenos Aires
- FLH - Grupo Eros
- Relación con la izquierda
- 25/05/73 - Presencia del FLH en la asunción de Héctor Cámpora
- 20/06/73 - Presencia del FLH en el regreso de Juan Domingo Perón a la Argentina
- Clandestinidad
- Revista *Somos*

Si bien el primer encuentro quedó con varios de estos tópicos sin tocar siquiera, sin dudas fue un gran disparador para descubrir nuevas temáticas y relaciones sobre las cuales profundizaría más adelante; algo así como lo que Guber llama “preguntas para abrir sentidos”. Además, tener acceso al primer entrevistado me abrió el camino a otros actores que, contacto de por medio, estuvieron más que dispuestos a charlar conmigo.

La estrategia era la misma para todos:

En primer lugar, “*abrir los sentidos*” mediante los procedimientos de “*atención flotante*”, en mi posición de entrevistador, y la “*asociación libre*” en el discurso del informante (Guber, 2004), de modo que los entrevistados expusieran sus propias experiencias, reflexiones y sensaciones sobre el periodo de sus vidas sobre el cual estábamos hablando. Periodo que todas las veces terminó por desbordarse, pivotando la entrevista entre recuerdos de la infancia y trayectorias cuyos recorridos acababan llegando hasta el presente, en un intento por dar sentido y unidad al relato.

Aunque, en un primer momento, uno podría pensar que la información obtenida excedía en demasía lo necesario para “escribir una simple crónica”, era ahí justamente en donde se encontraba la clave de acceso al corazón de ese universo simbólico que estaba buscando. Citando a Bertaux,

(...) si los relatos de vida (*life story*) nos interesan, no es como historias personales, sino en la medida en que estas historias “personales” no son más que un pretexto para describir un universo social desconocido. Esto significa que una vez adquirida, la postura autobiográfica debe transformarse; que la mirada “auto-gráfica” se debe transformar en mirada etnográfica (...) Es finalmente por ser relatos de experiencia que los relatos de vida llevan una carga significativa capaz de interesar a la vez a los investigadores y a los simples lectores. Porque la experiencia es interacción entre el yo y el mundo, ella revela a la vez al uno y al otro, y al uno mediante el otro. (1980: 14-15)

La otra pata de la estrategia era, sin descuidar la primera, intentar hacer foco en las experiencias personales de los entrevistados respecto de tres o cuatro de los tópicos significativos sobre los cuales yo ya tenía cierta concepción preconfigurada —producto de mi investigación previa—, de manera de ir

cruzando y sintetizando diferentes perspectivas que me permitieran ir construyendo lo que, en investigación cualitativa, se denomina *imágenes*.

## 7. Sobre cronistas y dibujantes invertidos

Las imágenes, según las define Charles Ragin (2007) entre esas líneas resaltadas en color violeta oscuro, son abstracciones cuyo fundamento se encuentra en un conjunto de pruebas (en este caso, los discursos): “Para construir las *imágenes*, los investigadores sintetizan las pruebas empíricas, es decir, conectan diferentes partes o elementos de las cosas que estudian con el propósito de crear descripciones más completas que se basen en alguna idea acerca de cómo esas partes están relacionadas entre sí o podrían estarlo” (2007: 108).

Es decir que el siguiente paso del trabajo era ir trazando conexiones entre los discursos de mis entrevistados, buscando y uniendo los puntos en común. Diseñando, alrededor de cada tópico, un dibujo lo más completo posible. Si le preguntáramos a un dibujante profesional, lo más probable es que nos dijera que el primer paso es trazar las líneas, la silueta de nuestro dibujo. Después, los colores. Pero en este caso, siento que he invertido el trabajo. Pues imagino mi dibujo como una hoja plasmada de colores desordenados, urgidos por ser agrupados.

Analizar los discursos fue, antes que nada, rastrear las tonalidades de una misma paleta, ese universo simbólico en el que los relatos se sostenían. Los valores, los imaginarios compartidos, la identidad. Luego, por supuesto, estaban la subjetividad y la historia personal, esa línea individual que cada perspectiva iba trazando alrededor de cada evento, de cada tópico. Aquí, el primer entrevistado le dio mayor profundidad a su relato. Aquí, el tercero cruzó recuerdos de su infancia y el relato se llenó de sentido, como quien aprieta bien fuerte el lápiz para darle mayor intensidad a la silueta.

Y, como todo dibujante, también tuve que descartar varios borradores. ¿Y si este relato, en lugar de este otro, puede *representar* mejor aun este tema? ¿Qué imagen refleja mejor el “nosotros y ellos” que identifica y diferencia a los miembros del FLH de los otros movimientos de izquierda? ¿Con cuál puedo representar mejor la cultura del encuentro fortuito, callejero? Porque también hay una elección, por parte del dibujante o del cronista, que tiene que ver con su creatividad por un lado, pero sobre todo con su subjetividad y su historia. Como señala Baigorria, “el cronista aborda el acontecimiento desde una mirada cruzada por sus lecturas, prejuicios, recuerdos y comparaciones” (2010).

Todo ello: las imágenes, los marcos sociales, lo simbólico, lo subjetivo, lo personal, los relatos de vida, la mirada de los actores y la del cronista, la investigación previa, la teoría, la colcha cosida; todo fue

necesario para constituir el dibujo final, que resulta ser tan sólo uno entre infinitas posibilidades. Ese dibujo que, aún crónica en potencia, ya podemos llamar *representaciones de la vida social*. Y que en mi cuaderno de anotaciones quedó esquematizado de la siguiente manera:

*Temáticas a representar:*

*RELACIÓN AMBIGUA CON LA IZQUIERDA / NOSOTROS Y ELLOS:*

*PLAZA (25/05/73) - Asunción de Héctor Cámpora. Primavera Camporista. Inclusión, Ilusión.*

*EZEIZA (20/06/73) - Regreso de Juan Domingo Perón a la Argentina. Rechazo, decepción.*

*MILITANCIA: Programa político. Politización y deseo. Néstor Perlongher.*

*LA CALLE Y LA POLICÍA: Volanteadas. Yirar. Levante en la calle. Un minuto.*

*Brigada de Moralidad. Edictos Policiales.*

*Golpe de Estado en Chile.*

*'No somos putos, no somos faloperos, somos soldados de Evita y Montoneros'.*

*CLANDESTINIDAD: Anonimato. Miedo.*

*Publicación de la revista Somos.*

## ETAPA 2. EL OFICIO DE ESCRIBIR

... *ahora como actores de nuestra historia*  
*pero recreados en la literatura.*

Mónica Palacios Echeverry, *Literatura y Crónica Urbana*

### 8. Sobre cronistas y el oficio de elegir

Como afirmaba al inicio de esta bitácora, podría decirse que la crónica me eligió a mí, y no al revés, cuando supe que quería contar una historia. Esa fue la primera elección. Ahora bien, una historia, antes de ser historia, no es más que una serie de acontecimientos aislados. Y son precisamente las elecciones —de quien escribe, en este caso— las que organizan y dan forma de manera progresiva a esa historia.

A través de la “Etapa 1”, explicité cómo distintas elecciones teóricas y metodológicas plantearon el desarrollo de un trabajo de campo cuyo resultado fue una serie de *representaciones de la vida social* (marcos sociales, relaciones simbólicas, perspectivas personales) que posteriormente colmarían de contenido las crónicas que aún estaban por escribirse.

En esta segunda parte, en cambio, quisiera recorrer el proceso de escritura en sí. Y detenerme sobre todo en aquellas *elecciones* que permitieron transformar ese material en bruto —las representaciones— en crónicas. Pero para ello, recurriré también a un cierto orden narrativo, sin el cual no haría más que enumerar decisiones aisladas e inconexas. Porque ciertamente así fueron surgiendo, en la mayoría de los casos, durante el proceso de escritura; sin rangos ni categorías. Porque cuando escribo, escribo y ya, diría mi escritor de diez años que sale a jugar cada vez que me siento a escribir.

Por ende, el siguiente esquema de ninguna manera se corresponde con lo ocurrido. Es un esquema de análisis *a posteriori*, que me permite reflexionar sobre algunas decisiones tomadas, recursos elegidos y todo aquello que se ha puesto en juego, de forma un poco caótica tal vez, en este proceso de recreación literaria.

El esquema está basado en la clasificación que propone Luz Pimentel sobre los principios de selección de la información narrativa en su obra *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. Siguiendo la lectura de teóricos tales como Gérard Genette y Paul Ricoeur, la autora refiere a dos niveles

íntimamente relacionados que configuran el relato: el nivel de la historia, que es el de los acontecimientos, y el nivel del discurso, que es el de la narración.

En el nivel del discurso, según la autora, opera una serie de elecciones sobre la información de los acontecimientos que componen la historia, a las cuales agrupa en dos *principios de selección*: uno cuantitativo y otro cualitativo.

Las diversas formas de selección cuantitativa en la información narrativa son: el mayor o menor detalle con el que se describen los lugares, objetos, e incluso los actores (en tanto que “objetos” a describir) que pueblan ese mundo narrado (la dimensión espacial del relato); las estructuras temporales utilizadas en la presentación de los acontecimientos (la dimensión temporal); las distintas formas de presentación de los personajes y de su discurso, así como de las relaciones que establecen entre sí y las funciones narrativas que cumplen (la dimensión actorial). A este principio de selección cuantitativa del mundo narrado se añade otro: un principio de selección cualitativa que rige la perspectiva narrativa. (Pimentel, 1998: 22)

Partiendo de este esquema, propongo entonces organizar lo que resta de este recorrido alrededor de estos cuatro niveles de elecciones:

- la dimensión espacial,
- la dimensión temporal,
- la dimensión actorial,
- la perspectiva narrativa.

## **9. Sobre cronistas, directores y escenógrafos**

*(La dimensión espacial)*

“Los directores, como los cronistas, cosen escenas, producen continuidad, organizan información y hacen transcurrir cuarenta años en dos horas. Las películas, como las crónicas, no se construyen sólo de planos generales y ritmos lentos, sino con primeros planos, planos americanos, monólogos, flashbacks, escenas de tiros, escenas de sexo y escenas de violencia” (Guerriero, 2020: 301).

La reflexión de Leila Guerriero tiene que ver con el carácter fuertemente visual de la crónica. Recordemos que, como dice Juan Villoro, la crónica tiene también algo del teatro moderno, del género dramático; los diálogos, la puesta en escena, todos los componentes que confluyen en esa evocación del “*estar allí*”, tan propia del dispositivo cinematográfico. Por eso, no es disparatado pensar la estructura de una crónica en tanto que escenas. Y ese fue mi primer paso. Organizar el conjunto de representaciones, tópicos y eventos significativos del corpus obtenido a través del trabajo de campo y repensarlo como una serie de posibles crónicas y escenas.

El esquema resultante quedó apuntado en mi cuaderno de anotaciones de la siguiente manera:

### *CRÓNICAS Y ESCENAS:*

#### *Crónica I*

*Tono: PRIMAVERA*

*Tema: RELACIÓN AMBIGUA CON LA IZQUIERDA / NOSOTROS Y ELLOS: Inclusión.*

*Escena: Asunción de Héctor Cámpora, Plaza de Mayo (25/05/73).*

*FLH se hace presente con la bandera "Para que reine en el pueblo el amor y la igualdad. FLH".*

#### *Crónica II*

*Tono: VERANO*

##### *Parte 1*

*Tema: MILITANCIA. Programa político. Politización y deseo.*

*Escenas: Reclutamiento en el FLH. Party. Presentación de Néstor Perlongher.*

##### *Parte 2*

*Tema: LA CALLE Y LA POLICÍA.*

*Escena: Volanteada. Yirar en microcentro. Levante en la calle. Un minuto.*

#### *Crónica III*

*Tono: OTOÑO*

*Tema: RELACIÓN AMBIGUA CON LA IZQUIERDA / NOSOTROS Y ELLOS: Rechazo, decepción.*

*Escenas: Regreso de Juan Domingo Perón a la Argentina, Ezeiza (20/06/73). Manifestación contra el Golpe de Estado en Chile. FLH marcha con la JP. Montoneros entona "No somos putos, no somos faloperos, somos soldados de Evita y Montoneros".*

#### *Crónica IV*

*Tono: INVIERNO*

*Tema: CLANDESTINIDAD. Anonimato. Miedo.*

*Escenas: Volanteada en Estación de Constitución 11/09/73 - Golpe de Estado en Chile. Creación de Somos. Publicación, distribución de las revistas. Volanteada con UFA<sup>8</sup> por decreto 659/74. Detención y exilio.*

Desde el momento en que supe que la “*crónica inspirada en la publicación de la revista*” sería más bien una serie de crónicas inspiradas en la historia del FLH, entendí que esta serie debía constituirse en una unidad narrativa, en una historia en sí misma, capaz de reflejar en conjunto el proceso de transformación que subyacía en el discurso de mis entrevistados.

Por eso, vincular cada crónica con una estación del año me pareció lo más lógico. Para darle una unidad al ciclo, por un lado, pero también, por otro, para establecer los matices o tonalidades que cada crónica debía llevar impresos, como la paleta de colores que compone una película. La primavera camporista que inicia el ciclo: la calidez del despertar que trae nuevas ilusiones, el sentir la luz del sol después de un crudo invierno. El verano y el ardor de la libertad: los encuentros, las fiestas, el riesgo y la urgencia por las pasiones desmedidas, sexuales, políticas, todas. El otoño y la primera hoja que cae, los colores que se apagan, anuncio de que el verano se acabó. Y el invierno, que llega con sus grises y sus tonos fríos: la incertidumbre, el repliegue y el encierro.

Cada crónica había adquirido ya su tonalidad y definido sus escenas. Sólo faltaba, en palabras de Pimentel, poblar ese mundo narrado, construir sus locaciones, sus objetos y actores. Pero esto no era algo que pudiese dejar a mi yo de diez años, ansioso por arrojarse de lleno al mundo de la “ficción”. Y es que colocar un celular en la mano de algún personaje —y digo celular para ser del todo extremista e ilustrativo— equivaldría casi a colocar un dragón volador echando fuego sobre la Casa Rosada. Ambos quebrarían lo que Christian Doelker llama el “principio de ajuste a la realidad”. En su obra *La realidad manipulada*, este autor refiere a la verosimilitud como norma dramática por excelencia a la hora de realizar cine documental sobre acontecimientos del pasado: “Si bien la realidad misma no es reproducible, sí en cambio es factible exponer la referencia a esta realidad” (1982: 75). Las referencias están al alcance de todos y es imprescindible que el escritor, al igual que el documentalista, las tome, las incorpore y las respete para escenificar sus historias.

Por un lado, está la caracterización propia de los protagonistas, que constituyen un grupo identitario particular. Sus jergas, sus gustos, sus maneras de vestir, la música que escuchaban, los lugares que frecuentaban. Debo gran parte de esta caracterización a las entrevistas con los actores, sobre todo a aquellos momentos en que nos dedicábamos de lleno a hablar sobre estas cuestiones (“¿qué música

---

<sup>8</sup> Unión Feminista Argentina.

escuchaban en los *parties*?", "¿qué películas recordás haber visto en los cines de microcentro?", "¿a dónde ibas a tomar una cerveza?"). Otra parte, se la debo a la revista *Somos* y a algunos artículos específicos que han registrado un repertorio interesante de frases, juegos de palabras y demás lunfardos. Y por último pero no menos importante, mención especial a publicaciones como *Moléculas Malucas*, de Juan Pablo Queiroz y Mabel Bellucci, y el Suplemento *Soy* de Página 12, que hacen un trabajo maravilloso al retratar prácticas y lugares frecuentados por la comunidad LGBTTIQ+ a través de las épocas.

Por otro lado, está la caracterización de los escenarios. Si bien había escenarios que implicaban una mayor libertad, como el cruce entre Esmeralda y Corrientes un día cualquiera del año 1973, aun así había información valiosa que indagar. Si mi personaje iba caminando por Esmeralda un día cualquiera de ese año, ¿con qué edificio de interés iba a cruzarse? Si era un teatro, ¿qué obra se estaría publicitando?, ¿cómo sería su cartel? Toda esa "utilería", en términos dramaturgicos, no sólo ambienta la historia y le confiere verosimilitud, sino que también hace a ella y le permite a uno jugar con sus personajes, hacerlos interactuar. ¿Qué hubiese hecho si no el protagonista para engañar al policía que lo seguía? Gracias al archivo histórico de la página oficial de El Maipo, sabemos que leer el cartel de "El Maipo Superstar, esplendores de ayer y de mañana" hubiese sido una buena opción.

Otros escenarios, en cambio, obligaban a una mayor rigurosidad. Acontecimientos tales como la asunción de Cámpora, el regreso de Perón al país y la movilización de UFA ante la firma del decreto 659/74 configuran ejemplos claros. En estos casos, recursos tales como las miniseries documentales "Un día peronista", de Felipe Pigna, o artículos como "La política demográfica del tercer gobierno peronista: justificaciones, repercusiones y resistencias a las restricciones al control de la natalidad (1973-1976)", de Karina Felitti, me permitieron conocer elementos clave para la interacción: las banderas, pancartas y acciones que dan la bienvenida a los actores al llegar a la plaza ese 25 de mayo de 1973, la locación del escenario principal y la afluencia de las organizaciones que implica la parada del grupo en una estación de servicio antes de seguir camino a Ezeiza ese 20 de junio, las interpretaciones de la compañera del Movimiento de Liberación Femenina (MLF) sobre la calle Florida que entretienen al protagonista y causan su detención.

Continuando con el paralelismo cinematográfico, podemos recuperar la reflexión de Patricio Guzmán en "El guion en el cine documental": "El realizador [de cine documental] debe llegar a convertirse en un verdadero especialista amateur del tema que ha elegido: leyendo, analizando, estudiando todos los pormenores del asunto. Mientras más profunda sea la investigación, mayores posibilidades tendrá el realizador para improvisar durante el rodaje y por lo tanto gozará de una mayor libertad creativa cuando llegue el momento" (1997: 5).

La escenificación de la Galería del Este en la manzana loca, con locales tan icónicos como la *petit boutique* Madame Frou Frou de Rosita Bailón y la legendaria tienda El Agujerito de los hermanos Gaby y Rolly; la ambientación del histórico café La Paz, con sus debates de mesa en mesa y la presencia del variopinto grupo de vendedores ambulantes que frecuentaba el lugar. Completar cada escenario con sus personajes, sus elementos y utilerías equivalía a dejar todo preparado para la improvisación.

Las revistas en circulación, las marcas de relojes, de autos, de cigarrillos, de ropa. Todo ello, hasta el detalle más mínimo, requirió de una investigación previa, imprescindible para que la narración resultara verosímil y el lector, con suerte, no se topara con ninguna interferencia en el relato capaz de quebrar esa sensación, tan esencial, del “*estar allí*”.

## **10. Sobre cronistas y comentaristas**

*(La dimensión temporal)*

“La narración o enunciación tiene su propia temporalidad que es el tiempo de la narración, o sea el momento en el que se inscribe el discurso del narrador. Este tiempo puede reconocerse solamente si aparece la voz del narrador y comenta, evalúa, reflexiona sobre su propia condición de narrador y de las decisiones que debe tomar” (Klein, 2007: 64).

Tal como expone Irene Klein, narrador y temporalidad están íntimamente relacionados. Este factor fue uno de los más importantes a tener en cuenta a la hora de escribir. ¿Tendrían todas las crónicas un mismo narrador?, ¿y qué hay del protagonista? ¿Estarían todas narradas en primera persona?

“Maricas y Cucarachas” fue la primera crónica que escribí, cuando aún no tenía del todo definidas las respuestas a estas preguntas. Sabía que sería una de las crónicas con mayor rigurosidad histórica, pues debía retratar un acontecimiento de relevancia para el FLH, enmarcado en un suceso de relevancia a nivel país. Fue allí que los significantes “noticiero” y “policiales” reclamaron para sí el significado de “crónica”. Imaginé este relato como un documental en su sentido más estricto, de aquellos en los que la intervención del documentalista es casi nula, o al menos eso se intenta transmitir. Por eso la elección de un narrador en tercera persona que, si bien está internamente focalizado en el protagonista, borra casi por completo los rastros de su presencia subjetiva. Oímos lo que el personaje piensa, siente o recuerda, ya que sin ese aporte el relato perdería del todo su esencia y riqueza, pero se nos presenta como un libro abierto, con total transparencia, como si el cronista estuviese siguiendo al protagonista con una cámara de rayos x durante toda la travesía.

El uso de este *estilo indirecto libre* se mantiene en la crónica “Soldadito de Plumas”, que vendría a ser el espejo de la primera. Nuevamente, un acontecimiento relevante, enmarcado en un suceso histórico. Un punto de quiebre que desdice todo aquello en lo que nuestro personaje había comenzado a creer. Por eso, lo más lógico era mantener el mismo protagonista, que es el único que se repite en la serie de crónicas, y la estructura narrativa capaz de dar cuenta del fuerte contraste entre un evento y otro.

La especificidad de ambos relatos es que, al pretender mantener un estilo aparentemente objetivo, no se permiten jugar con el presente de la narración. Muestran apenas lo que está pasando en el nivel de la historia, y lo que sabe el protagonista que pasó anteriormente, pero no hay comentarios del narrador que nos permitan pivotar entre pasado y presente; un presente que evocaría el futuro de los acontecimientos narrados.

En “Soldadito de Plumas” apenas si se utiliza el recurso de la analepsis para vincular dos eventos que, en conjunto, construyen sentido. El uso de este recurso, no obstante, tiene una finalidad más bien fática; funciona como una catálisis, en el sentido que confiere Roland Barthes al término (1982), ya que la irrupción en el relato de los hechos sucedidos previamente en Ezeiza, justo antes de narrar el fatídico canto de Montoneros, pretende despertar la tensión semántica del discurso, preparar la atmósfera y crear cierto suspenso sobre lo que está por suceder.

El uso de la temporalidad en “La Danza de las Locas” y “Hojas en Blanco” es diferente porque también lo es el rol del narrador. Para estos relatos, era importante romper con la estructura utilizada en las otras dos crónicas. En primer lugar, decidí que debía explorar otros personajes, porque eso contribuiría a establecer un sentido de multiplicidad dentro de la unidad narrativa. Después de todo, la historia del FLH es la historia de un grupo de personas que, cada una desde su perspectiva, ha vivenciado un proceso similar. Focalizar el relato desde el *monólogo interior* de cada uno de estos personajes no sólo imprimiría mayor subjetividad a las narraciones, sino que también estimularía el carácter polifónico de las crónicas.

Con respecto a este tipo de focalización, Garrido Domínguez señala: “El *monólogo interior* encarna la forma extrema de este tipo de focalización [interna], ya que en él se lleva a cabo la presentación sin intermediarios de los contenidos de la conciencia. Desaparece, por tanto, el narrador y es el propio personaje, emancipado de esa tutela molesta, el que deja oír, transparentar, lo que en ese mismo momento discurre por su conciencia” (1996: 149).

Así, las marcas del narrador en el relato se disuelven en las voces de sus protagonistas, que parecen comentar desde el presente sobre los acontecimientos relatados. Estos comentarios insertos en el discurso buscan dar pistas sobre el devenir del FLH y de la comunidad LGBTTIQ+ en Argentina, pero

funcionan también como momentos de reflexión o evaluación de los actores sobre el proceso del que alguna vez formaron parte, una de las aristas más interesantes surgidas en las entrevistas y que me pareció que, de alguna manera, debía verse reflejada en las crónicas.

## **11. Sobre cronistas, actores y tácticas**

*(La dimensión actuarial)*

“Cuando uno caminaba por calles como Lavalle, Esmeralda o Florida, no podía evitar estar atento a las miradas de los otros transeúntes. Los gestos, las posturas, alguna que otra sonrisa, si había algún contacto o roce casual deliberadamente sostenido por más tiempo que el aceptado” (“La Danza de las Locas”: 21).

Algo se ha dicho ya sobre la dimensión actuarial del relato, la caracterización de los personajes, la elección de sus voces. Sería errado decir que cada protagonista es el reflejo exacto de cada uno de mis entrevistados. Al igual que las escenas, los personajes también son representaciones: colchas cosidas de anécdotas, sensaciones, experiencias individuales e interpersonales.

Cuando es tan rico el material, lo difícil no es construir al personaje en abstracto, creo yo. Lo difícil es ponerlo a interactuar de manera verosímil. Y es ahí donde quiero hacer foco en este apartado, en la especificidad de la interacción. Porque hay algo en la interacción, en cierto tipo de interacción, que no es fácil de traducir en palabras y que, no obstante, me era imprescindible retratar. Porque estaba presente de manera tácita en todas las entrevistas, en todos los relatos. Un tipo de conocimiento que iba más allá de las palabras. Que estaba en la mirada, en la piel, en la intuición, en ese “sexto sentido necesario para detectar matices de yuta en las posturas y gestualidades de un supuesto civil” (“Maricas y Cucarachas”: 11).

Autores como Carlo Ginzburg reflexionan sobre los *conocimientos indiciarios*, “formas de saber tendencialmente mudas, en el sentido de que, como ya hemos dicho, sus reglas no se prestan a ser formalizadas y ni siquiera pronunciadas” (2013: 219). Este tipo de saber, íntimamente vinculado al contexto, era un elemento clave para el día a día de —especialmente, aunque no de manera exclusiva— cualquier disidencia sexual que pretendiera vivir “libremente” su realidad sin terminar en el asiento trasero de un patrullero, en el mejor de los casos:

“Nos movíamos por el microcentro como en un tablero de ajedrez, buscando lagunas y atajos en un juego de posiciones, posturas y miradas. Un paso en falso, un minuto de descuido, y marche preso. Y vaya uno a saber lo que te hacían esos hijos de puta en el calabozo” (“La Danza de las Locas”: 20).

¿Cómo comprender y escribir sobre estas reglas que no pueden ser formalizadas? Apelaré aquí a la teoría de Erving Goffman, desarrollada por María Eugenia Contursi, y a la importancia de la construcción de la situación. Para esta teoría, los individuos son concebidos como *actores* que, para cada interacción social, representan un personaje diferente, aquel que consideren más apropiado para cada encuentro comunicativo. En este sentido, Contursi señala: “Allí lo importante para los actores es definir la situación: identificar cooperativamente una cierta estructura de interacciones, expresiones, comportamientos, expectativas, valores como adecuados a los sujetos en ese momento. Definir la situación es, en síntesis, estipular el significado del encuentro” (2004: 2).

Era necesario entonces que el lector se pusiera en la piel del personaje y tuviera su misma perspectiva sobre la situación para que comprendiera, sin conocerlas siquiera, las reglas de juego. Porque tampoco nuestros “actores” las conocían. Conocían sí el edicto 2ºH y el accionar de la Brigada de la Moralidad. Conocían la “heteronorma” y lo que quedaba por fuera de ella, el “escándalo”. Esta es una realidad en la que todo lector puede reconocerse. Más o menos hostil, más o menos perversa, la heteronorma continúa siendo la norma cincuenta años después. Cualquiera podrá entender entonces por qué el protagonista de “La Danza de las Locas” decide detenerse a observar una marquesina de mujeres semidesnudas frente al peligro que representa su encuentro con un policía. O por qué, al conocer un posible interés amoroso, los personajes se toman un minuto para dar a conocer sus respectivas historias inventadas, aquellas que sí se ajustan a la norma. Son “simulaciones”, en palabras de Mario Pecheny (2002), propias de aquellas “identidades discretas” que se desarrollan en contextos represivos. O “fachadas”, retomando la teoría de Goffman: “la parte de la actuación del individuo que funciona regularmente de un modo general y prefijado, a fin de definir la situación con respecto a aquellos que observan dicha actuación” (1994: 33-34).

Porque el escenario era el de un mundo en donde ser homosexual no sólo era un estigma, sino que era objeto de castigo para el brazo armado de la ley. Un territorio de voluntades ajenas, hegemónicas, en el que las disidencias sexuales eran constituidas como un “otro” socialmente indeseado y reprimidas por ello. En ese espacio, organizado estratégicamente por el poder —estatal, pero sobre todo ideológico y cultural—, sólo quedaba lugar para lo que Michel de Certeau denomina “tácticas”: “ingeniosidades del débil para sacar ventaja del fuerte, [que] desembocan entonces en una politización de las prácticas cotidianas” (1996: 48).

Las volanteadas en las calles transitadas del microcentro porteño o en estaciones como Constitución configuran ejemplos bien claros de este tipo de prácticas. No obstante, otros hábitos cotidianos que a primera vista pueden resultar irrisorios, como “el minuto” y el uso de baños públicos o cines específicos

para encuentros sexuales exprés, constituyen tácticas igualmente politizadas en cuanto representan una reapropiación de este territorio ajeno que, en nuestro relato, se materializa en el espacio urbano porteño.

La ciudad, como ese espacio geométrico, legible, planificado, organizado y organizante para la teoría de De Certeau, es el campo de juego en donde las tácticas de los marginados inscriben nuevos trayectos que alteran los límites impuestos. Porque no pueden formalizarse, porque no tienen más lugar que el del otro para su supervivencia. Ese era el transfondo, tan necesario de construir en el relato, sobre el cual los personajes habían de interactuar. Sobre el cual, nosotros lectores, debemos acompañar su *andar*, en el sentido decerteauiano del término: “Andar es no tener un lugar. Se trata del proceso indefinido de estar ausente y en pos de algo propio. El vagabundeo que multiplica y reúne la ciudad hace de ella una inmensa experiencia social de la privación de lugar; una experiencia, es cierto, pulverizada en desviaciones innumerables e ínfimas (desplazamientos y andares)” (De Certeau, 1996: 116).

## **12. Sobre cronistas, héroes, villanos y todo lo que está en el medio**

*(La dimensión actorial II)*

“El espacio público era nuestro campo de juego. Aliados y enemigos se definían tácitamente. Tan sólo el tenor de una mirada te marcaba frente a quién mostrar, frente a quién ocultar” (“La Danza de las Locas”: 22).

En la misma línea teórica, podemos decir que es en la interacción en donde también se construye y reconstruye constantemente la diferenciación entre “nosotros y ellos”, una de las principales *representaciones* que sustenta esta serie de crónicas.

Para cada situación a definir por nuestros “actores”, era fundamental el reconocimiento del otro como un par, un posible aliado o un acérrimo enemigo. El concepto de “identificación” que propone Denys Cuché en su obra *La noción de cultura en las ciencias sociales* (1999) es clave en este proceso. Siguiendo los lineamientos propuestos por el antropólogo Frederik Barth sobre la identidad como manifestación relacional, Cuché afirma que la identificación es una construcción que se reelabora siempre en la relación que opone a un grupo, o a un miembro de un grupo, de los otros grupos con los cuales entra en contacto. De esta manera, la identificación depende también de la situación de interacción, lo cual permite que las “fronteras” entre grupos sean siempre móviles.

Esta concepción, que constituye una herramienta de análisis de suma utilidad para configurar el mapa de relaciones de los miembros del FLH, me ha permitido a la vez establecer una categorización, a nivel narrativo, respecto de los roles de los personajes que aparecen en las crónicas y de acuerdo al tipo de

interacción establecido, en cada situación, con cada protagonista. En un hipotético espectro que iría de héroes a villanos, podríamos ubicarlos de la siguiente manera:

*Héroes*: En su artículo “Cambio y narración. Las transformaciones de la homosexualidad en Buenos Aires según los relatos de homosexuales mayores” (2015), Ernesto Meccia hace referencia a los líderes morales de la comunidad LGBTTIQ+ que, en los relatos de vida de sus entrevistados, parecen incidir mucho más en las conquistas políticas de la historia de la comunidad que los propios colectivos orgánicos y constituidos.

En las entrevistas realizadas para este trabajo, la hipótesis de Meccia fue validada por la presencia recurrente de la figura de Néstor Perlongher como un referente indiscutido de la organización, a quien se evoca con admiración, respeto y nostalgia. En su transposición a la crónica, procuré acentuar esta función narrativa del héroe en su interacción con los personajes, en parte como un homenaje que busca reflejar todo lo que sobre él han dicho sus compañeros. La crónica “¿Por qué seremos tan hermosas?”, que incluye fragmentos de su poema homónimo, pretende, en gran parte, cumplir esta función.

*Villanos*: El enemigo visible por excelencia, aquel que en todas las entrevistas se constituye como la principal fuente de peligro a sortear, es la fuerza policial. Imaginé su presencia como la de los “jardineros” que describe Zygmunt Bauman, patrullando los espacios públicos controlados de lo que él denomina las “culturas de jardín” de la modernidad: “En todo jardín hay una sensación de artificialidad precaria; requieren la atención constante del jardinero. (...) Las malezas —esas plantas no invitadas, no programadas, autónomas— están allí para destacar la fragilidad del orden impuesto; alertan al jardinero acerca de la eterna exigencia de supervisión y vigilancia” (1977: 77).

*Todo lo que está en el medio*: En el medio están los aliados, claro. Los compañeros de militancia, desde Rita hasta Pérez, aquel director de colegio que no quería que se supiera su nombre en “Maricas y Cucarachas”. También quienes se identifican como miembros de la comunidad, pero no son parte del FLH, como Maxo en “Hojas en Blanco” y Manuel en “La Danza de las Locas”, salvando las diferencias. O quienes no se identifican como disidencias sexuales, pero tienen reivindicaciones comunes con el Frente, como algunas organizaciones feministas. Era importante remarcar que el espectro de aliados era múltiple y diverso, y que por momentos sus fronteras no eran del todo claras. Ante el desconocimiento, primaba la desconfianza, el resguardo, la sospecha.

En este sentido, uno de los personajes más relevantes que atraviesa el relato y sobre el cual quiero hacer hincapié en este apartado es aquel que llamaré “la izquierda”. En “Maricas y Cucarachas” y “Soldadito de Plumas”, este personaje —colectivo, podríamos llamarlo, ya que se personifica en distintas figuras—

juega un rol fundamental para la trama en su relación con el personaje principal y con el Frente en general.

En la primera crónica, vemos al protagonista pasar del temor al alivio en su encuentro con otras organizaciones de izquierda; en la segunda, de la euforia a la decepción. Este vínculo tenso y contradictorio entre “nosotros y ellos” fue una de las variables que atravesó de lleno la historia del FLH en su búsqueda por hacerse un lugar dentro del amplio abanico de reivindicaciones que reclamaba la izquierda revolucionaria.

Por momentos, ciertas conquistas comunes parecían difuminar estas fronteras, acentuando el sentido de identificación por sobre la alteridad. La primera crónica retrata esta perspectiva a través de un festejo en Plaza de Mayo, cuya caracterización está inspirada en los carnavales del Medioevo que analiza Mijaíl Bajtín en *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento* (1987). La conquista del espacio público, la liberación transitoria y la abolición momentánea de jerarquías, reglas y tabúes configuran un escenario propicio para que nuestros protagonistas se sientan parte de este cuerpo popular que parece darles la bienvenida.

Las promesas incumplidas, la experiencia del protagonista en la marcha del 20 de junio y el puñal final del “No somos putos, no somos faloperos...” son, en contraste, símbolos claros de que ciertas fronteras, apelando a la teoría de Cuché, aún no estaban dispuestas a ser derribadas. Este es, por mucho, el mayor fracaso autopercebido al día de hoy por los miembros del FLH y, por ende, uno de los principales nudos de conflicto en nuestra serie de crónicas.

### **13. Sobre cronistas e instagramers**

*(La perspectiva narrativa)*

En los últimos apartados de este breve punteo de decisiones de escritura, quisiera hacer foco en dos conceptos que ya he mencionado con anterioridad y que, de algún modo, pretendo hacer converger en las reflexiones finales de este trabajo.

El primero es el concepto de “subjetividad”, que apunta aquí a ciertas elecciones de estilo que me parece relevante rescatar. Para ello tomaré como ejemplo una de las crónicas que considero más ilustrativas para este caso: “Un minuto”.

En su categorización, Pimentel describe la *perspectiva narrativa* como una “especie de filtro por el que se hace pasar a la información narrativa. (...) un punto de vista sobre el mundo, que marca los distintos

grados de subjetividad del relato” (1998: 22). Ya he apuntado que, focalizar el relato desde el monólogo interior del personaje, en esta crónica en particular, tenía por objetivo imprimir una mayor subjetividad a la narración. No obstante, la elección del narrador no es el único recurso disponible ni mucho menos el más rico.

Pensemos en un usuario de Instagram que publica una fotografía de un paisaje, por ejemplo. Sabemos, o suponemos al menos, que la foto fue tomada por ese usuario. Pero eso no nos dice demasiado —algo sí, pero no demasiado— sobre su perspectiva, su forma de ver el mundo. Para ello, puede ayudarse con una serie de filtros que la aplicación pone a disposición. Que blanco y negro, que tono sepia, que saturado, que más o menos brillo, que más o menos opacidad. Son precisamente “filtros” que están allí, entre la imagen y quien la observa, para empatizar con la mirada (subjetiva) de quien la publicó.

Algo así ocurre con la perspectiva narrativa, esta especie de filtro sobre el que reflexiona Pimentel. A veces no basta solamente con saber lo que el personaje sabe, o escuchar lo que el personaje dice para empatizar con él, para comprenderlo. La subjetividad va más allá. Está en lo que el personaje percibe y en cómo lo tramita en su cabeza. ¿Con qué lo vincula?, por ejemplo. ¿Qué conexiones hace?

La crónica “Un minuto” está filtrada por la imaginación del protagonista, que nos la relata casi como una metáfora de *El mago de Oz*, clásico por excelencia de la cultura gay. Este mero recurso nos habla más del mundo del personaje que todo lo que él pueda decirnos sobre el mundo en su narración. Como dice Flannery O'Connor en “El arte del cuento” (1993), son los modismos que usamos los que muestran nuestra conexión con un contexto social creíble y significativo. Ese plus de sentido no podemos dejarlo sólo en manos del *qué se dice*, sino que necesariamente debe hacerse cuerpo en el *cómo se dice*. Esos dos aspectos sobre los cuales nos interrogábamos al principio de esta bitácora están íntimamente entrelazados y ha sido esencial construirlos a la par en el proceso de escritura.

En una narración de este tipo, trabajar la “subjetividad” es fundamental porque no es cualquiera quien se hace cargo del relato. Su fuerza radica en haber sido protagonista de aquello que se está contando. Ser ese sujeto *en resistencia* que, en nombre de todo un colectivo, narra lo que en ese contexto les era negado narrar. Claro que la crónica debe estar empapada de su perspectiva, de su subjetividad, porque es la única manera de que los lectores se reconozcan en ella, la hagan propia y, de esa manera, sean *movilizados* por ella.

Dice Martín Caparrós sobre las formas de contar: “la prosa informativa sintetiza lo que sucedió, la prosa crónica lo pone en escena; la informativa le dice al lector esto es así, la crónica lo muestra. En síntesis: un artículo de diario diría «la escena fue conmovedora»; una crónica tendría que construir la escena, contarla y conmové” (2016: 131).

## 14. Sobre cronistas comprometidos

*¿Cómo hacer que mi proyecto pueda ser considerado una investigación en Ciencias Sociales?*

Retomemos un momento esta pregunta que formulé al principio de la bitácora y la metáfora del trapecista en la cuerda floja que utilicé para pensarla. A mi derecha, la realidad cruda, dura. A mi izquierda, la ficción, maravillosa y seductora, tan anhelada por mi yo de diez años que aborrecía el periodismo.

La tarea que me propuse desde el inicio de esta tesina, evocada también metafóricamente como un “equilibrar la balanza”, fue una alerta constante durante todo el proceso de escritura. Considero que, cuando algo nos atrae demasiado, es normal tener miedo de caer en las garras de sus excesos. O tal vez exista cierta reticencia colectiva al uso de la imaginación en géneros que pretenden detentar cierto carácter de realidad, de historicidad.

El segundo concepto que quiero traer a colación en este cierre, entonces, es el concepto de “ficción”. No ya la ficción llevada al extremo de lo fantástico, vinculada a magos, dragones, elfos y viajes en el tiempo, como creía mi yo de diez años, sino la ficción en su sentido más puro, como ese cruce entre lo empírico y lo imaginario. La ficción como la creación de un personaje como Rita, que nunca existió en la vida real pero tranquilamente podría haber existido. O como la atribución de un discurso a un personaje vinculado a una persona que nunca lo pronunció, pero que con toda seguridad podría haberlo hecho. O como la invención de una escena en el baño de una estación de servicios y de los recuerdos ficticios que este hecho suscitó en la cabeza del protagonista.

Con cada paso, con cada oración, aparecía la señal de alerta. ¿Me estoy alejando mucho de lo que sé que pasó en la vida real respecto a tal o cual situación? Probablemente sí, muchas veces. ¿Es esto necesario? Sí, sin duda. ¿Mantengo entonces la rigurosidad teórica y metodológica que me propuse en un principio? En el trayecto de esta tesina pude aprender que sí.

Si retomamos a Geertz y su perspectiva interpretativista, veremos que la antropología misma da lugar a la “ficción” en su metodología. El etnógrafo que “fija lo dicho” por los miembros de otras culturas, lo hace mediante un “acto imaginativo”: “Y en ese sentido, por ser un acto imaginativo, es una ‘ficción’. Esto no quiere decir que el escrito sea falso o inefectivo, sino que es algo ‘elaborado’, ‘formado’, ‘compuesto’” (1986: 150). La tarea del antropólogo consiste en desentrañar el significado, los sentidos

de esa cultura, y luego exponer esa interpretación a otros, ajenos a ella. No hay manera, entonces, de que la imaginación del intérprete quede por afuera.

Y en el caso de la crónica literaria sucede algo similar. Tras toda una investigación empírica, tras una serie de entrevistas, tras coser imágenes, perspectivas, sentidos, recuerdos y subjetividades en aquello que llamamos *representaciones*, es imposible no filtrar todo ello por la imaginación de quien escribe para construir un relato.

*¿Le quita esto peso al resultado?*

No, todo lo contrario.

“La paradoja propia de la ficción reside en que, si recurre a lo falso, lo hace para aumentar su credibilidad”, expone Juan José Saer en *El concepto de ficción* (2014: 12). Lo imaginario no debilita *per se* la perspectiva realista del relato, sino que la potencia, siempre y cuando se trabaje dentro de los parámetros establecidos, aquellos que Doelker resume en su “principio de ajuste a la realidad”. Si mantenemos este principio, lo ficticio puede ser una herramienta invaluable para contar el mundo. Porque nos permite articular recursos (retóricos, estéticos) que, siguiendo el esquema de Barthes en su *ayudamemoria* (1982), más que “convencer” nos ayudan a “conmover”. De esta manera, la “ficcionalización” y la “subjetividad” convergen en aquel objetivo que hemos identificado como primordial en este mundo de cronistas: movilizar al lector.

*¿Quiere decir esto que espero del lector de estas crónicas una posición pasiva, casi ingenua frente a un complot malévolamente destinado a conmoverlo?*

No, en absoluto. En primer lugar, y aunque resulte obvio explicitarlo, espero que estas crónicas sean leídas en tanto ficción. Es decir, como un tratamiento específico del mundo, subjetivo. No como una cronología minuciosa y detallada de los acontecimientos tal cual sucedieron desde una hipotética verdad absoluta, sino como una historia ficcionalizada cuya esencia es transmitir cómo esos acontecimientos fueron vivenciados por sus protagonistas. Que el lector establezca, en términos de Eliseo Verón (1985), un “contrato de lectura” con estos textos; una relación de complicidad que le permita bajar la guardia por unos minutos y ponerse en la piel de un otro, implicarse en su historia y en su mirada. Y espero, sí, que esto llegue a movilizarlo. Pero en el sentido estricto de la palabra. No desde una actitud pasiva de consumo. Sino en aras de una sensación de incomodidad, de picazón molesta, similar a aquella araña en el zapato de la que habla el personaje de Julio Cortázar en “Las babas del diablo”. Que lo mueva a reaccionar, a querer saber más, a cuestionarme y a cuestionarse. A buscar las fuentes. A sentirse molesto. A sentirse triste. Y, ojalá, a hacer algo al respecto, desde su lugar y su cotidianeidad.

*Y, para terminar, ¿qué espero de estas crónicas?*

Que estén a la altura de aquello que me propuse contar. Que movilicen a quienes las lean como me movilizaron a mí los testimonios de sus protagonistas. Que haga honor a sus relatos, a sus vidas y a su memoria. Que sean uno más, y tan sólo uno más, de los miles de eslabones que repliquen esta historia que por mucho tiempo debió ser callada, al punto de convencerse a sí misma de que no valía la pena ser contada.

Que sean crónicas comprometidas, contestarias. Conscientes de su rol. De sus potencialidades en tanto género, que son inmensas y que espero haber aprovechado. Y de la responsabilidad que conllevan y que espero haber asumido. No porque considere que quienes me han prestado sus historias no tengan hoy voz para contarlas, todo lo contrario. Sino porque son tantas las voces que componen este discurso infinito —tal vez más fuertes, tal vez más débiles, tal vez ya acalladas— que quien se pone en los zapatos de cronista inevitablemente se compromete a buscar otra vuelta de tuerca al relato. Impregnarlo de su propia historia, de su propia coyuntura, de su propia perspectiva. Y así mantener vivo un legado que, espero, no tenga fin. Y que siempre esté abierto a nuevas interpretaciones, nuevos vínculos y nuevos relatos que no le permitan morir. Porque justamente es eso lo que buscamos. Representar, una y otra vez, lo irrepresentable. Aquello que no debería dejarse nunca representar por completo.

Y es por eso, entiendo ahora, que la crónica se resiste y se seguirá resistiendo; se resiste a que el mundo, ciertos mundos, queden sin representación posible, ya sea por omisión o por finitud. Que se extingan en el olvido, que pierdan su poder de movilizar, de revolucionar, de cambiar. Por eso la crónica se transformará las veces que tenga que transformarse y correrá sus fronteras cuanto sea necesario. Y quienes asumamos el rol de cronistas, creo yo, debemos asumir el deber de transformarnos con ella. El deber de ser lo que necesitemos ser: trapevistas, bricoleurs, etnógrafos, viajeros en el tiempo, detectives, entrevistadores, dibujantes, directores, escenógrafos, comentaristas, actores, instagramers y cualquier oficio que demande semejante tarea. En resumen, que seamos cronistas comprometidos.

**Bibliografía general**

Arribas, V., Boivin, M. y Rosato, A. (2004). *Constructores de Otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Buenos Aires: Antropofagia.

Baigorria, O. (2010). “Diez hipótesis ‘salvajes’ sobre la crónica”.

Recuperado de <https://osvaldobaigorria.com/2010/12/06/las-hipotesis-salvajes/>

Bajtín, M. (1987). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Madrid: Alianza.

Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: FCE.

Barthes, R. (1982). “Ayudamemoria para la antigua retórica” en *Investigaciones retóricas I*. Barcelona: Editorial Buenos Aires.

Barthes, R. (1982). “Introducción al análisis estructural de los relatos” en *Análisis estructural del relato. Serie Comunicaciones N°8*. Buenos Aires: Ediciones Buenos Aires.

Bauman, Z. (1977). *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires: UNQ.

Bellucci, M. y Rapisardi, F. (1999) “Alrededor de la identidad. Las luchas políticas del presente”, en *Revista Nueva Sociedad. N° 162*. Caracas.

Bertaux, D. (1980). “El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades”, *Cahiers Internationaux de Sociologie, Vol. LXIX*. París.

Caparrós, M. (2016). *Lacrónica*. Buenos Aires: Planeta.

Contursi, M. (2004). “Estudios de la comunicación directa: perspectivas disciplinarias”. Buenos Aires: Documento de Cátedra Martini.

Cuche, D. (1999). *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Denzin, N. y Lincoln, Y. (2000). *Handbook of Qualitative Research*. Londres: Sage Publications.
- Doelker, C (1982). *La realidad manipulada*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Ford, A. (1994). *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Garrido Domínguez, A. (1996). *El texto narrativo*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Geertz, C. (2003). “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura” en *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Genette, G. (1989). *Figuras III*. Barcelona: Lumen.
- Ginzburg, C. (2013). *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Goffman, E. (1994). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1998). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- González Stephan, B. (1996). *Cultura y Tercer Mundo. 2. Nuevas identidades y ciudadanías*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Gras, E. (2016). “La crónica es un ornitorrinco. Charlando con Juan Villoro”. Recuperado de: <https://iletradoperocuerdo.com/2016/04/08/la-cronica-es-un-ornitorrinco-charlando-con-juan-villoro/>
- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guerriero, L. (2020). *Frutos Extraños. Crónicas reunidas 2001-2019*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Guzmán, P. (1997). “El guion en el cine documental”. Recuperado de: [http://metamentaldoc.com/18\\_El\\_Guion\\_en\\_el\\_cine\\_documental\\_Patricio\\_Guzm%EA1n.pdf](http://metamentaldoc.com/18_El_Guion_en_el_cine_documental_Patricio_Guzm%EA1n.pdf)
- Iñiguez, L. (2003). *Análisis del discurso. Manual para las Ciencias Sociales*. Barcelona: UOC.

- Klein, I. (2007). *La Narración*. Buenos Aires: Editorial Eudeba.
- Krotz, E. (1988). “Cerca del grado cero: consideraciones sobre la problemática metodológica en la Antropología mexicana actual”, en *Iztapalapa N°15*. México: UAM.
- Leach, E. (1967). *Un mundo en explosión*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Lévi-Strauss, C. (1964). *El Pensamiento Salvaje*. México: FCE.
- Malinowski, B. (1975). *Los Argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona: Península.
- Meccia, E. (2006). *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.
- Meccia, E. (2015). “Cambio y narración. Las transformaciones de la homosexualidad en Buenos Aires según los relatos de homosexuales mayores”, en *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista Latinoamericana N° 19*.
- Montes, A. (2009) “Esto no es una pipa: La crónica urbana y el problema del género”, *VII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria*. Buenos Aires: Memoria Académica.
- O’Connor, F. (1993). “El arte del cuento” en *Cómo se escribe una novela*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Pecheny, M. (2002) “Identidades discretas”, en *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo.
- Palacios Echeverry, M. (2004) “Literatura y Crónica Urbana”, en *Revista Habladurías N° 1*. Cali.
- Pampillo, G. y otros (1999). *Permítame contarle una historia*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Pimentel, L. (1998). *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. México: Siglo XXI Editores.
- Ragin, C. (2007). *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores / Universidad de los Andes / Sage Publications.

Reguillo, R. (2007). "Textos fronterizos. La crónica una escritura a la intemperie", en *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones al Margen.

Saer, J. (2014). *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Seix Barral.

Verón, E. (1985). "El análisis del 'Contrato de Lectura', un nuevo método para los estudios de posicionamiento de los soportes de los media" en *Las Medias: Experiences, recherches actuelles, applications*. París: IREP.

Verón, E. (1987). "El sentido como producción discursiva" en *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Villoro, J. (2006). "La crónica, ornitorrinco de la prosa". Buenos Aires: *La Nación, Suplemento Cultura*. Recuperado de: <http://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa>

### **Bibliografía específica utilizada para la escritura de las crónicas**

Amaral, S. (2010). "Ezeiza, 20 de junio de 1973. ¿Hubo una masacre o solo hechos aislados?", en *Revista Todo es Historia N° 510*. Buenos Aires. Recuperado de: [http://materiales.untrefvirtual.edu.ar/documentos\\_extras/1027\\_Problemas\\_de\\_historia\\_politica/Lecturas\\_Clase\\_9/Ezeiza\\_Amaral.pdf](http://materiales.untrefvirtual.edu.ar/documentos_extras/1027_Problemas_de_historia_politica/Lecturas_Clase_9/Ezeiza_Amaral.pdf)

Ardito, E. (2021). *Sexo y Revolución* [Película]. Virna y Ernesto Cine.

Baigorria, O. (2020). "Cartas desde el exilio interior". *Paseo Esquizo*. Recuperado de: <https://osvaldobaigorria.com/2020/03/25/cartas-desde-el-exilio-interior/>

Barneau, J. (2009). *Perlongher* [Película]. Barneau Film.

Biaggini, M. (s.f.). "Néstor Latronico: el poeta gay de Buenos Aires". Buenos Aires: Revista Mestiza. Recuperado de: <https://revistamestiza.unaj.edu.ar/nelson-latronico-el-poeta-gay-de-buenos-aires/>

Bellucci, M. y Queiroz, J. *Moléculas Malucas* [Página Web]: <https://www.moleculasmalucas.com/>

Bellucci, M. (2018). “La estratégica alianza entre el feminismo y las minorías sexuales”. *Historia de una desobediencia*. Recuperado de: <https://historiadeunadesobediencia.wordpress.com/tag/monali/>

Blázquez, G. y Reches Peressotti A. (2017) “La calle es un lugar - Escenas de interacción entre varones homosexuales y agentes policiales durante la década de 1980 en Córdoba (Argentina)”. Recuperado de: <https://www.scielo.br/j/cpa/a/qNVzb6XhGYzMcxDDMxtyPyQ/?lang=es#>

Boletín Oficial de la República Argentina (1974). Decreto 659/74.

Recuperado de: <https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/7061610/19740308>

“Cantitos de los 70”. En *El Ortiba, Colectivo de Cultura Popular*:

<http://www.elortiba.org/old/cantitos.html>

“Confesiones de un militante homosexual y comunista” (2013). Buenos Aires: *Clarín*. Recuperado de:

[https://www.clarin.com/sociedad/Confesiones-militante-homosexual-comunista\\_0\\_HJCbbQisDmg.html](https://www.clarin.com/sociedad/Confesiones-militante-homosexual-comunista_0_HJCbbQisDmg.html)

“El Agujerito, cuarentón y persistente” (2009). Buenos Aires: *La Nación*. Recuperado de:

<https://www.lanacion.com.ar/espectaculos/musica/el-agujerito-cuarenton-y-persistente-nid1153115/>

Espacio Memoria y Derechos Humanos (2016). “FLH - Frente de Liberación Homosexual” [Documental]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=y2v0eiemcHY>

Espacio Memoria y Derechos Humanos (2013). “Homenaje al FLH (Frente de Liberación Homosexual)” [Documental]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=kSJzF1YDldg>

Felitti, K. (2005) “La política demográfica del tercer gobierno peronista: justificaciones, repercusiones y resistencias a las restricciones al control de la natalidad (1973-1976)”, en *Revista Trabajos y Comunicaciones 2004/2005*. Buenos Aires. Recuperado de:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=arti&d=Jpr318c>

Firpo, H. (2020). “Teatro ABC: el lugar más clausurado de la ciudad reabre como boliche no bailable”. Buenos Aires: *Clarín*. Recuperado de:

[https://www.clarin.com/espectaculos/teatro-abc-lugar-clausurado-ciudad-reabre-boliche-bailable\\_0\\_QyHkgmI2.html](https://www.clarin.com/espectaculos/teatro-abc-lugar-clausurado-ciudad-reabre-boliche-bailable_0_QyHkgmI2.html)

Frente de Liberación Homosexual (1973-1976). *Somos* [Revista]. Buenos Aires. Antología completa recuperada de: <https://americalee.cedinci.org/portfolio-items/somos/>

Garrido Gamboa, J. y Simonetto, P. (2019). “Entre normativas y disidencias. Políticas sexuales en Argentina y Chile durante el siglo XX”, en *Revista Latinoamérica N° 69*. México. Recuperado de: [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1665-85742019000200099](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-85742019000200099)

González M. (s.f.). “Sexo y Revolución. El frente de liberación homosexual y la moral burguesa”. Buenos Aires: ISP Joaquín V González - Universidad Torcuato Di Tella. Recuperado de: <https://interescuelsmardelplata.files.wordpress.com/2017/09/67-gonzalez.pdf>

Insausti, S. (2019). “Una historia del Frente de Liberación Homosexual y la izquierda en Argentina”, en *Revista Estudios Feministas*. Florianópolis. Recuperado de: <https://www.scielo.br/j/ref/a/BLhZtdZy7XWMXPzf4xf9rCS/?lang=es>

Jiménez España, P. (2014). “A mover el esqueleto”. Buenos Aires: *Página 12, Suplemento Soy*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-3627-2014-09-19.html>

Lemebel, P. (1995). *La esquina es mi corazón*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.

Lescano, V. (2002). “Madame Frou Frou”. Buenos Aires: *Página 12, Suplemento Las12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-306-2002-08-16.html>

Lescano, V. (2017). “Vida y obra de Madame Frou Frou”. Buenos Aires: *La Nación*. Recuperado de: <https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/vida-y-obra-de-madame-frou-frou-nid2020356/>

Maipo [Página Web]: <https://maipo.com.ar/1973-ethel-rojo/>

Mapa del Rock [Página Web]: <https://www.mapadelrock.com.ar/aqui/>

Máximo, M. (2014). “Flores sobre el orín: los abusos de los edictos policiales contra los gays”. *Infojus Noticias*. Recuperado de: <http://www.archivoinfojus.gob.ar/nacionales/flores-sobre-el-orin-los-abusos-de-los-edictos-policiales-contralos-gays-4972.html>

Meccia, E. (2014). “La fauna del sauna”. Buenos Aires: *Página 12, Suplemento Soy*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-3517-2014-07-11.html>

Melo, A. (2013). “Todos los homosexuales son hermosos”. Buenos Aires: *Página 12, Suplemento Soy*. Recuperado de:

<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/subnotas/3200-349-2013-11-29.html>

Mestre, N. (2018). “El Agujerito, disquería sin fin”. *Distinto Tiempo, Nacional Rock, Radio Nacional*.

Recuperado de: <https://www.radionacional.com.ar/el-agujerito-disqueria-sin-fin/>

Ministerio de Cultura Argentina (2019). “Néstor Perlongher, el poeta arengador anarco-queer”.

Recuperado de: <https://www.cultura.gob.ar/nelstor-perlogher-poeta-activista-8646/>

Minotti, M. (2013). “Escenas de la historia de un país - La masacre de Ezeiza” [Serie Documental]. Malchiko Contenidos Audiovisuales para Canal Encuentro.

Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=yC5c5LBUWfc&t=20s>

“Moda en Argentina”. En Wikiwand: [https://www.wikiwand.com/es/Moda\\_en\\_Argentina](https://www.wikiwand.com/es/Moda_en_Argentina)

Modarelli, A. (2009). “Víctimas sin nombre”. Buenos Aires: *Página 12, Suplemento Soy*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-660-2009-03-20.html>

Modarelli, A. (2013). “Los amorales, a la Plaza”. Buenos Aires: *Página 12, Suplemento Soy*.

Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-3200-2013-11-29.html>

Moreno, G. (2020). “Cómo sigue la historia del bar La Paz cerrado desde marzo”. Buenos Aires: *BAE Negocios*. Recuperado de: <https://www.baenegocios.com/negocios/Como-sigue-la-historia-del-bar-La-Paz-cerrado-desde-marzo-20201211-0093.html>

Oberti, A. (2014). “Repensar la historia de las organizaciones revolucionarias [Argentina, años 70]”, en *Revista Aletheia Vol. 5*. Disponible en:

[http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.6436/pr.6436.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6436/pr.6436.pdf)

Pérez Zabala, V. (2016). “El paseo obligado de Borges”. Buenos Aires: *La Nación*. Recuperado de:

<https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/el-paseo-obligado-de-borges-nid1907402/>

Perlongher, N. (1980). “¿Por qué seremos tan hermosas?” [Poema]. Buenos Aires: Editorial Tierra Baldía. Recuperado de:

<https://el-placard.blogspot.com/2012/07/poemas-de-nelstor-perlongher.html?m=0>

Pigna, F. (2014). “Un día peronista - 25 de mayo de 1973” [Serie Documental]. *Diana Contenidos para Canal Encuentro*. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=6yPnDmzEr4s>

Pigna, F. (2014). “Un día peronista - 20 de junio de 1973” [Serie Documental]. *Diana Contenidos para Canal Encuentro*. Recuperado de: [https://www.youtube.com/watch?v=j\\_bLYT2mUpU](https://www.youtube.com/watch?v=j_bLYT2mUpU)

Redacción La Tinta (2019). “Éramos 15 mariquitas locas que aparecimos en la Plaza de Mayo”. Córdoba: *La Tinta*. Recuperado de: <https://latinta.com.ar/2019/05/eramos-15-mariquitas-locas-aparecimos-plaza-mayo/>

Roco, N. (s.f.). “Homosexualidad en tiempos de dinosaurios”. *Biblio Sigla*. Recuperado de: [https://biblio.sigla.org.ar/index.php?option=com\\_content&view=article&id=152:homosexualidad-en-tiempos-de-dinosaurios&catid=92&Itemid=109](https://biblio.sigla.org.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=152:homosexualidad-en-tiempos-de-dinosaurios&catid=92&Itemid=109)

Sánchez, A. (2017). “La historia detrás de la foto. Feminismo en Argentina: de luchas, debates y organización”. Buenos Aires: *La Izquierda Diario*. Recuperado de: <https://www.laizquierdadiario.com/Feminismo-en-Argentina-de-luchas-debates-y-organizacion>

Sánchez, A. (2018). “Homosexualidad durante la última dictadura”, en *Creación y Producción en Diseño y Comunicación N° 82*. Buenos Aires. Recuperado de: [https://fido.palermo.edu/servicios\\_dyc/publicacionesdc/vista/detalle\\_articulo.php?id\\_libro=717&id\\_articulo=15166](https://fido.palermo.edu/servicios_dyc/publicacionesdc/vista/detalle_articulo.php?id_libro=717&id_articulo=15166)

Theumer, E. (2016). “El nunca más de los 400”. *Buenos Aires: Página 12, Suplemento Soy*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-4515-2016-04-29.html>

Villazón, G. (2014). “Somos memoria” [Entrevista]. *Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti para Canal Encuentro*. Recuperado de: <http://encuentro.gob.ar/programas/serie/8431/6948?start=>

### **Foto de portada**

Adaptado de *Revista Así* N° 891 [Portada], 1973.

## AGRADECIMIENTOS

A Néstor, por abrirme la primera puerta de este viaje en el tiempo.

A Jorge, por simplemente abrirme la puerta, en un tiempo en el que nada era simple.

A Claudia, por pedir que nos sentáramos en ronda y derribar la primera de muchas paredes en este viaje que fue la carrera de Ciencias de la Comunicación Social. Nunca hubiese imaginado que reocorreríamos juntos este último tramo y, aun así, tiene todo el sentido del mundo.

A Fernanda, por subirse a un tren en marcha y dedicarle la atención y el cariño necesarios como para estar en cada detalle, en cada punto y en cada tilde.

A la UBA, a FSOC, a su gente y a les amigos que hice en el camino. Por enseñarme, entre muchísimas otras cosas, a ser una mejor versión de mí mismo. A aceptarme por quien soy, y a quererme por eso.

A mi familia y amigos. Pero sobre todo a mis viejos, que me alentaron siempre a perseguir lo que me apasionara y me hiciera feliz, incluida esta carrera y todo lo lindo que vino después.

A Martín, por creer en mí incluso más que yo mismo.

Y a gatite, que hizo de esta tesina el ritual perfecto para dormirse en mis piernas.